



BIBLIOTECA UNIVERSAL

BIBLIOTECA UNIVERSAL

Madrid, 1893 —Est. tip. de EL PROGRESO EDITORIAL,
Duque de Osuna, 3.

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCIÓN

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS

NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO CXXXIV

CERVANTES

ENTREMESES

—>EX<—

MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
calle del Barco, 9 dup, bajo.

1893

EL JUEZ DE LOS DIVORCIOS

LOS QUE HABLAN EN ÉL SON LOS SIGUIENTES:

El Juez.
El Escribano.
El Procurador.
Un vejete, y su mujer
Mariana.
Un ganapan.

Un soldado, y su mujer
Doña Guiomar.
Un Cirujano, y su mujer
Aldonza de Minjaca.
Dos músicos.

Sale EL JUEZ, y otros dos con él, que son EL ESCRIBANO y EL PROCURADOR, y siéntase en una silla; salen EL VEJETE y MARIANA, su mujer.

Mar. Aun bien que está ya el señor Juez de los Divorcios sentado en la silla de su audiencia. Desta vez tengo de quedar dentro ó fuera; desta vegada tengo de quedar libre de pedido y alcabala, como el gavilan.

Vej. Por amor de Dios, Mariana, que no almodonees tanto tu negocio; habla paso, por la pasión que Dios pasó; mira que tienes atronada á toda la vecindad con tus gritos, y pues tienes delante al señor Juez, con menos voces le puedes informar de tu justicia.

Juez. ¿Qué pendencia traeis, buena gente?

Mar. Señor, divorcio, divorcio, y más divorcio, y otras mil veces divorcio.

Juez. ¿De quién ó por qué, señora?

Mar. ¿De quién? deste viejo que está presente.

Juez. ¿Por qué?

Mar. Porque no puedo sufrir sus impertinencias, ni estar contino atenta á curar todas sus enfermedades, que son sin número, y no me criaron á mí mis padres para ser hospitalera ni enfermera. Muy buen dote llevé al poder desta espuerta de huesos, que me tiene consumidos los días de la vida; cuando entré en su poder me relumbra la cara como un espejo, y agora la tengo con una vara de frisa encima. Vuesa merced, señor Juez, me descase, si no quiere que me ahorque; mire, mire los surcos que tengo por este rostro, de las lágrimas que derramo cada día por verme casada con esta anotomía.

Juez. No lloreis, señora; bajad la voz y enjugad las lágrimas; que yo os haré justicia.

Mar. Déjeme vuesa merced llorar; que con esto descanso. En los reinos y en las repúblicas bien ordenadas había de ser limitado el tiempo de los matrimonios, y de tres en tres años se habían de deshacer ó confirmarse de nuevo, como cosas de arrendamiento, y no que hayan de durar toda la vida, con perpétuo dolor de entrambas partes.

Juez. Si ese arbitrio se pudiera ó debiera poner en práctica, y por dineros, ya se hubiera hecho; pero especificad más, señora, las ocaciones que os mueven á pedir divorcio.

Mar. El invierno de mi marido y la primavera de mi edad; el quitarme el sueño, por levantarme á media noche á calentar paños y saquillos de sal-

vado para ponerle en la ijada; el ponerle ora a questo, ora aquella ligadura, que ligado le vea yo á un palo por justicia; el cuidado que tengo de ponerle de noche, alta la cabecera de la cama, jarabes lenitivos, porque no se ahogue del pecho; y el estar obligada á sufrirle el mal olor de la boca, que le huele mal á tres tiros de arcabuz.

Esc. Debe de ser de alguna muela podrida.

Vej. No puede ser, porque lleve el diablo la muela ni diente que tengo en toda ella.

Proc. Pues ley hay que dice (segun he oido decir) que por solo el mal olor de la boca se puede descasar la mujer del marido, y el marido de la mujer.

Vej. En verdad, señores, que el mal aliento que ella dice que tengo, no se engendra de mis podridas muelas, pues no las tengo, ni menos procede de mi estómago, que está sanísimo, sino desá mala intención de su pecho. Mal conocen vuestas mercedes á esta señora; pues á fe que si la conocieran, que la ayunarian ó la santiguarían. Veinte y dos años há que vivo con ella mártir, sin haber sido jamás confesor de sus insolencias, de sus voces y de sus fantasías, y ya va para dos años que cada dia me van dando vaivenes y empujones hácia la sepultura, á cuyas voces me tiene medio sordo, y á puro reñir, sin juicio. Si me cura, como ella dice, cúrame á regaña-dientes; habiendo de ser suave la mano y la condición del médico. En resolucion, señores, yo soy el que muero en su poder, y ella es la que vive en el mio, porque es señora, con mero mixto imperio, de la hacienda que tengo.

Mar. ¡Hacienda vuestra! y ¡qué hacienda teneis

vos, que no la hayais ganado con la que llevastes en mi dote? y son míos la mitad de los bienes gananciales, mal que os pese; y dellos y de la dote, si me muriese agora, no os dejaria valor de un maravedí, porque veais el amor que os tengo.

Juez. Decid, señor: cuando entrastes en poder de vuestra mujer, ¿no entrastes gallardo, sano y bien acondicionado?

Vej. Ya he dicho que há veinte y dos años que entré en su poder, como quien entra en el de un cómitre calabres á remar en galeras de por fuerza, y entré tan sano, que podia decir y hacer como quien juega á las pintas.

Mar. Cedacico nuevo, tres dias en estaca.

Juez. Callad, callad, nora en tal mujer de bien, y andad con Dios; que yo no hallo causa para descasaros; y pues comisteis las maduras, gustad de las duras; que no está obligado ningún marido á tener la velocidad y corrida del tiempo, que no pase por su puerta y por sus dias; y descontad los malos que ahora os da, con los buenos que os dió cuando pudo, y no repliqueis más palabra.

Vej. Si fuese posible, recibiria gran merced que vuesa merced me la hiciese de despenarme, alzándome esta carcelería; porque dejándome así, habiendo ya llegado á este rompimiento, será de nuevo entregarme al verdugo que me martirice; y si no, hagamos una cosa: enciérrese ella en un monesterio, y yo en otro; partamos la hacienda, y desta suerte podremos vivir en paz y en servicio de Dios lo que nos queda de la vida.

Mar. ¡Malos años! Bonica soy yo para estar encerrada, No sino llegaos á la niña, que es amiga

de redes, de tornos, rejas y escuchas; encerráos vos, que lo podreis llevar y sufrir, que ni teneis ojos con que ver, ni oídos con que oír, ni piés con que andar, ni manos con que tocar; que yo, que estoy sana y con todos mis cinco sentidos cabales y vivos, quiero usar dellos á la descubierta, y no por brújula, como quínola dudosa.

Esc. Libre es la mujer.

Proc. Y prudente el marido; pero no puede más.

Juez. Pues yo no puedo hacer este divorcio, *quia nullam invenio causam.*

Entra UN SOLDADO, bien aderezado, y su mujer DOÑA GUIOMAR.

Guiom. ¡Bendito sea Dios! que se me ha cumplido el deseo que tenia de verme ante la presencia de vuesa merced, á quien suplico, cuan encarecidamente puedo, sea servido de descasarme deste.

Juez. ¿Qué cosa es *deste*? ¿No tiene otro nombre? bien fuera que dijérades siquiera: «deste hombre.»

Guiom. Si él fuera hombre, no procurara yo descasarme.

Juez. Pues ¿qué es?

Guiom. Un leño.

Sold. (Para sí) Por Dios, que he de ser leño en callar y en sufrir. Quizá con no defenderme, ni contradecir á esta mujer, el Juez se inclinará á condenarme, y pensando que me castiga, me sacará de cautiverio, como si por milagro se librase un cautivo de las mazmorras de Tetuan.

Proc. Hablad más comedido, señora, y relatad vuestro negocio sin impropiedades de vuestro ma-

rido; que el señor Juez de los Divorcios, que está delante, mirará rectamente por vuestra justicia.

Guiom. Pues ¿no quieren vuesas mercedes que llame leño á una estatua, que no tiene más acciones que un madero?

Mar. Esta y yo nos quejamos sin duda de un mismo agravio.

Guiom. Digo, en fin, señor mio, que á mí me casaron con este hombre, ya que quiere vuesa merced que así lo llame, pero no es este hombre con quien yo me casé.

Juez. ¿Cómo es eso? que no os entiendo.

Guiom. Quiero decir que pensé que me casaba con un hombre moliente y corriente, y á pocos dias hallé que me habia casado con un leño, como tengo dicho, porque él no sabe cuál es su mano derecha, ni busca medios ni trazas para granjear un real con que ayude á sustentar su casa y familia. Las mañanas se le pasan en oír misa y en estarse en la puerta de Guadalajara marmurando, sabiendo nuevas, diciendo y escuchando mentiras; y las tardes, y áun las mañanas tambien, se va de casa en casa de juego, y allí sirve de número á los mirones, que segun he oido decir, es un género de gente á quien aborrecen en todo extremo los gariteros. A las dos de la tarde viene á comer, sin que le hayan dado un real de barato, porque ya no se usa el darlo; vuélvese á ir; vuelve á media noche; cena, si lo halla; y si no, santiguase, bosteza y acuéstase, y en toda la noche no sosiega, dando vueltas. Pregúntole qué tiene. Respóndeme que está haciendo un soneto en la memoria para un amigo que se le ha pedido; y da en ser poeta, como

si fuese oficio con quien no estuviese vinculada la necesidad del mundo.

Sold. Mi señora doña Guiomar en todo cuanto ha dicho no ha salido de los límites de la razon, y si yo no la tuviera en lo que hago, como ella la tiene en lo que dice, ya habia yo de haber procurado algun favor de palillos de aquí ó de allí, y procurar verme, como se ven otros hombrecitos aguditos y bulliciosos, con una vara en las manos, y sobre una mula de alquiler pequeña, seca y maliciosa, sin mozo de mulas que le acompañe, porque las tales mulas nunca se alquilan sino á faltas y cuando están de nones; sus alforjitas á las ancas, en la una un cuello y una camisa, y en la otra su medio queso y su pan y su bota, sin añadir á los vestidos que trae de rúa, para hacellos de camino, sino unas polainas y una sola espuela; y con una comision, y áun comezion, en el seno, sale por esa puente toledana raspahilando, á pesar de las malas mañas de la harona, y á cabo de pocos dias envia á su casa algun pernil de tocino y algunas varas de lienzo crudo, en fin, de aquellas cosas que valen baratas en los lugares del distrito de su comision, y con esto sustenta su casa como el pecador mejor puede; pero yo, que no tengo oficio, no sé qué hacerme, porque no hay señor que quiera servirse de mí, porque soy casado; así que, me será forzoso suplicar á vuesa merced, señor Juez, pues ya por pobres son tan enfadosos los hidalgos, y mi mujer lo pide, que nos divida y aparte.

Guiom. Y hay más en esto, señor Juez: que como yo veo que mi marido es tan para poco y que padece necesidad, muérome por remedialle, pero

no puedo, porque en resolucion soy mujer de bien, y no tengo de hacer vileza.

Sold. Por esto solo merecia ser querida esta mujer; pero debajo deste pundonor tiene encubierta la más mala condicion de la tierra: pide celos sin causa, grita sin por qué, presume sin hacienda, y como me vé pobre, no me estima en el baile del Rey Perico; y es lo peor, señor Juez, que quiere que á trueco de la fidelidad que me guarda, le sufra y disimule millares de millares de impertinencias y desabrimientos que tiene.

Guion. ¿Pues no? ¿Y por qué no me habeis vos de guardar á mí decoro y respeto, siendo tan buena como soy?

Sold. Oid, señora doña Guionar: aquí delante destes señores os quiero decir esto. ¿Por qué me haceis cargo de que sois buena, estando vos obligada á serlo, por ser de tan buenos padres nacida, por ser cristiana y por lo que debeis á vos misma? Bueno es que quieran las mujeres que las respeten sus maridos porque son castas y honestas, como si en solo esto consistiese, de todo en todo, su perfeccion; y no echan de ver los desaguaderos por donde desaguan la fineza de otras mil virtudes que les faltan. ¿Qué se me da á mí que seais casta con vos misma, puesto que se me da mucho, si os descuidais de que lo sea vuestra criada, y si andais siempre rostrituerta, enojada, celosa, pensativa, manirota, dormilona, perezosa, pendenciera, gruñidora, con otras insolencias deste jaez, que bastan á consumir las vidas de doscientos maridos? Pero, con todo esto, digo, señor Juez, que ninguna cosa de estas tiene mi señora doña Guionar, y confieso que yo soy el leño, el inhábil, el dejado

y el perezoso, y que por ley de buen gobierno, aunque no sea por otra cosa, está vuesa merced obligado á descasarnos; que desde aquí digo que no tengo ninguna cosa que alegar contra lo que mi mujer ha dicho, y que doy el pleito por concluso, y holgaré de ser condenado.

Guiom. ¿Qué hay que alegar contra lo que tengo dicho? que no me dais de comer á mí ni á vuestra criada, y monta que no son muchas, sino una, y aun esa sietemesina, que no come por un grillo.

Esc. Sosiéguese; que vienen nuevos demandantes.

(Entra UNO vestido á lo médico, y es cirujano, y ALDONZA DE MINJACA, su mujer.)

Cir. Por cuatro causas bien bastantes vengo á pedir á vuesa merced, señor Juez, haga divorcio entre mí y la señora doña Aldonza de Minjaca, mi mujer, que está presente.

Juez. Resoluto venis; decid las cuatro causas.

Cir. La primera, porque no la puedo ver más que á todos los diablos; la segunda, por lo que ella se sabe; la tercera, por lo que yo me callo; la cuarta, porque no me lleven los demonios cuando de esta vida vaya, si he de durar en su compañía hasta mi muerte.

Proc. Bastantísimamente ha probado su intención.

Minj. Señor Juez, vuesa merced me oiga, y advierta que si mi marido pide por cuatro causas divorcio, yo le pido por cuatrocientas. La primera, porque cada vez que le veo, hago cuenta que veo al mismo Lucifer; la segunda, porque fui

engañada cuando con él me casé, porque él dijo que era médico de pulso, y remaneció cirujano, y hombre que hace ligaduras y cura otras enfermedades, que va á decir de esto á médico la mitad del justo precio; la tercera, porque tiene celos del sol que me toca; la cuarta, que como no le puedo ver, querría estar apartada dél dos millones de leguas.

Esc. ¿Quién diablos acertará á concertar estos relojes, estando las ruedas tan desconcertadas?

Minj. La quinta...

Juez. Señora, señora, si pensais decir aquí todas las cuatrocientas causas, yo no estoy para escuchallas, ni hay lugar para ello; vuestro negocio se recibe á prueba, y andad con Dios; que hay otros negocios que despachar.

Cir. ¿Qué más pruebas, sino que yo no quiero morir con ella, ni ella gusta de vivir conmigo?

Juez. Si eso bastase para descasarse los casados, infinitísimos sacudirían de sus hombros el yugo del matrimonio.

(Entra UNO, vestido de ganapan, con su caperuza cuarteada.)

Gan. Señor Juez, ganapan soy, no lo niego, pero cristiano viejo, y hombre de bien á las derechas; y si no fuese que alguna vez me tomo del vino, ó él me toma á mí, que es lo más cierto, ya hubiera sido prioste en la cofradía de los hermanos de la carga; pero, dejando esto aparte, porque hay mucho que decir en ello, quiero que sepa el señor Juez que estando una vez muy enfermo de los vaguidos de Baco, prometí de casarme con una mujer errada; volví en mí, sané, y cumplí la

promesa, y caséme con una mujer que saqué de pecado; púsela á ser placera; ha salido tan soberbia y de tan mala condicion, que nadie llega á su tabla, con quien no riña, ora sobre el peso falto, ora sobre que la llegan á la fruta, y a dos por tres *¡As da* con una pesa en la cabeza ó adonde tope, y los deshonor hasta la cuarta generacion, sin tener hora de paz con todas sus vecinas ya parleras, y yo tengo de tener todo el dia la espada más lista que un sacabuche para defendella, y no ganamos para pagar penas de pesos no maduros, ni de condenaciones de penencias. Querria, si vuesa merced fuese servido, ó que me apartase della, ó por lo menos le mudase la condicion acelerada que tiene, en otra más reportada y más blanda, y prométole á vuesa merced de descargalle de balde todo el carbon que comprare este verano; que puedo mucho con los hermanos mercaderes de la costilla.

Cir. Ya conozco yo á la mujer deste buen hombre, y es tan mala como mi Aldonza; que no lo puedo más encarecer.

Juez. Mirad, señores: aunque algunos de los que aquí estais habeis dado algunas causas que traen aparejada sentencia de divorcio, con todo eso, es menester que conste por escrito y que lo digan testigos; y así á todos os recibo á prueba. Pero, ¿qué es esto? ¿música y guitarras en mi audiencia? Novedad grande es ésta.

(Entran dos músicos.)

Mús. Señor Juez, aquellos dos casados tan desavenidos, que vuesa merced concertó, redujo y

apaciguó el otro día, están esperando á vuesa merced con una gran fiesta en su casa, y por nosotros le envian á suplicar sea servido de hallarse en ella y honrallos.

Juez. Eso haré yo de muy buena gana, y pluguiese á Dios que todos los presentes se apaciguasen como ellos.

Proc. Desá manera moriríamos de hambre los escribanos y procuradores desta audiencia; que no, no, sino todo el mundo ponga demandas de divorcios, que al cabo, al cabo, los más se quedan como se estaban, y nosotros habemos gozado del fruto de sus pendencies y necesidades.

Mús. Pues en verdad, que desde aquí hemos de ir regocijando la fiesta.

(*Cantan los músicos.*)

Entre casados de honor,
Cuando hay pleito descubierto,
*Más vale el peor concierto
Que no el divorcio mejor.*

Donde no ciega el engaño
Simple, en que algunos están,
Las riñas de por San Juan
Son paz para todo el año.

Resucita allí el honor
Y el gusto que estaba muerto,
*Donde vale el peor concierto
Más que el divorcio mejor.*

Aunque la rabia de celos
Es tan fuerte y rígurosa,
Si los pide una hermosa,
No son celos, sino cielos.

Tiene esta opinion amor,
Que es el sabio más experto:
*Que vale el peor concierto
Más que el divorcio mejor.*

EL RUFIAN VIUDO

LOS QUE HABLAN EN ÉL SON LOS SIGUIENTES:

Trampagos.	} Rufia- nes.	La Repulida.
Chiquiznaque.		La Pizpita.
Juan Claros.		La Mostrenca.
Vademecum, criado de Trampagos.		Escarramán, cautivo. Dos músicos.

Sale TRAMPAGOS, con un capuz de luto, y con él, VADEMECUM, su criado, con dos espadas de esgrima.

Tramp. ¡Vademecum?

Vad. ¡Señor?

Tramp. ¡Traes las morenas?

Vad. Traígotas.

Tramp. Está bien: muestra y camina,

Y saca aquí la silla de respaldo,

Con los otros asientos de por casa.

Vad. ¡Qué asientos? ¡hay alguno por ventura?

Tramp. Saca el mortero puerco, el broquel saca,
Y el banco de la cama.

Vad. Está impedido;

Fáltale un pié.

Tramp. ¡Y es tacha?

Vad. Y no pequeña. (*Entrase.*)

Tramp. ¡Ah Periconas, Periconas mías,

Y aún de todo el concejo! en fin llegóse
 El tuyo: yo quedé, tú te has partido,
 Y es lo peor que no imagino á dónde,
 Aunque, según fué el curso de tu vida,
 Bien se puede creer piadosamente
 Que estás en parte... aún no me determino
 De señalarte asiento en la otra vida.
 Tendréla yo, sin tí, como de muerte.
 ¡Que no me hallara yo á tu cabecera
 Cuando diste el espíritu á los aires,
 Para que le acogiera entre mis labios,
 Y en mi estómago limpio le envasara!
 Miseria humana, ¿quién de tí confía?
 Ayer fuí Pericona, hoy tierra fría,
 Como dijo un poeta celebérrimo.

Entra CHIQUIZNAQUE, ruflan.

Ruf. Mi so Trampagos, ¿es posible sea
 Vuesa merced tan enemigo suyo,
 Que se entumbe, se encubra y se trasponga
 Debajo desa sombra bayetuna
 El sol hampesco? So Trampagos, basta
 Tanto gemir, tantos suspiros bastan;
 Trueque voacé las lágrimas corrientes
 En limosnas y en misas y oraciones
 Por la gran Pericona, que Dios haya;
 Que importan más que llantos y sollozos.

Tramp. Voacé ha garlado como un tólogo,
 Mi señor Chiquiznaque; pero en tanto
 Que encarrilo mis cosas de otro modo,
 Tome vuesa merced, y platiquemos
 Una levada nueva.

Ruf. So Trampagos,
 No es éste tiempo de levadas; llueven,

O han de llover hoy pésames adunia,
Y ¡hémonos de ocupar en levadicas?

Entra VADEMECUM, con la silla, muy vieja y rota.

Vad. Bueno, por vida mia: quien le quita
A mi señor de líneas y posturas,
Le quita de los días de la vida.

Tramp. Vuelve por el mortero y por el banco,
Y el broquel no se olvide, Vademecum.

Vad. Y áun trairé el asador, sarten y platos.

(Vuélvese á entrar.)

Tramp. Despues platicaremos una treta,
Unica, á lo que creo, y peregrina;
Que el dolor de la muerte de mi ángel
Las manos ata y el sentido todo.

Ruf. ¿De qué edad acabó la mal lograda?

Tramp. Para con sus amigas y vecinas
Treinta y dos años tuvo.

Ruf. Edad lozana.

Tramp. Si va á decir verdad, ella tenia
Cincuenta y seis; pero de tal manera
Supo encubrir los años, que me admiro.
¡Oh, qué teñir de canas! ¡oh, qué rizos,
Vuelos de plata en oro los cabellos!
A seis del mes que viene hará quince años
Que fué mi tributaria, sin que en ellos
Me pusiese en pendencia ni en peligro
De verme palmeadas las espaldas.
Quince cuaresmas, si en la cuenta acierto,
Pasaron por la pobre desde el día
Que fué mi cara agradecida prenda,

En las cuales sin duda susurraron
 A sus oídos treinta y más sermones,
 Y en todos ellos, por respeto mío,
 Estuvo firme, cual está á las olas
 Del mar movable la inmisible roca.
 ¡Cuántas veces me dijo la pobreta,
 Saliendo de los trances rigurosos
 De gritos y plegarias y de ruegos,
 Sudando y trasudando: «Plega al cielo,
 Trampagos mío, que en descuento vaya
 De mis pecados lo que aquí yo paso
 Por tí, dulce bien mío.»

Ruf. ¡Bravo triunfo!
 ¡Ejemplo raro de inmortal firmeza!
 Allá lo habrá hallado.

Tramp. ¡Quién lo duda?
 Ni aún una sola lágrima vertieron
 Jamás sus ojos en las sacras pláticas,
 Cual si de esparto ó pedernal su alma
 Formada fuera.

Ruf. ¡Oh hembra, benemérita
 De griegas y romanas alabanzas!
 ¿De qué murió?

Tramp. ¡De qué? casi de nada:
 Los médicos dijeron que tenía
 Malos los hipocondrios y los hígados,
 Y que con agua de taray pudiera
 Vivir, si la bebiera, setenta años.

Ruf. ¿No la bebió?

Tramp. Murióse.

Ruf. Fué una necia;
 Bebiérala hasta el día del juicio,
 Que hasta entónces viviera; el yerro estuvo
 En no hacerla sudar.

Tram. Sudó once veces.

Entra VADEMECUM, con los asientos referidos.

Ruf. ¿Y aprovechóle alguna?

Tramp. Casi todas;
Siempre quedaba como un ginjo verde,
Sana como un peruétano ó manzana.

Ruf. Dícenme que tenia ciertas fuentes
En las piernas y brazos.

Tramp. La sin dicha
Era un Aranjüez; pero con todo,
Hoy come en ella la que llaman tierra
De las más blancas y hermosas carnes
Que jamas encerraron sus entrañas;
Y si no fuera porque habrá dos años
Que comenzó á dañársele el aliento,
Era abrazarla, como quien abraza
Un tiesto de albahaca ó clavellinas.

Ruf. Negujon debió ser, ó corrimiento,
El que dañó las perlas de su boca;
Quiero decir, sus dientes y sus muelas.

Tramp. Una mañana amaneció sin ellos.

Vad. Así es verdad, mas fué deso la causa,
Que anocheció sin ellos; de los finos
Cinco acerté á contarle, de los falsos
Doce disimulaba en la covacha.

Tramp. ¿Quién te mete á tí en esto, mentecato?

Vad. Acredito verdades.

Tramp. Chiquiznaque,
Ya se me ha reducido á la memoria
La treta de denántes; toma, y vuelve
Al ademan primero.

Vad. Pongan pausa,
Y quédese la treta en ese punto;

Que acuden moscovitas al reclamo.

La Repulida viene y la Pizpita,

Y la Mostrenca y el jayan Juan Claros.

Tramp. Vengan enhorabuena; vengan ellos

En cien mil norabuena.

Entran LA REPULIDA, LA PIZPITA, LA MOSTRENCA y el *rusian* JUAN CLAROS.

Juan. En las mismas

Esté mi sor Trampagos.

Rep. Quiera el cielo

Mudar su escuridad en luz clarísima.

Pizp. Desollado le vieses ya mis lumbres

De aquel pellejo lóbrego y oscuro.

Most. ¡Jesus, y qué fantasma noturnina!

Quítenmele delante.

Vad. ¡Melindricos?

Tramp. Fuera yo un Polifemo, un antropófago,

Un troglodita, un bárbaro Zoílo,

Un caiman, un caribe, un come-vivos,

Si de otra suerte me adornara en tiempo

De tamaña desgracia.

Juan. Razon tiene.

Tramp. He perdido una mina potosisca,

Un muro de la hiedra de mis faltas,

Un árbol de la sombra de mis ansias.

Juan. Era la Periconá un pozo de oro.

Tramp. Sentarse á prima noche y á las horas

Que se echa el golpe, hallarse con sesenta

Numos en cuartos, ¿por ventura es barro?

Pues todo esto perdí en la que ya pudre.

Rep. Confieso mi pecado; siempre tuve

Envidia á su no vista diligencia.

No puedo más; yo hago lo que puedo,

Pero no lo que quiero.

Pizp. No te penes,
Pues vale más aquel que Dios ayuda
Que el que mucho madruga: ya me entiendes.

Vad. El refran vino aquí como de molde;
Tal os dé Dios el sueño, mantecatas.

Most. Nacidas somos; no hizo Dios á nadie,
A quien desamparase. Poco valgo;
Pero, en fin, cómo y ceno, y á mi cúdo
Le traigo más vestido que un palmito.
Ninguna es fea, como tenga bríos;
Feo es el diablo.

Vad. Alega la Mostrenca
Muy bien de su derecho, y alegara
Mejor si se añadiera el ser muchacha
Y limpia, pues lo es por todo extremo.

Ruf. En el que está Trampagos me da lástima.

Tramp. Vestíme este capuz, mis dos lanternas
Convertí en alquitaras.

Vad. ¿De aguardiente?

Tramp. Pues ¿tanto cielo yo, hi de malicias?

Vad. A cuatro lavanderas de la puente
Puede dar quince y falta en la colambre;
Miren qué ha de llorar, sino agua-ardiente.

Juan. Yo soy de parecer que el gran Trampagos
Ponga silencio á su contino llanto,
Y vuelva al *sicut erat in principio*:
Digo á sus olvidadas alegrías,
Y tome prenda que las tuyas quite;
Que es bien que el vivo vaya á la hogaza,
Como el muerto se va á la sepultura.

Rep. Zonzorino Caton es Chiquiznaque.

Pizp. Pequeña soy, Trampagos, pero grande
Tengo la voluntad para servirte;
No tengo cúdo, y tengo ochenta cobas.

Rep. Yo ciento, y soy dispuesta y nada lerda.

Most. Veinte y dos tengo yo, y áun veinte y cuatro,
Y no soy mema.

Rep. ¡Oh mi Jezuz! ¿qué es esto?

¿Contra mí la Pizpita y la Mostrenca?

¿En tela quieres competir conmigo,

Culebrilla de alambre, y tú, pazguata?

Pizp. Por vida de los huesos de mi abuela,

Doña Mari Bobales, monda-níspolas,

Que no la estimo en un feluz morisco.

¿Han visto el ángel tonto almidonado,

Cómo quiere empinarsse sobre todas?

Most. Sobre mí no, á lo ménos, que no sufro

Carga que no me ajuste y me convenga.

Juan. Adviertan que defiende á la Pizpita.

Ruf. Consideren que está la Repulida

Debajo de las alas de mi amparo.

Vad. Aquí fué Troya, aquí se hacen rajás;

Los de las cachas amarillas salen;

Aquí, otra vez, fué Troya.

Rep. Chiquiznaque,

No he menester que nadie me defienda;

Aparta, tomaré yo la venganza,

Rasgando con mis manos pecadoras

La cara de membrilló cuartanario.

Juan. Repulida, respeto al gran Juan Claros.

Pizp. Déjala, venga; déjala que llegue

Esa cara de masa mal sobada.

(*Entra UNO muy alborotado.*)

Uno. Juan Claros, ¡la justicia, la justicia!

El alguacil de la justicia viene

La calle abajo. (*Entrase luego.*)

Juan. ¡Cuerpo de mi padre!

No paro más aquí.

Tramp. Ténganse todos;
Ninguno se alborote; que es mi amigo
El alguacil, no hay que tenerle miedo.

(*Torna á entrar.*)

Uno. No viene acá, la calle abajo cuela. (*Vase.*)

Ruf. El alma me temblaba ya en las carnes,
Porque estoy desterrado.

Tramp. Aunque viniera,
No nos hiciera mal, yo lo sé cierto;
Que no puede chillar, porque está untado.

Vad. Cese, pues, la pendencia, y mi sor sea
El que escoja la prenda que le cuadre
O le esquine mejor.

Rep. Yo soy contenta.

Pizp. Y yo tambien.

Most. Y yo.

Vad. Gracias al cielo,
Que he hallado á tan gran mal tan gran remedio.

Tramp. Abúrrome y escojo.

Most. Dios te guie.

Rep. Si te aburres, Trampagos, la escogida
Tambien será aburrída.

Tramp. Errado anduve;
Sin aburrirme escojo.

Most. Dios te guie.

Tramp. Digo que escojo aquí á la Repulida.

Juan. Con su pan se la coma, Chiquiznaque.

Ruf. Y áun sin pan, que es sabrosa en cualquier
[modo

Rep. Tuya soy: ponme un clavo y una S
En estas dos mejillas.

Pizp. ¡Oh hechicera!

Most. No es sino venturosa; no la envidies,
 Porque no es muy católico Trampagos,
 Pues ayer enterró á la Periconá,
 Y hoy la tiene olvidada.

Rep. Muy bien dices.

Tramp. Este capuz arruga, Vademecum,
 Y dile al padre que sobre él te preste
 Una docena de réales.

Vad. Creo

Que tengo yo catorce.

Tramp. Luego, luego,
 Parte, y trae seis azumbres de lo caro.
 Alas pon en los piés.

Vad. Y en las espaldas.

(*Entrase VADEMECUM con el capuz, y queda en cuerpo TRAMPAGOS.*)

Tramp. Por Dios, que si durara la bayeta,
 Que me pudieran enterrar mañana.

Rep. ¡Ay lumbre destas lumbres, que son tuyas,
 Y cuán mejor estás en este traje
 Que en el otro sombrío y malencónico!

(*Entran DOS MÚSICOS sin guitarras.*)

Mús. 1.º Tras el olor del jarro nos venimos
 Yo y mi compadre.

Tramp. Enhorabuena sea;
 ¡Y las guitarras?

Mús. 1.º En la tienda quedan;
 Vaya por ellas Vademecum.

Mús. 2.º Vaya.

Mas yo quiero ir por ellas.

Mús. 1.º De camino

(*Entrase el un músico.*)

Diga á mi oislo que si viene alguno
Al *rapió rapis*, que me aguarde un poco;
Que no haré sino colar seis tragos
Y cantar dos tonadas, y partirme;
Que ya el señor Trampagos, segun muestra,
Está para tomar armas de gusto.

(*Vuelve VADEMECUM.*)

Vad. Ya está en el antesala el jarro.

Tramp. Tráile.

Vad. No tengo taza.

Tramp. Dios te la depare.

El cuerno de orinar no está estrenado;

Tráele, que te maldiga el cielo santo;

Que eres bastante á deshonrar un duque.

Vad. Sosiéguese; que no ha de faltar copa,

Y áun copas, aunque sean de sombreros.

A buen seguro que éste es un churrullero.

(*Entra UNO como cautivo, con una cadena al hombro, y pónese á mirar á todos muy atento, y todos á él.*)

Rep. ¡Jesus! ¿es vision ésta? ¿qué es aquesto?

¿No es éste Escarramán? él es sin duda.—

¡Escarramán del alma, dame, amores,

Esos brazos, coluna de la hampa!

Tramp. ¡Oh Escarramán, Escarramán amigo!

¿Cómo es esto? ¡já dicha eres estatua?

Rompe el silencio, y habla á tus amigos.

Pizp. ¿Qué traje es éste y qué cadena es ésta?

¿Eres fantasma á dicha? Yo te toco,
Y eres de carne y hueso.

Most. El es, amiga;

No lo puede negar, aunque más calle.

Esc. Yo soy Escarramán, y estén atentos
Al cuento breve de mi larga historia.

(*Vuelve EL BARBERO, con dos guitarras, y da
la una al compañero.*)

Dió la galera al traste en Berbería,
Donde la furia de un jüez me puso
Por espalder de la siniestra banda;
Mudé de cautiverio y de ventura;
Quedé en poder de turcos por esclavo;
De allí á dos meses, como el cielo plugo,
Me levanté con una galeota;
Cobré mi libertad y ya soy mio.
Hice voto y promesa inviolable
De no mudar de ropa ni de carga
Hasta colgarla de los muros santos
De una devota ermita que en mi tierra
Llaman de San Millan de la Cogolla,
Y éste es el cuento de mi extraña historia,
Digna de atesorarla en mi memoria.
La Mendez no estará ya de provecho;
¿Vive?

Juan. Y está en Granada á sus anchuras.

Ruf. Allí le duele al pobre todavía.

Esc. ¿Qué se ha dicho de mí en aqueste mundo,
En tanto que en el otro me han tenido
Mis desgracias y gracia?

Most. Cien mil cosas:

Ya te han puesto en la horca los farsantes.

Pizp. Los muchachos han hecho pepitoria

De todas tus medúlas y tus huesos.

Rep. Hante vuelto divino; ¿qué mas quieres?

Ruf. Cántante por las plazas, por las calles;
Báilante en los teatros y en las casas;
Has dado que hacer á los poetas
Más que dió Troya al mantuano Títiro.

Juan. Oyénte resonar en los establos.

Rep. Las fregonas te alaban en el rio,
Los mozos de caballos te almohazan.

Ruf. Túndete el tundidor con sus tijeras;
Muy más que el potro rucio eres famoso.

Most. Han pasado á las Indias tus palmeos,
En Roma se han sentido tus desgracias,
Y hante dado botines *sine numero*.

Vad. Por Dios, que te han molido como alheña
Y te han desmenuzado como flores,
Y que eres más sonado y más mocososo
Que un reloj y que un niño de doctrina.
De tí han dado querella todos cuantos
Bailes pasaron en la edad del gusto,
Con apretada y dura residencia;
Pero llevóse el tuyo la excelencia.

Esc. Tenga yo fama, y háganme pedazos;
De Efeso el templo abrasaré por ella.

(*Tocan de improviso LOS MÚSICOS, y comienzan a cantar este romance:*)

Mús. «Ya salió de las gurapas
El valiente Escarramán,
Para asombro de la gura
Y para bien de su mal.»

Esc. ¿Es aquesto brindarme por ventura?
¿Piensan se me ha olvidado el regodeo?
Pues más ligero vengo que solia;
Si no, toquen y vaya, y fuera ropa.

Pizp. ¡Oh flor y fruto de los bailarines!

Y ¡qué bueno has quedado!

Vad. Suelto y limpio.

Juan. El honrará las bodas de Trampagos.

Esc. Toquen; verán que soy hecho de azogue.

Mús. Váyanse todos por lo que cantáre,

Y no será posible que se yerren.

Esc. Toquen; que me deshago y que me bullo.

Rep. Ya me muero por verle en la estacada.

Mus. Estén alerta todos.

Ruf. Ya lo estamos.

(*Cantan.*)

Mús. «Ya salió de las gurapas
El valiente Escarramán,
Para asombro de la gura
Y para bien de su mal.
Ya vuelve á mostrar al mundo
Su felice habilidad,
Su ligereza y su brío
Y su presencia réal.
Pues falta la Coscolina,
Supla agora en su lugar
La Repulida, olorosa
Más que la flor de azahar,
Y en tanto que se remonda
La Pizpita sin igual,
De la gallarda el paseo
Nos muestre aquí Escarramán.

(*Tocan la gallarda, dánzala ESCARRAMÁN
que le ha de hacer el bailarín; y en habiendo he-
cho una mudanza, prosíguese el romance.*)

La Repulida comience,
Con su brío, á rastrear,

Pues ella fué la primera
 Que nos le vino á mostrar.
 Escarramán la acompañe,
 La Pizpita otro que tal,
 Chiquiznaque y la Mostrenca,
 Con Juan Claros el galan.
 ¡Vive Dios, que va de perlas!
 No se puede desear
 Más ligereza ó más garbo,
 Más certeza ó más compas.
 A ello, hijos, á ello;
 No se pueden alabar
 Otras ninfas ni otros rufos
 Que nos pueden igualar.
 ¡Oh, qué desmayar de manos!
 ¡Oh, qué huir y qué juntar!
 ¡Oh, qué nuevos laberintos,
 Donde hay salir y hay entrar!
 Muden el baile á su gusto,
 Que yo le sabré tocar:
 El canario ó las gambetas,
 O *Al villano se lo dan*,
 Zarabanda ó zambapalo,
El pésame dello, y más;
El Rey don Alonso el Bueno,
 Gloria de la antigüedad.»

Esc. El canario, si le tocan,
 A solas quiero bailar.

Mús. Tocaréle yo de plata,
 Tú de oro le bailarás.

*(Toca el canario, y baila solo ESCARRAMÁN;
 y en habiéndole bailado, diga:)*

Esc. Vaya *El villano á lo burdo*,
 Con la cebolla y el pan,

Y acompáñenme los tres.
Mús. Que te bendiga San Juan.

(Bailan el villano, como bien saben; y acabado el villano, pida ESCARRAMÁN el baile que quisiere; y acabado, diga TRAMPAGOS:)

Tramp. Mis bodas se han celebrado
Mejor que las de Roldán;
Todos digan, como digo:
¡Viva, viva Escarramán!
Todos. ¡Viva, viva!

LA ELECCION

DE

LOS ALCALDES DE DAGANZO

LOS QUE HABLAN EN ÉL SON LOS SIGUIENTES:

El Bachiller Pezuña.	} Regidores.	Un hombre.	} Labradores.
El Escribano Pedro Estornudo.		Humillos.	
Panduro.		Rana.	
Alonso Algarroba.		Berrocal.	
		Jarrete.	
		Un sota-sacristan.	

Gitanos y gitanas, músicos y bailarinas.

Salen EL BACHILLER PEZUÑA, PEDRO ESTORNUDO, *escribano*; PANDURO, *regidor*, y ALONSO ALGARROBA, *regidor*.

Pand. Rellánense; que todo saldrá á cuajo,
Si es que lo quiere el cielo benditísimo.

Alg. Mas echémoslo á doce, y no se venda;
Paz, que no será mucho que salgamos
Bien del negocio, si lo quiere el cielo.

Que quiera. ó que no quiera, es lo que importa.

Pand. Algarroba, la lengua se os deslicia;
Habrad acomedido y de buen rejo;
Que no me suenan bien esas palabras,

«Quiera ó no quiera el cielo»; por San Junco,
 Que como presomis de resabido,
 Os arrojaís á troche moche en todo.

Alg. Cristiano viejo soy á todo ruego,
 Y creo en Dios á piés jontillas.

Bach. Bueno;
 No hay más que desear.

Alg. Y si por suerte
 Hablé mal, yo confieso que soy ganso,
 Y doy lo dicho por no dicho.

Esc. Basta;
 No quiere Dios, del pecador más malo,
 Sino que viva y se arrepienta.

Alg. Digo
 Que vivo y me arrepiento, y que conozco
 Que el cielo puede hacer lo que él quisierè,
 Sin que nadie le pueda ir á la mano,
 Especial cuando llueve.

Pand. De las nubes,
 Algarroba, cae el agua, no del cielo.

Alg. ¡Cuerpo del mundo! si es que aquí venimos
 A reprochar los unos á los otros,
 Díganmoslo; que á fe que no le falten
 Reproches á Algarroba á cada paso.

Bach. *Redeamus ad rem*, señor Panduro
 Y señor Algarroba; no se pase
 El tiempo en niñerías excusadas.
 ¡Juntámonos aquí para disputas
 Impertinentes? Bravo caso es éste,
 Que siempre que Panduro y Algarroba
 Están juntos, al punto se levantan
 Entre ellos mil borrascas y tormentas
 De mil contradictorias intenciones.

Esc. El señor bachiller Pezuña tiene
 Demasiada razon; véngase al punto.

Y mírese qué alcaldes nombraremos
 Para el año que viene, que sean tales,
 Que no los pueda calumniar Toledo,
 Sino que los confirme y dé por buenos,
 Pues para esto ha sido nuestra junta.

Pand. De las varas hay cuatro pretensores:

Juan Berrocal, Francisco de Humillos,
 Miguel Jarrete y Pedro de la Rana;
 Hombres todos de chapa y de caletre,
 Que pueden gobernar, no que á Daganzo,
 Sino á la misma Roma.

Alg. A Romanillos.

Esc. ¿Hay otro apuntamiento? por San Pito,
 Que me salga del corro.

Alg. Bien parece
 Que se llama Estornudo el escribano,
 Que así se le encarama y sube el humo.
 Sosiéguese, que yo no diré nada.

Pand. ¿Hallarse han por ventura en todo el sorbe?

Alg. ¿Qué es sorbe? ¿sorbe-huevos? Orbe diga
 El discreto Panduro, y serle ha sano.

Pand. Digo que en todo el mundo no es posible
 Que se hallen cuatro ingenios como aquestos
 De nuestros pretensores.

Alg. Por lo ménos,
 Yo sé que Berrocal tiene el más lindo
 Distinto.

Esc. ¿Para qué?

Alg. Para ser sacre
 En esto de mojon y cata-vinos.
 En mi casa probó los dias pasados
 Una tinaja, y dijo que sabia
 El claro vino á palo, á cuero y hierro.
 Acabó la tinaja su camino,
 Y hallóse en el asiento della un palo

Pequeño, y dél pendia una correa
De cordoban y una pequeña llave.

Esc. ¡Oh rara habilidad! ¡oh raro ingenio!
Bien puede gobernar, el que tal sabe,
A Alanis y á Cazalla y áun á Esquivias.

Alg. Miguel Jarrete es águila.

Bach. ¿En qué modo?

Alg. En tirar con un arco de bodoques.

Bach. ¿Qué tan certero es?

Alg. Es de manera,
Que si no fuese porque los más tiros
Se da en la mano izquierda, no habria pájaro
En todo este contorno.

Bach. Para alcalde
Es rara habilidad, y necesaria.

Alg. ¿Qué diré de Francisco de Humillos?
Un zapato remienda como un sastre
Pues ¿Pedro de la Rana? no hay memoria
Que á la suya se iguale; en ella tiene
Del antiguo y famoso perro de Alba
Todas las coplas, sin que letra falte.

Pand. Este lleva mi voto.

Esc. Y áun el mio.

Alg. A Berrocal me atengo.

Bach. Yo á ninguno,
Si es que no dan más pruebas de su ingenio,
A la jurisprudencia encaminadas.

Alg. Yo daré un buen remedio, y es aquéste:
Hagan entrar los cuatro pretendientes,
Y el señor bachiller Pezuña puede
Examinarlos, pues del arte sabe,
Y conforme á su ciencia, así veremos
Quién podrá ser nombrado para el cargo.

Esc. Vive Dios, que es rarísima advertencia.

Pand. Aviso es, que podrá servir de arbitrio

Para su Jamestad; que como en córte
Hay potra-médicos, haya potra-alcaldes.

Alg. Protá, señor Panduro; que no potra.

Pand. Como vos no hay friscal en todo el mundo.

Alg. Fiscal, pese á mis males.

Esc. ¡Por Dios santo,
Que es Algarroba impertinente!

Alg. Digo
Que, pues se hace exámen de barberos,

De herradores, de sastres, y se hace

De cirujanos y otras zarandajas,

Tambien se examinasen para alcaldes,

Y al que se hallase suficiente y hábil

Para tal menester, que se le diese

Carta de exámen, con la cual podria

El tal examinado remediarse;

Porque de lata en una blanca caja

La carta acomodando, merecida,

A tal pueblo podrá llegar el pobre,

Que le pesen á oro; que hay hogaño

Carestía de alcaldes de caletre

En lugares pequeños casi siempre.

Bach. Ello está muy bien dicho y bien pensado:

Llamen á Berrocal, éntre, y veamos

Dónde llega la raya de su ingenio.

Alg. Humillos, Rana, Berrocal, Jarrete,
Los cuatro pretensores, se han entrado.

Entran estos cuatro labradores.

Ya los tienes presentes.

Bach Bien venidos

Sean vuesas mercedes.

Berr. Bien hallados

Vuestas mercedes sean.

Pand. Acomódense;

Que asientos sobran.

Hum. Siéntome y me siento.

Jarr. Todos nos sentaremos, Dios loado.

Rana. ¿De qué os sentis, Humillos?

Hum. De que vaya

Tan á la larga nuestro nombramiento;

¡Hémoslo de comprar á gallipavos,

A cántaros de arroyo y á abiervadas,

Y botas de lo añejo, tan crecidas,

Que se arremetan á ser cueros? Díganlo,

Y pondráse remedio y diligencia.

Bach. No hay sobornos aquí, todos estamos

De un comun parecer, y es, que el que fuere

Más habil para alcalde, ése se tenga

Por escogido y por llamado.

Rana. Bueno;

Yo me contento.

Berr. Y yo.

Bach. Mucho en buen hora.

Hum. Tambien yo me contento.

Jarr. Dello gusto.

Bach. Vaya de exámen, pues.

Hum. De exámen venga.

Bach. ¿Sabeis leer, Humillos?

Hum. No por cierto,

Ni tal se probará que en mi linaje

Haya persona de tan poco asiento,

Que se ponga á aprender esas quimeras,

Que llevan á los hombres al brasero,

Y á las mujeres á la casa llana.

Leer no sé, mas sé otras cosas tales,

Que llevan al leer ventajas muchas.

Bach. Y ¿cuales cosas son?

Hum. Sé de memoria

Todas cuatro oraciones, y las rezo

Cada semana cuatro y cinco veces.

Rana. Y ¿con eso pensais de ser alcalde?

Hum. Con esto, y con ser yo cristiano viejo,
Me atrevo á ser un senador romano.

Bach. Está muy bien. Jarrete diga agora
Qué es lo que sabe.

Jarr. Yo, señor Pezuña,
Sé leer, aunque poco; deletreo
Y ando en *be-a-ba* bien há tres meses,
Y en cinco más daré con ello á un cabo;
Y ademas desta ciencia que ya aprendo,
Sé calzar un arado bravamente,
Y herrar, casi en tres horas, cuatro pares
De novillos briosos y cerreros;
Soy sano de mis miembros, y no tengo
Sordez ni cataratas, tos ni reumas,
Y soy cristiano viejo como todos,
Y tiro con un arco como un Tulio.

Alg. Raras habilidades para alcalde,
Necesarias y muchas.

Bach. Adelante.

¿Qué sabe Berrocal?

Berr. Tengo en la lengua
Toda mi habilidad y en la garganta;
No hay mojon en el mundo que me llegue
Sesenta y seis sabores estampados
Tengo en el paladar, todos vináticos.

Alg. Y ¿quiere ser alcalde?

Berr. Y lo requiero;
Pues cuando estoy armado á lo de Baco,
Así se me aderezan los sentidos,
Que me parece á mí que en aquel punto
Podria prestar leyes á Licurgo
Y limpiarme con Bártulo.

Pand. Pasito;

Que estamos en concejo.

Berr. No soy nada
Melindroso ni puerco; sólo digo
Que no se me malogre mi justicia,
Que echaré el bodegon por la ventana.

Bach. ¡Amenazas aquí? Por vida mia,
Mi señor Berrocal, que valen poco.
¿Qué sabe Pedro Rana?

Rana. Como Rana,
Habré de cantar mal; pero, con todo,
Diré mi condicion, y no mi ingenio.
Yo, señores, si acaso fuese alcalde,
Mi vara no sería tan delgada
Como las que se usan de ordinario:
De una encina ó de un roble la haria,
Y gruesa de dos dedos, temeroso
Que no me la encorvase el dulce peso
De un bolson de ducados, ni otras dádivas,
O ruegos, ó promesas, ó favores,
Que pesan como plomo, y no se sienten
Hasta que os han brumado las costillas
Del cuerpo y alma; y junto con aquesto,
Sería bien criado y comedido,
Parte severo y nada riguroso.
Nunca deshonoraria al miserable
Que ante mí le trajesen sus delitos;
Que suele lastimar una palabra
De un jüez arrojado, de afrentosa,
Mucho más que lastima su sentencia,
Aunque en ella se intime cruel castigo.
No es bien que el poder quite la crianza,
Ni que la sumision de un delincuente
Haga al jüez soberbio y arrogante.

Alg. Vive Dios, que ha cantado nuestra Rana
Mucho mejor que un cisne cuando muere.

Pand. Mil sentencias ha dicho censorinas.

Alg. De Caton Censorino, bien ha dicho
El regidor Panduro.

Pand. Reprochadme.

Alg. Su tiempo se vendrá.

Esc. Nunca acá venga.

Terrible inclinacion es, Algarroba,
La vuestra en reprochar.

Alg. No más, so escriba.

Esc. ¿Qué escriba? Fariseo.

Bach. ¡Por San Pedro,

Que son muy demasiadas demasías
Éstas!

Alg. Yo me burlaba.

Esc. Y yo me burlo.

Bach. Pues no se burlen más, por vida mia.

Alg. Quien miente, miente.

Esc. Y quien verdad pronuncia,
Dice verdad.

Alg. Verdad.

Esc. Pues punto en boca.

Hum. Esos ofrecimientos que ha hecho Rana,
Son de léjos. A fe, que si él empuña
Vara, que él se trueque y sea otro hombre
Del que ahora parece.

Bach. Está de molde
Lo que Humillos ha dicho.

Hum. Y más añadido:

Que si me dan la vara, verán cómo
No me mudo ni trueco ni me cambio.

Bach. Pues veis aquí la vara, y haced cuenta
Que sois alcalde ya.

Alg. ¡Cuerpo del mundo!
La vara le dan zurda.

Hum. ¿Cómo zurda?

Alg. Pues ¿no es zurda esta vara? un sordo ó mudo
Lo podrá echar de ver desde una legua.

Hum. ¿Cómo, pues, si me dan zurda la vara,
Quieren que juzgue yo derecho?

Esc. El diablo
Tiene en el cuerpo este Algarroba; miren
Dónde jamás se han visto varas zurdas.

Entra UNO.

Uno. Señores, aquí están unos gitanos,
Con unas gitanillas milagrosas;
Y aunque la ocupación se les ha dicho,
En qué están sus mercedes, todavía
Porfian que han de entrar á dar solacio
A sus mercedes.

Bach. Entren, y veremos
Si nos podrán servir para la fiesta
Del *Corpus*, de quien yo soy mayordomo.

Pand. Entren mucho en buen hora.

Bach. Que entren luego.

Hum. Por mí, ya los deseo.

Jarr. Pues yo, pajas.

Rana. ¿Ellos no son gitanos? pues adviertan
Que no nos hurten las narices.

Uno. Ellos,
Sin que los llamen, vienen; ya están dentro.

Entran LOS MUSICOS, de gitanos, y DOS GITANAS, bien aderezadas, y al són deste romance, que han de cantar los músicos, ellas dancen.

Mús. «Reverencia os hace el cuerpo,
Regidores de Daganzo,
Hombres buenos de repente,

Hombres buenos de pensado;
 De caletre prevenidos
 Para proveer los cargos
 Que la ambicion solicita
 Entre moros y cristianos.
 Parece que os hizo el cielo,
 El cielo, digo, estrellado,
 Sansones para las letras,
 Y para las fuerzas Bártulos.»

Jarr. Todo lo que se canta toca a historia.

Hum. Ellas y ellos son únicos y ralos.

Alg. Algo tienen de espesos.

Bach. *Ea, sufficit.*

Mús. «Como se mudan los vientos,
 Como se mudan los ramos,
 Que desnudos en invierno,
 Se visten en el verano,
 Mudaremos nuestros bailes
 Por puntos, y á cada paso,
 Pues mudarse las mujeres
 No es nuevo ni extraño caso.

*¡Vivan de Daganzo los regidores,
 Que parecen palmas, puesto que son robles!»*

(*Bailan.*)

Jarr. Brava trova, por Dios.

Hum. Y muy sentida.

Berr. Estas se han de imprimir, para que quede
 Memoria de nosotros en los siglos
 De los siglos. Amén.

Bach. Callen, si pueden.

Mús. «Vivan y revivan
 Y en siglos veloces
 Del tiempo, los días

Pasen con las noches,
 Sin trocar la edad,
 Que treinta años forme,
 Ni tocar las hojas
 De sus alcornoques.
 Los vientos, que anegan,
 Si contrarios corren,
 Cual céfiros blandos
 En sus mares soplen.

*¡Vivan de Daganzo los regidores,
 Que palmas parecen, puesto que son robles!»*

Bach. El estribillo en parte me desplace;
 Pero, con todo, es bueno.

Berr. Ea, callemos.

Mús. «Pisaré yo el polvico
 A tan menudico,
 Pisaré yo el polvó
 A tan menudó.»

Pand. Estos músicos hacen pepitoria
 De su cantar.

Hum. Son diablos los gitanos.

Mús. «Pisaré yo la tierra,
 Por más que esté dura,
 Puesto que me abra en ella
 Amor sepultura,
 Pues ya mi buena ventura
 Amor la pisó
 A tan menudó.
 Pisaré yo lozana
 El más duro suelo,
 Si en él acaso pisas
 El mal que recelo;
 Mi bien se ha pasado en vuelo,
 Y el polvo dejó
 A tan menudó

Entra UN SOTA-SACRISTAN muy mal endeliñado.

Sac. Señores regidores, voto á dico,
Que es de bellacos tanto pasatiempo.
¿Así se rige el pueblo, noramala,
Entre guitarras, bailes y bureos?

Bach. Agarradle, Jarrete.

Jarr. Ya le agarro.

Bach. Traigan aquí una manta; que por Cristo,
Que se ha de mantear este bellaco,
Necio, desvergonzado é insolente,
Y atrevido ademas.

Sac. Oigan, señores.

Alg. Volveré con la manta á las volanzas. (*Éntrase.*)

Sac. Miren que les intimo que soy presbíter.

Bach. ¿Tú presbítero, infame?

Sac. Yo presbítero,
O de prima tonsura, que es lo mismo.

Pand. Agora lo veredes, dijo Agrájes.

Sac. No hay Agrájes aquí.

Bach. Pues habrá grajos.

Que te piquen la lengua y áun los ojos.

Rana. Dime, desventurado: ¿qué demonio

Se revistió en tu lengua? ¿quién te mete

A tí en reprender á la justicia?

¿Has tú de gobernar á la república?

Métete en tus campanas y en tu oficio.

Deja á los que gobiernan; que ellos saben

Lo que han de hacer, mejor que no nosotros.

Si fueren malos, ruega por su enmienda;

Si buenos, porque Dios no nos los quite.

Bach. Nuestro Rana es un santo y un bendito.

Vuelve ALGARROBA, y trae la manta.

Alg. No ha de quedar por manta.

Bach. Asgan, pues, todos.
Sin que queden gitanos ni gitanas.
Arriba, amigos.

Sac. ¡Dios, que va de véras!
¡Vive Dios, si me enojo, que bonito
Soy para estas burlas! ¡Por San Pedro,
Que están descomulgados todos cuantos
Han tocado los pelos de la manta!

Rana. Basta, no más, aquí cese el castigo;
Que el pobre debe estar arrepentido.

Sac. Y molido, que es más; de aquí adelante
Me coseré la boca con dos cabos
De zapatero.

Rana. Aqueso es lo que importa.

Bach. Vénganse los gitanos á mi casa;
Que tengo qué decilles.

Git. Tras tí vamos.

Bach. Quedarse ha la eleccion para mañana,
Y desde luego doy mi voto á Rana.

Git. ¿Cantaremos, señor?

Bach. Lo que quisiéredes.

Pand. No hay quien cante cual nuestra Rana canta.

Jarr. No solamente canta, sino encanta.

(Éntranse cantando: Pisaré yo el polvico.)

LA GUARDA CUIDADOSA

LOS QUE HABLAN EN ÉL SON LOS SIGUIENTES:

Un soldado.

El sacristan Pasillas.

Un mozo, demandadero.

Otro, que vende telas.

Cristina.

Su amo.

Su ama.

Un zapatero.

Otro sacristan llamado

Grajales.

Músicos.

Sale UN SOLDADO, á lo pícaro, con una muy mala banda y un antojo, y detras dél, UN MAL SACRISTAN.

Sold. ¡Qué me quieres, sombra vana?

Sac. No soy sombra vana, sino cuerpo macizo.

Sold. Pues, con todo eso, por la fuerza de mi desgracia, te conjuro que me digas quién eres y qué es lo que buscas por esta calle.

Sac. A eso te respondo, por la fuerza de mi dicha, que soy Lorenzo Pasillas, sota-sacristán desta parroquia, y busco en esta calle lo que hallo, y tú buscas, y no hallas.

Sold. ¡Buscas por ventura á Cristinica, la fregona desta casa?

Sac. *Tu dixisti.*

Sold. Pues ven acá, sota-sacristán de Satanas.

Sac. Pues voy allá, caballo de Ginebra.

Sold. Bueno, sota y caballo, no falta sino el rey para tomar las manos: ven acá, digo otra vez, ¿y tú no sabes, Pasillas, que pasado te vea yo con un chuzo, que Cristinica es prenda mia?

Sac. ¿Y tú no sabes, pulpo vestido, que esa prenda la tengo yo rematada, que está por sus cabales y por mia?

Sold. ¡Vive Dios, que te dé mil cuchilladas y que te haga la cabeza pedazos!

Sac. Con las que le cuelgan desas calzas y con los dese vestido se podrá éntretener, sin que se meta con los de mi cabeza.

Sold. ¿Has hablado alguna vez á Cristina?

Sac. Cuando quiero.

Sold. ¿Qué dádivas le has hecho?

Sac. Muchas.

Sold. ¿Cuántas y cuáles?

Sac. Díle una destas cajas de carne de membrillo, muy grande, llena de cercenaduras de hostias blancas como la misma nieve, y de añadidura cuatro cabos de velas de cera, asimismo blancas como un armiño.

Sold. ¿Qué más le has dado?

Sac. En un billete envueltos cien mil deseos de servirla.

Sold. Y ella ¿cómo te ha correspondido?

Sac. Con darme esperanzas propíncuas de que ha de ser mi esposa.

Sold. Luego ¿no eres de epístola?

Sac. Ni áun de completas; motilon soy, y puedo casarme cada y cuando me viniere en voluntad, y presto lo veredes.

Sold. Ven acá, motilon arrastrado; respóndeme á

esto que preguntarte quiero. Si esta mochacha ha correspondido tan altamente, lo cual yo no creo, á la miseria de tus dádivas, ¿cómo corresponderá á la grandeza de las mias? que el otro dia le envié un billete amoroso, escrito por lo ménos en un revers de un memorial que dí á su Majestad, significándole mis servicios y mis necesidades presentes; que no cae en mengua el soldado que dice que es pobre; el cual memorial salió decretado y remitido al Limosnero mayor; y sin atender á que sin duda alguna me podía valer cuatro ó seis reales, con liberalidad increíble y con desenfado notable escribí en el revers dél, como he dicho, mi billete, y sé que de mis manos pecadoras llegó á las tuyas casi santas.

Sac. ¿Hasle enviado otra cosa?

Sold. Suspiros, lágrimas, sollozos, parasismos, desmayos, con toda la caterva de las demostraciones necesarias que para descubrir su pasion los buenos enamorados usan y deben de usar en todo tiempo y sazón.

Sac. ¿Hasle dado alguna música concertada?

Sold. La de mis lamentos y congojas, las de mis ansias y pesadumbres.

Sac. Pues á mí me ha acontecido dársela con mis campanas á cada paso; y tanto, que tengo enfadada á toda la vecindad con el continuo ruido que con ellas hago, sólo por darle contento y porque sepa que estoy en la torre, ofreciéndome á su servicio; y aunque haya de tocar á muerto, repico á vísperas solenes.

Sold. En eso me llevas ventaja, porque no tengo qué tocar ni cosa que lo valga.

Sac. ¿Y de qué manera ha correspondido Cristina á la infinidad de tantos servicios como le has hecho?

Sold. Con no verme, con no hablarme, con maldecirme cuando me encuentra por la calle, cor derramar sobre mí las lavazas cuando jabona y el agua de fregar cuando friega; y esto es cada día, porque todos los días estoy en esta calle y á su puerta, porque soy su guarda cuidadosa; soy, en fin, el perro del hortelano, etc. Yo no la gozo, ni ha de gozarla ninguno miéntras yo viviere: por eso, váyase de aquí el señor sota-sacristan; que por haber tenido y tener respeto á las órdenes que tiene, no le tengo ya rompidos los cascós.

Sac. A rompérmelos como están rotos esos vestidos, bien rotos estuvieran.

Sold. El hábito no hace al monje, y tanta honra tiene un soldado roto por causa de la guerra, como la tiene un colegial con el manto hecho añicos, porque en él se muestra la antigüedad de sus estudios; y váyase, que haré lo que dicho tengo.

Sac. ¿Es porque me ve sin armas? Pues espérese aquí, señor guarda cuidadosa, y verá quién es Callejas.

Sold. ¿Qué puede ser un Pasillas!

Sac. Agora lo verédes, dijo Agrájes. (*Éntrase.*)

Sold. ¡Oh mujeres, mujeres, todas ó las más, mudables y antojadizas! Dejas, Cristina, á esta flor, á este jardín de la soldadesca, y acomodaste con el muladar de un sota-sacristan, pudiendo acomodarte con un sacristan entero, y áun con un canónigo; pero yo procuraré que te éntre en mal provecho, si puedo, aguando tu gusto con ojear desta calle y de tu puerta los que imagináre que por alguna via pueden ser tus amantes; y así vendré á alcanzar nombre de la guarda cuidadosa.

Entra UN MOZO, con su caja y ropa verde, como éstos que piden limosna para alguna imagen.

Mozo. Den por Dios para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía, que les guarde la vista de los ojos. ¡Ah de casa! ¿dan la limosna?

Sold. Hola, amigo Santa Lucía, venid acá; ¿qué es lo que quereis en esa casa?

Mozo. ¿Ya vuesa merced no lo ve? limosna para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía.

Sold. ¿Pedis para la lampara ó para el aceite de la lámpara? que como decís limosna para la lámpara del aceite, parece que la lámpara es del aceite, y no el aceite de la lámpara.

Mozo. Ya todos entienden que pido para el aceite de la lámpara, y no para la lámpara del aceite.

Sold. ¿Y suelen os dar limosna en esta casa?

Mozo. Cada día dos maravedís.

Sold. ¿Y quién sale á dároslos?

Mozo. Quien se halla más á mano; aunque las más veces sale una fregoncita, que se llama Cristina, bonita como un oro.

Sold. Así, ¿que es la fregoncita bonita como un oro?

Mozo. Y como unas pelras.

Sold. ¿De modo que no os parece mal á vos la muchacha?

Mozo. Pues aunque yo fuera hecho de leño, no pudiera parecerme mal.

Sold. ¿Cómo os llamais? que no querría volveros á llamar Santa Lucía.

Mozo. Yo, señor, Andres me llamo.

Sold. Pues, señor Andres, esté en lo que quiero decirle: tome este cuarto de á ocho, y haga

cuenta que va pagado por cuatro dias de la limosna que le dan en esta casa y suele recibir por mano de Cristina, y váyase con Dios; y séale aviso que por cuatro dias no vuelva á llegar á esta puerta ni por lumbre, que le romperé las costillas á coces.

Mozo. Ni áun volveré en este mes, si es que me acuerdo. No tome vuesa merced pesadumbre, que ya me voy. (*Vase.*)

Sold. No, sino dormíos, guarda cuidadosa.

Entra OTRO MOZO, vendiendo y pregonando tranzaderas, holanda de Cambray, randas de Flándes y hilo portugues.

Uno. ¡Compran tranzaderas, randas de Flándes, Holanda, Cambray, hilo portugues?

CRISTINA, á la ventana.

Crist. Hola, Manuel, ¿traes vivos para unas camisas?

Uno. Sí traigo, y muy buenos.

Crist. Pues entra; que mi señora los ha menester.

Sold. ¡Oh estrella de mi perdicion, ántes que norte de mi esperanza!—Tranzaderas, ó cómo os llamais, ¿conoceis aquella doncella que os llamó desde la ventana?

Uno. Sí conozco; pero ¿por qué me lo pregunta vuesa merced?

Sold. ¿No tiene muy buen rostro y muy buena gracia?

Uno. A mí así me lo parece.

Sold. Pues tambien me parece á mí que no éntre dentro desa casa; si no, ¿por Dios, de molelle los huesos sin dejarle ninguno sano!

Uno. Pues ¿no puedo yo entrar á donde me llaman para comprar mi mercadería?

Sold. Vaya, no me replique, que haré lo que digo, y luego.

Uno. ¡Terrible caso! Pasito, señor soldado, que ya me voy. (*Vase.*)

CRISTINA, á la ventana.

Crist. ¿No entras, Manuel?

Sold. Ya se fué Manuel, señora la de los vivos, y aún señora la de los muertos, porque á muertos y á vivos tienes debajo de tu mando y señorío.

Crist. ¡Jesus, y qué enfadoso animal! ¿Qué quieres en esta calle y en esta puerta? (*Entrase.*)

Sold. Encubrióse, y púsose mi sol detras de las nubes.

Entra UN ZAPATERO, con unas chinelas pequeñas, nuevas, en la mano, y yendo á entrar en casa de CRISTINA, detiéndole el soldado.

Sold. Señor bueno, ¿busca vuesa merced algo en esta casa?

Zap. Sí busco.

Sold. ¿Y á quién, si fuere posible saberlo?

Zap. ¿Por qué no? Busco á una fregona que está en esta casa, para darle estas chinelas, que me mandó hacer.

Sold. ¿De manera que vuesa merced es su zapatero?

Zap. Muchas veces la he calzado.

Sold. ¿Y hale de calzar ahora estas chinelas?

Zap. No será menester; si fueran zapatillos de hombre, como ella los suele traer, sí calzara.

Sold. ¿Y están pagadas, ó no?

Zap. No están pagadas; que allí me las ha de pagar agora.

Sold. ¡No me haria vuesa merced una merced, que sería para mí muy grande, y es, que me fiase estas chinelas, dándole yo prendas que lo valiesen, hasta desde aquí á dos dias, que espero tener dineros en abundancia?

Zap. Sí haré por cierto: venga la prenda; que como soy pobre oficial, no puedo fiar á nadie.

Sold. Yo le daré á vuesa merced un monda-dientes, que le estimo en mucho y no le dejaré por un escudo. ¿Dónde tiene vuesa merced la tienda, para que vaya á quitarle?

Zap. En la calle Mayor, en un poste de aquellos, y llámome Juan Juncos.

Sold. Pues, señor Juan Juncos, el monda-dientes es éste, y estímele vuesa merced en mucho, porque es mio.

Zap. Pues, una biznaga que apénas vale dos maravedís, ¿quiere vuesa merced que estime en mucho?

Sold. ¡Oh pecador de mí! no la doy yo sino para recuerdo de mí mismo, porque cuando vaya á echar mano á la faldriquera y no halle la biznaga, me venga á la memoria que la tiene vuesa merced, y vaya luego á quitalla; sí, á fe de soldado, que no la doy por otra cosa; pero, si no está contento con ella, añadiré esta banda y este antojo; que al buen pagador no le duelen prendas.

Zap. Aunque zapatero, no soy tan descortés, que tengo de despojar á vuesa merced de sus joyas y preseas; vuesa merced se quede con ellas, que yo me quedaré con mis chinelas, que es lo que me está más á cuento.

Sold. ¿Cuántos puntos tienen?

Zap. Cinco escasos.

Sold. Más escaso soy yo, chinelas de mis entrañas, pues no tengo seis reales para pagaros, chinelas de mis entrañas. — Escuche vuesa merced, señor zapatero; que quiero glosar aquí de repente este verso, que me ha salido medido:

Chinelas de mis entrañas.

Zap. ¿Es poeta vuesa merced?

Sold. Famoso, y agora lo vera; estéme atento:

Chinelas de mis entrañas.

GLOSA

Es amor tan gran tirano,
Que olvidado de la fe
Que le guardo siempre en vano,
Hoy con la funda de un pié
Da á mi esperanza de mano.

Estas son vuestras hazañas,
Fundas pequeñas y urañas;
Que ya mi alma imagina
Que sois, por ser de Cristina,
Chinelas de mis entrañas.

Zap. A mí poco se me entiende de trovas; pero éstas me han sonado tan bien, que me parecen de Lope, como lo son todas las cosas que son ó parecen buenas.

Sold. Pues, señor, ya que no lleva remedio de fiarme estas chinelas, que no fuera mucho, y más sobre tan dulces prendas, por mi mal halladas, llévelo, á lo ménos, de que vuesa merced me las guarde hasta desde aquí á dos días, que yo vaya

por ellas; y por ahora digo, por esta vez el señor zapatero no ha de ver ni hablar á Cristina.

Zap. Yo haré lo que me manda el señor soldado, porque se me trasluce de qué piés cojea, que son dos: el de la necesidad y el de los celos.

Sold. Ese no es ingenio de zapatero, sino de colegial trilingüe.

Zap. ¡Oh celos, celos, cuán mejor os llamaran duelos, duelos! (*Entrase.*)

Sold. No, sino no seais guarda, y guarda cuidadosa, y vereis cómo se os entran mosquitos en la cueva donde está el licor de vuestro contento; pero ¿qué voz es esta? sin duda es la de mi Cristina, que se desenfada cantando, cuando barre ó friega.

(*Suenan dentro platos, como que friegan, y cantan:*)

Sacristan de mi vida, tenme por tuya,
Y fiado en mi fe, canta *alleluya*.

Sold. ¡Oídos que tal oyen! Sin duda el sacristan debe de ser el brinco de su alma. ¡Oh platera la más limpia que tiene, tuvo ó tendrá el calendario de las fregonas! ¿por qué, así como limpias esa loza talaveril que traes entre las manos, y la vuelves en bruñida y tersa plata, no limpias esa alma de pensamientos bajos y sota-sacristaniles?

Entra EL AMO de Cristina.

Amo. Galan, ¿qué quiere ó qué busca á esta puerta?

Sold. Quiero más de lo que sería bueno, y busco

lo que no hallo; pero ¿quién es vuesa merced, que me lo pregunta?

Amo. Soy el dueño desta casa.

Sold. ¿El amo de Cristinica?

Amo. El mismo.

Sold. Pues lléguese vuesa merced á esta parte y tome este envoltorio de papeles, y advierta que ahí dentro van las informaciones de mis servicios, con veinte y dos fees de veinte y dos generales, debajo de cuyos estandartes he servido, amén de otras treinta y cuatro de otros tantos maestros de campo, que se han dignado de honrarme con ellas.

Amo. Pues no ha habido, á lo que yo alcanzo, tantos generales ni maestros de campo de infantería española de cien años á esta parte.

Sold. Vuesa merced es hombre pacífico, y no está obligado á entendersele mucho de las cosas de la guerra; pase los ojos por esos papeles, y verá en ellos, unos sobre otros, todos los generales y maestros de campo que he dicho.

Amo. Yo los doy por pasados y vistos; pero ¿de qué sirve darme cuenta desto?

Sold. De que hallará vuesa merced por ellos posible ser verdad una que agora diré, y es, que estoy consultado en uno de tres castillos y plazas que están vacas en el reino de Nápoles, conviene á saber: Gaeta, Barleta y Rijobes.

Amo. Hasta agora ninguna cosa me importan á mí estas relaciones que vuesa merced me da.

Sold. Pues yo sé que le han de importar, siendo Dios servido.

Amo. ¿En qué manera?

Sold. En que por fuerza, si no se cae el cielo, tengo de salir proveido en una destas plazas, y

quiero casarme agora con Cristinica; y siendo yo su marido, puede vuesa merced hacer de mi persona y de mi mucha hacienda como de cosa propia; que no tengo de mostrarme desagradecido á la crianza que vuesa merced ha hecho á mi querida y amada consorte.

Amo. Vuesa merced lo ha de los cascós más que de otra parte.

Sold. Pues ¿sabe cuánto le va, señor dulce? Que me la ha de entregar luego, luego, ó no ha de atravesar los umbrales de su casa.

Amo. ¡Hay tal disparate! Y ¿quién ha de ser bastante para quitarme que no éntre en mi casa?

Vuelve el SOTA-SACRISTAN PASILLAS, armado con un tapador de tinaja y una espada muy mohosa; viene con él OTRO SACRISTAN, con un morrion y una vara ó palo, atado á él un rabo de zorra.

Sac. Ea, amigo Grajales, que éste es el turbador de mi sosiego.

Graj. No me pesa sino que traigo las armas endebles y algo tiernas; que ya le hubiera despachado al otro mundo á toda diligencia.

Amo. Ténganse, gentiles hombres; ¿qué desman y qué acecinamiento es éste?

Sold. Ladrones, ¿á traicion y en cuadrilla? Sacristanes falsos, voto á tal, que os tengo de horadar, aunque tengais más órdenes que un ceremonial. Cobarde, ¿á mí con rabo de zorra? ¿es notarme de borracho, ó piensas que estás quitando el polvo á alguna imágen de bulto?

Graj. No pienso sino que estoy ojeando los mosquitos de una tinaja de vino.

A la ventana CRISTINA y SU AMA.

Crist. ¡Señora, señora, que matan á mi señor! más de dos mil espadas están sobre él, que relumbran que me quitan la vista.

Ella. Dices verdad, hija mía; Dios sea con él; Santa Ursola, con las once mil vírgenes, sea en su guarda. Ven, Cristina, y bajemos á socorrerle como mejor pudiéremos.

Amo. Por vida de vuestras mercedes, caballeros, que se tengan, y miren que no es bien usar de superchería con nadie.

Sold. Tente, rabo, y tente, tapadorcillo; no acabeis de despertar mi cólera, que si la acabo de despertar, os mataré y os comeré, y os arrojaré por la puerta falsa dos leguas más allá del infierno.

Amo. Ténganse, digo; si no, por Dios, que me descomponga de modo, que pese á alguno.

Sold. Por mí, tenido soy; que te tengo respeto por la imágen que tienes en tu casa.

Sac. Pues aunque esa imágen haga milagros, no os ha de valer esta vez.

Sold. ¡Han visto la desvergüenza deste bellaco, que me viene á hacer cocos con un rabo de zorra, no habiéndome espantado ni atemorizado tiros mayores que el de Dio, que está en Lisboa?

Entran CRISTINA y SU SEÑORA.

Ella. ¡Ay, marido mio! ¿estáis por desgracia, herido, bien de mi alma?

Crist. ¡Ay desdichada de mí! por el siglo de mi padre, que son los de la pendencia mi sacristan y mi soldado.

Sold. Aun bien que voy á la parte con el sacristán; que tambien dijo «mi soldado».

Amo. No estoy herido, señora; pero sabed que toda esta pendencia es por Cristinica.

Ella. ¿Cómo por Cristinica?

Amo. A lo que yo entiendo, estos galanes andan celosos por ella.

Ella. Y ¿esto es verdad, muchacha?

Crist. Sí, señora.

Ella. ¡Mirad con qué poca vergüenza lo dice! y ¿hate deshonorado alguno dellos?

Crist. Sí, señora.

Ella. ¿Cuál?

Crist. El sacristán me deshonoró el otro dia, cuando fuí al Rastro.

Ella. ¿Cuántas veces os he dicho yo, señor, que no saliese esta muchacha fuera de casa, que ya era grande, y no convenía apartarla de nuestra vista? ¿Qué dirá ahora su padre, que nos la entregó limpia de polvo y de paja?—Y ¿dónde te llevó, traidora, para deshonorarte?

Crist. A ninguna parte, sino allí, en mitad de la calle.

Ella. ¿Cómo en mitad de la calle?

Crist. Allí, en mitad de la calle de Toledo, á vista de Dios y de todo el mundo, me llamó de sucia y de deshonestá, de poca vergüenza y ménos miramiento, y otros muchos baldones deste jaez, y todo por estar celoso de aquel soldado.

Amo. Luego ¿no ha pasado otra cosa entre tí ni él, sino esa deshonra que en la calle te hizo?

Crist. No por cierto, porque luego se le pasa la cólera.

Ella. El alma se me ha vuelto al cuerpo, que le tenía ya casi desamparado.

Crist. Y más, que todo cuanto me dijo, fué confiado en esta cédula que me ha dado de ser mi esposo, que la tengo guardada como oro en paño.

Amo. Muestra, veamos.

Ella. Leedla alto, marido.

Amo. Así dice: «Digo yo, Lorenzo Pasillas, sota-
»sacristan desta parroquia, que quiero bien, y
»muy bien, á la señora Cristina de Parraces; y
»en fe desta verdad, le di ésta, firmada de mi
»nombre, fecha en Madrid, en el cimiterio de
»San Andres, á seis de Mayo deste presente año
»de mil y seiscientos y once. Testigos: mi corazon,
»mi entendimiento, mi voluntad y mi memoria.
»Lorenzo Pasillas.»— ¡Gentil manera de cédula
de matrimonio!

Sac. Debajo de decir que la quiero bien, se incluye todo aquello que ella quisiere que yo haga por ella, porque quien da la voluntad, lo da todo.

Amo. Luego si ella quisiese bien, ¿os casaríades con ella?

Sac. De bonísima gana, aunque perdiese la expectativa de tres mil maravedís de renta, que ha de fundar agora sobre mi cabeza una agüela mia, segun me han escrito de mi tierra.

Sold. Si voluntades se toman en cuenta, treinta y nueve dias hace hoy que al entrar de la puente segoviana dí yo á Cristina la mia, con todos los anejos á mis tres potencias; y si ella quisiere ser mi esposa, algo iri á decir de ser castellano de un famoso castillo, á un sacristan, no entero, sino medio, y áun de la mitad le debe faltar algo.

Amo. ¿Tienes deseo de casarte, Cristinica?

Crist. Sí tengo.

Amo. Pues escoge, destos dos que se te ofrecen, el que más te agradáre.

Crist. Tengo vergüenza.

Ella. No la tengas, porque el comer y el casar ha de ser á gusto propio, y no á voluntad ajena.

Crist. Vuestas mercedes, que me han criado, me darán marido como me convenga; aunque todavía quisiera escoger.

Sold. Niña. échame el ojo, mira mi garbo; soldado soy, castellano pienso ser, brío tengo de corazón, soy el más galán hombre del mundo, y por el hilo deste vestidillo podrás sacar el ovillo de mi gentileza.

Sac. Cristina, yo soy músico aunque de campanas; para adornar una tumba y colgar una iglesia para fiestas solenes, ningún sacristán me puede llevar ventaja; y estos oficios bien los puedo ejercitar casado, y ganar de comer como un príncipe.

Amo. Ahora bien, muchacha: escoge de los dos el que te agrada; que yo gusto dello, y con esto pondrás paz entre dos tan fuertes competidores.

Sold. Yo me allano.

Sac. Y yo me rindo.

Crist. Pues escojo al sacristán.

Han entrado LOS MÚSICOS.

Amo. Pues llamen esos oficiales de mi vecino el barbero, para que con sus guitarras y voces nos entremos á celebrar el desposorio, cantando y bailando, y el señor soldado será mi convidado.

Sold. Acepto;

*Que donde hay fuerza de hecho,
Se pierde cualquier derecho.*

Mús. Pues hemos llegado á tiempo, éste será el estribillo de nuestra letra.

(Cantan el estribillo.)

Siempre escogen las mujeres
 Aquello que vale menos,
 Porque excede su mal gusto
 A cualquier merecimiento.
 Ya no se estima el valor,
 Porque se estima el dinero,
 Pues un sacristan prefieren
 A un roto soldado lego:
 Mas no es mucho, que ¿quién vió
 Que fué su voto tan necio,
 Que á sagrado se acogiese,
 Que es de delincuentes puerto?
Que adonde hay fuerza, etc.

Como es propio de un soldado,
 Que es sólo en los años viejo,
 Y se halla sin un cuarto,
 Porque ha dejado su tercio,
 Imaginar que ser puede
 Pretendiente de Gaiféros,
 Conquistando por lo bravo
 Lo que yo por mano adquiero,
 No me afrentan tus razones,
 Pues has perdido en el juego;
 Que siempre un picado tiene
 Licencia para hacer fieros.
Que adonde hay fuerza, etc.

(Éntranse cantando y bailando.)

EL VIZCAINO FINGIDO

LOS QUE HABLAN EN ÉL SON LOS SIGUIENTES:

Solorzano.
Quiñones.
Doña Cristina.

Doña Brígida.
Un platero.
Dos músicos.

(*Entra SOLORZANO y QUIÑONES.*)

Sol. Estas son las bolsas, y á lo que parecen, son bien parecidas, y las cadenas que van dentro, ni más ni ménos; no hay sino que vos acudais con mi intento; que á pesar de la taimería desta sevillana, ha de quedar esta vez burlada.

Quiñ. ¿Tanta honra se adquiere, ó tanta habilidad se muestra en engañar á una mujer, que lo tomáis con tanto ahinco y poneis tanta solicitud en ello?

Sol. Cuando las mujeres son como éstas, es gusto el burlallas; cuanto más, que esta burla no ha de pasar de los tejados arriba; quiero decir que ni ha de ser con ofensa de Dios ni con daño de la burlada; que no son burlas las que redundan en desprecio ajeno.

Quiñ. Alto, pues vos lo quereis, sea así; digo que yo os ayudaré en todo cuanto me habeis dicho, y sabré fingir tan bien como vos, que no

lo puedo más encarecer. ¿A dónde vais agora?
Sol. Derecho en casa de la ninfa, y vos no salgais de casa; que yo os llamaré á su tiempo.

Quiñ. Allí estaré clavado, esperando. (*Éntranse los dos.*)

Salen DOÑA CRISTINA y DOÑA BRÍGIDA; Cristina sin manto, y Brígida con él, toda asustada y turbada.

Crist. ¡Jesús! ¿qué es lo que traes, amiga doña Brígida, que parece que quieres dar el alma á su Hacedor?

Bríg. Doña Cristina amiga, hazme aire, róciame con un poco de agua este rostro; que me muero, que me fino, que se me arranca el alma. Dios sea conmigo; confesion á toda prisa.

Crist. ¿Qué es esto? ¡desdichada de mí! ¿No me dirás, amiga, lo que te ha sucedido? ¿Has visto alguna mala visión? ¿hante dado alguna mala nueva de que es muerta tu madre ó de que viene tu marido, ó hante robado tus joyas?

Bríg. Ni he visto vision alguna, ni se ha muerto mi madre, ni viene mi marido, que áun le faltan tres meses para acabar el negocio donde fué, ni me han robado mis joyas; pero hame sucedido otra cosa peor.

Crist. Acaba, dímelas, doña Brígida mía; que me tienes turbada y sùspensa hasta saberla.

Bríg. ¡Ay querida! que tambien te toca á tí parte deste mal suceso. Límpiame este rostro, que él y todo el cuerpo tengo bañado en sudor más frio que la nieve. ¡Desdichadas de aquellas que andan en la vida libre, que si quieren tener algun poquito de autoridad, granjeada de aquí ó

de allí, se la desjarretan y se la quitan al mejor tiempo!

Crist. Acaba, por tu vida, amiga, y dime lo que te ha sucedido, y qué es la desgracia de quien yo tambien tengo de tener parte.

Brig. Y ¡cómo si tendrás parte! y mucha, si eres discreta, como lo eres. Has de saber, hermana, que viniendo agora á verte, al pasar por la puerta de Guadalajara, oí que en medio de infinita justicia y gente estaba un pregonero, pregonando que quitaban los coches y que las mujeres descubriesen los rostros por las calles.

Crist. Y ¿ésa es la mala nueva?

Brig. Pues para nosotras ¿puede ser peor en el mundo?

Crist. Yo creo, hermana, que debe de ser alguna reformation de los coches, que no es posible que los quiten de todo punto; y será cosa muy acertada, porque, segun he oido decir, anda muy decaída la caballería en España, porque se empanaban diez ó doce caballeros mozos en un coche y azotaban las calles de noche y de dia, sin acordárseles que había caballos y jineta en el mundo; y como les falte la comodidad de las galeras de la tierra, que son los coches, volverán al ejercicio de la caballería, con quien sus antepasados se honraron.

Brig. ¡Ay Cristina de mi alma! que tambien oí decir que aunque dejan algunos, es con condicion que no se presten, ni que en ellos ande ninguna... ya me entiendes.

Crist. Ese mal nos hagan; porque has de saber, hermana, que está en opinion entre los que siguen la guerra, cuál es mejor, la caballería ó la infantería, y hase averiguado que la infantería

española lleva la gala á todas las naciones, y agora podremos las alegres mostrar á pié nuestra gallardía, nuestro garbo y nuestra bizarría, y más yendo descubiertos los rostros, quitando la ocasion de que ninguno se llame á engaño si nos sirviese, pues nos ha visto.

Bríg. ¡Ay Cristina! no me digas eso; ¡qué linda cosa era ir sentada en la popa de un coche, llenándola de parte á parte, dándole rostro á quien y cómo y cuándo queria! y en Dios y en mi ánima te digo que cuando alguna vez me le prestaban, y me veia sentada en él con aquella autoridad, me desvanecia tanto, que creia bien y verdaderamente que era mujer principal y que más de cuatro señoras de título pudieran ser mis criadas.

Crist. ¡Veis, doña Brígida, cómo tengo yo razon en decir que ha sido bien quitar los coches, siquiera por quitarnos á nosotras el pecado de la vanagloria? y más, que no era bien que un coche iguálase á las no tales con las tales; pues viendo los ojos extranjeros á una persona en un coche, pomposa por galas, reluciente por joyas. echaría á perder la cortesía, haciéndosela á ella como si fuera una principal señora; así que, amiga, no debes congojarte, sino acomoda tu brío y tu limpieza y tu manto de soplillo sevillano, y tus nuevos chapines, en todo caso, con las virillas de plata, y déjate ir por esas calles; que yo te aseguro que no falten moscas á tan buena miel, si quisieres dejar que á tí se lleguen; y el daño en más va que en besarla durmiendo.

Bríg. Dios te lo pague, amiga, que me has consolado con tus advertimientos y consejos; y en verdad que los pienso poner en práctica, y pulirme

y repulirme, y dar rostro á pié y pisar el polvico á tan menudico, pues no tengo quien me corte la cabeza; que ése que piensan que es mi marido, no lo es, aunque me ha dado la palabra de serlo.

(*Entra SOLORZANO.*)

Crist. ¡Jesus! ¡tan á la sorda y sin llamar se entra en mi casa, señor? ¡qué es lo que vuesa merced manda?

Sol. Vuesa merced perdone el atrevimiento; que la ocasión hace al ladron: hallé la puerta abierta, y entréme, dándome ánimo al entrarme, venir á servir á vuesa merced, y no con palabras, sino con obras; y si es que puedo hablar delante desta señora, diré á lo que vengo y la intención que traigo.

Crist. De la buena preserxia de vuesa merced no se puede esperar sino que han de ser buenas sus palabras y sus obras. Diga vuesa merced lo que quisiere; que la señora doña Brígida es tan mi amiga, que es otra yo misma.

Sol. Con ese seguro y con esa licencia hablaré con verdad, y con verdad, señora, soy un cortesanc, á quien vuesa merced no conoce.

Crist. Así es la verdad.

Sol. Y há muchos dias que deseo servir á vuesa merced, obligado á ello de su hermosura, buenas partes y mejor término; pero estrechezas, que no faltan, han sido freno á las obras hasta agora, que la suerte ha querido que de Vizcaya me enviase un grande amigo mio á un hijo sayo, vizcaíno, muy galan, para que yo le lleve á Salamanca y le ponga de mi mano en compañía

que le honre y le enseñe. Porque, para decir la verdad á vuesa merced, él es un poco burro y tiene algo de mentecato; y añádesele á esto una tacha, que es lástima decirlo, cuanto más tenerla, y es, que se toma algun tanto un si es no es del vino, pero no de manera, que de todo en todo pierda el juicio, puesto que se le turba; y cuando está asomado y áun casi todo el cuerpo fuera de la ventana, es cosa maravillosa su alegría y su liberalidad: da todo cuanto tiene á quien se lo pide y á quien no se lo pide; y yo querria, ya que el diablo se ha de llevar cuanto tiene, aprovecharme de alguna cosa, y no he hallado mejor medio que traerle á casa de vuesa merced, porque es muy amigo de damas, y aquí le desollaremos cerrado como á gato; y para principio, traigo aquí á vuesa merced esta cadena en este bolsillo, que pesa ciento y veinte escudos de oro, la cual tomará vuesa merced, y me dará diez escudos agora, que yo he menester para ciertas cosillas, y gastará otros veinte en una cena esta noche, que vendrá acá nuestro burro ó nuestro búfalo, que le llevo yo por el naso, como dicen, y á dos idas y venidas se quedará vuesa merced con toda la cadena; que yo no quiero más de los diez escudos de ahora. La cadena es bonísima y de muy buen oro, y vale algo de hechura: héla aquí, vuesa merced la tome.

Crist. Beso á vuesa merced las manos por la que me ha hecho en acordarse de mí en tan provechosa ocasion; pero, si he de decir lo que siento, tanta liberalidad me tiene algo confusa y algun tanto sospechosa.

Sol. Pues ¿de qué es la sospecha, señora mia?

Crist. De que podrá ser esta cadena de alquimia; que se suele decir que no es oro todo lo que reluce.

Sol. Vuesa merced habla discretísimamente, y no en balde tiene vuesa merced fama de la más discreta dama de la corte, y hame dado mucho gusto el ver cuán sin melindres ni rodeos me ha descubierto su corazón; pero para todo hay remedio, sino es para la muerte. Vuesa merced se cubra su manto, ó envíe, si tiene de quién fiarse, y vaya á la platería, y en el contraste se pese y toque esa cadena, y cuando fuera fina y de la bondad que yo he dicho, entónces vuesa merced me dará los diez escudos, harále una regalaría al borrico, y se quedará con ella.

Crist. Aquí pared en medio tengo yo un platero mi conocido, que con facilidad me sacará de duda.

Sol. Eso es lo que yo quiero y lo que amo y lo que estimo; que las cosas claras Dios la bendijo.

Crist. Si es que vuesa merced se atreve á fiarme esta cadena en tanto que me satisfago, de aquí á un poco podrá venir, que yo tendré los diez escudos en oro.

Sol. Bueno es eso: fio mi honra de vuesa merced, ¿y no le habia de fiar la cadena? vuesa merced la haga tocar y retocar; que yo me voy, y volveré de aquí á media hora.

Crist. Y áun ántes, si es que mi vecino está en casa.

(*Éntrase Solorzano.*)

Bríg. Esta, Cristina amiga, no sólo es ventura, sino venturon llovido. ¡Desdichada de mí! y ¡qué desgraciada que soy, que nunca topo quien

me dé un jarro de agua, sin que me cueste mi trabajo primero! Sólo me encontré el otro día en la calle á un poeta, que de bonísima voluntad y con mucha cortesía me dió un soneto de la historia de Píramo y Tisbe, y me ofreció trecientos en mi alabanza.

Crist. Mejor fuera que te hubieras encontrado con un ginoves que te diera trecientos reales.

Brig. Sí por cierto; ahí están los ginoveses de manifiesto y para venirse á la mano, como halcones: al señuelo andan todos, malencónicos y tristes con el decreto.

Crist. Mira, Brigida, de-to quiero que estés cierta: que vale más un ginoves quebrado que cuatro poetas enteros; mas ¡ay! el viento corre en popa: mi platero es éste.—Y ¿qué quiere mi buen vecino? que á fe que me ha quitado el manto de los hombros, que ya me le queria cubrir para buscarle.

Entra EL PLATERO.

Plat. Señora doña Cristina, vuesa merced me ha de hacer una merced, de hacer todas sus fuerzas por llevar mañana á mi mujer á la comedia; que me conviene y me importa quedar mañana en la tarde libre de tener quien me siga y me persiga.

Crist. Eso haré yo de muy buena gana, y aun si el señor vecino quiere mi casa y cuanto hay en ella, aquí la hallará sola y desembarazada; que bien sé en qué caen estos negocios.

Plat. No, señora; entretener á mi mujer me basta. Pero ¿qué queria vuesa merced de mí, que queria ir á buscarme?

Crist. No más, sino que me diga el señor vecino

qué pesará esta cadena, y si es fina, y de qué quilates.

Plat. Esta cadena he tenido yo en mis manos muchas veces, y sé que pesa ciento y cincuenta escudos de oro de á veinte y dos quilates, y que si vuesa merced la compra y se la dan sin hechura, no perderá nada en ella.

Crist. Alguna hechura me ha de costar, pero no mucha.

Plat. Mire cómo la concierta la señora vecina; que yo le haré dar, cuando se quisiere deshacer della, diez ducados de hechura.

Crist. Méenos me ha de costar, si yo puedo; pero mire el vecino no se engañe en lo que dice de la fineza del oro y cantidad del peso.

Plat. Bueno sería que yo me engañase en mi oficio. Digo, señora, que dos veces la he tocado eslabon por eslabon y la he pesado, y la conozco como á mis manos.

Bríg. Con eso nos contentamos.

Plat. Y por más señas, sé que la ha llegado á pesar y á tocar un gentilhombre cortesano, que se llama Tal de Solorzano.

Crist. Basta, señor vecino; vaya con Dios, que yo haré lo que me deja mandado: yo la llevaré, y entretendré dos horas más, si fuere menester; que bien sé que no podrá dañar una hora más de entretenimiento.

Plat. Con vuesa merced me entierren, que sabe de todo, y adios, señora mia. (*Entrase.*)

Bríg. ¿No haríamos con este cortesano Solorzano, que así se debe llamar sin duda, que trujese con el vizcaíno para mí alguna ayuda de costa, aunque fuese de algun borgoñon más borracho que un zaque?

Crist. Por decírselo no quedará; pero veisle aquí vuelve: priesa trae, diligente anda, sus diez escudos le aguijan y espolean.

Entra SOLORZANO.

Sol. Pues, señora doña Cristina, ¿ha hecho vuesa merced sus diligencias? ¿está acreditada la cadena?

Crist. ¿Cómo es el nombre de vuesa merced, por su vida?

Sol. Don Estéban de Solorzano me suelen llamar en mi casa; pero ¿por qué me lo pregunta vuesa merced?

Crist. Por acabar de echar el sello á su mucha verdad y cortesía. Entretenga vuesa merced un poco á la señora doña Brígida, en tanto que entro por los diez escudos. (*Entrase.*)

Bríg. Señor don Solorzano, ¿no tendrá vuesa merced por ahí algun mondadientes para mí? que en verdad no soy para desechar, y que tengo yo tan buenas entradas y salidas de mi casa como la señora doña Cristina; que á no temer que nos oyera alguna, le dijera yo al señor Solorzano más de cuatro tachas suyas: que sepa que tiene los pechos como dos alforjas vacías, y que no le huele muy bien el aliento, porque se afeita mucho; y con todo eso, la buscan, solicitan y quieren; que estoy por arañarme esta cara, más de rabia que de envidia, porque no hay quien me dé la mano, entre tantos que me dan del pié; en fin, la ventura de las feas.

Sol. No se desespere vuesa merced; que si yo vivo, otro gallo cantará en su gallinero.

Vuelve á entrar CRISTINA.

Crist. Hé aquí, señor don Estéban, los diez escudos, y la cena se aderezará esta noche como para un príncipe.

Sol. Pues nuestro burro está á la puerta de la calle, quiero ir por él; vuesa merced me lo acaricie, aunque sea como quien toma una pildora.
(*Vase.*)

Bríg. Ya le dije, amiga, que trujese quien me regalase á mí, y dijo que sí haría, andando el tiempo.

Crist. Andando el tiempo en nosotras, no hay quien nos regale, amiga; los pocos años traen la mucha ganancia, y los muchos, la mucha pérdida.

Bríg. Tambien le dije cómo vas muy limpia, muy linda y muy agraciada, y que toda eras ámbar, almizcle y algalia entre algodones.

Crist. Ya yo sé, amiga, que tienes muy buenas ausencias.

Bríg. (*Para sí.*) Mirad quién tiene amartelados; que vale más la suela de mi botin que las arandelas de su cuello; otra vez vuelvo á decir: la ventura de las feas.

Entran QUIÑONES y SOLORZANO.

Quiñ. Vizcaíno, manos bésame vuesa merced, que mándeme.

Sol. Dice el señor vizcaíno que besa las manos de vuesa merced, y que le mande.

Bríg. ¡Ay, qué linda lengua! yo no la entiendo á lo ménos, pero paréceme muy linda.

Crist. Yo beso las del mi señor vizcaíno, y más adelante.

Quiñ. Pareces buena, hermosa; también noche esta cenamos, cadena quedas, duermas nunca, basta que doyla.

Sol. Dice mi compañero que vuesa merced le parece buena y hermosa; que se apareje la cena, que él da la cadena aunque no duerma acá, que basta que una vez la haya dado.

Bríg. ¡Hay tal Alejandro en el mundo? ¡Venturon, venturon, y cien mil veces venturon!

Sol. Si hay algun poco de conserva y algun traguito del devoto para el señor vizcaíno, yo sé que nos valdrá por uno ciento.

Crist. Y ¡cómo si lo hay! y yo entraré por ello, y se lo daré mejor que al Preste Juan de las Indias. (*Entrase.*)

Quiñ. Dama que quedaste, tan buena como entraste.

Bríg. ¡Qué ha dicho, señor Solorzano?

Sol. Que la dama que se queda, que es vuesa merced, es tan buena como la que se ha entrado.

Bríg. Y ¡cómo que está en lo cierto el señor vizcaíno! A fe que en este parecer que no es nada burro.

Quiñ. Burro el diablo; vizcaíno ingenio quereis cuando tenerlo.

Bríg. Ya le entiendo, que dice que el diablo es el burro, y que los vizcaínos, cuando quieren tener ingenio, le tienen.

Sol. Así es, sin faltar un punto.

Vuelve á salir CRISTINA, con un criado ó criada, que trae una caja de conserva, una garrafa con vino, su cuchillo y servilleta.

Crist. Bien puede comer el señor vizcaíno, y sin asco; que todo cuanto hay en esta casa es la quinta esencia de la limpieza.

Quiñ. Dulce conmigo, vino y agua llamas bueno, santo le muestras, ésta le bebo y otra también.

Bríg. ¡Ay Dios, y con qué donaire lo dice el buen señor, aunque no le entiendo!

Sol. Dice que con lo dulce tan bien bebe vino como agua, y que este vino es de San Martín, y que beberá otra vez.

Crist. Y aún otras ciento; su boca puede ser medida.

Sol. No le den más, que le hace mal, y ya se le va echando de ver; que le he dicho yo al señor Azcaray que no beba vino en ningún modo, y no aprovecha.

Quiñ. Vamos, que vino que subes y bajas, lengua es grillos y corma es piés, tarde vuelvo, señora, Dios que te guardate.

Sol. Miren lo que dice, y verán si tengo yo razón.

Crist. ¡Qué es lo que ha dicho, señor Solorzano?

Sol. Que el vino es grillo de su lengua y corma de sus piés, que vendrá esta tarde, y que vuestras mercedes se queden con Dios.

Bríg. ¡Ay pecadora de mí, y cómo que se le turban los ojos y se trastraba la lengua. ¡Jesus! que ya va dando trapiés! pues ¡monta que ha bebido mucho! La mayor lástima es ésta que he visto en mi vida; miren qué mocedad y qué borrachera.

Sol. Ya venia él refrendado de casa. Vuesa merced, señora Cristina, haga aderezar la cena, que yo le quiero llevar á dormir el vino, y seremos temprano esta tarde.

Entranse el VIZCAINO y SOLORZANO.

Crist. Todo estará como de molde; vayan vuestas mercedes enhorabuena.

Brig. Amiga Cristina, muéstrame esa cadena, y déjame dar con ella dos filos al deseo. ¡Ay, qué linda, qué nueva, qué reluciente y qué barata! Digo, Cristina, que sin saber cómo ni cómo no, llueven los bienes sobre tí, y se te entra la ventura por las puertas sin solicitalla. En efecto eres venturosa sobre las venturosas; pero todo lo merece tu desenfado, tu limpieza y tu magnífico término, hechizos bastantes á rendir las más descuidadas y exentas voluntades; y no como yo, que no soy para dar migas á un gato. Toma tu cadena, hermana; que estoy para reventar en lágrimas, y no de envidia que á tí te tengo, sino de lástima que me tengo á mí.

Vuelve á entrar SOLORZANO.

Sol. La mayor desgracia nos ha sucedido del mundo.

Brig. ¡Jesus! ¡desgracia? ¡y qué es, señor Solorzano?

Sol. A la vuelta desta calle, yendo á la casa, encontramos con un criado del padre de nuestro vizcaíno, el cual trae cartas y nuevas de que su padre queda á punto de espirar, y le manda que al momento se parta, si quiere hallarle vivo; trae dinero para la partida, que sin duda ha de

ser luego. Yo le he tomado diez escudos para vuesa merced, y velos aquí, con los diez que vuesa merced me dió denantes, y vuélvaseme la cadena; que si el padre vive, el hijo volverá á darla, ó yo no seré don Estéban de Solorzano.

Crist. En verdad, que á mí me pesa, y no por mi interes, sino por la desgracia del mancebo, que ya le habia tomado afición.

Bríg. Buenos son diez escudos ganados tan holgando; tómalos, amiga, y vuelve la cadena al señor Solorzano.

Crist. Vela aquí, y venga el dinero; que en verdad que pensaba gastar más de treinta en la cena.

Sol. Señora Cristina, al perro viejo nunca tús tús; estas tretas con los de las galleruzas, y con este perro á otro hueso.

Crist. ¿Para qué son tantos refranes, señor Solorzano?

Sol. Para que entienda vuesa merced que la codicia rompe el saco. ¿Tan presto se desconfió de mi palabra, que quiso vuesa merced curarse en salud y salir al lobo al camino, como la gansa de Cantipalos? Señora Cristina, señora Cristina, lo bien ganado se pierde, y cómallo ello y su dueño. Venga mi cadena verdadera, y tómesese vuesa merced su falsa; que no ha de haber conmigo transformaciones de Ovidio en tan pequeño espacio. ¡Oh hi de puta, y qué bien que la amoldaron y qué presto!

Crist. ¿Qué dice vuesa merced, señor mío! que no lo entiendo.

Sol. Digo que no es ésta la cadena que yo dejé á vuesa merced, aunque le parece; que ésta es de alquimia, y la otra es de oro de á veinte y dos quilates.

Brig. En mi ánima, que así lo dijo el vecino, que es platero.

Crist. ¡Aun el diablo sería eso?

Sol. El diablo ó la diabla, mi cadena venga, y dejémonos de voces, y excúsense juramentos y maldiciones.

Crist. El diablo me lleve, lo cual querria que no me llevase, si no es ésa la cadena que vuesa merced me dejó, y que no he tenido otra en mis manos. ¡Justicia de Dios, si tal testimonio se me levantara!

Sol. Que no hay para qué dar gritos, y más estando ahí el señor Corregidor, que guarda su derecho á cada uno.

Crist. Si á las manos del Corregidor llega este negocio, yo me doy por condenada; que tiene de mí tan mal concepto, que ha de tener mi verdad por mentira, y mi virtud por vicio. Señor mio, si yo he tenido otra cadena en mis manos, sino aquésta, de cáncer las vea yo comidas.

Entra UN ALGUACIL.

Alg. ¡Qué voces son éstas, qué gritos, qué lágrimas y qué maldiciones?

Sol. Vuesa merced, señor Alguacil, ha venido aquí como de molde. A esta señora del rumbo sevillano le empeñé una cadena, habrá una hora, en diez ducados, para cierto efecto; vuelvo agora á desempeñarla, y en lugar de una que le dí, que pesaba ciento y cincuenta ducados de oro de veinte y dos quilates, me vuelve ésta de alquimia, que no vale dos ducados, y quiere poner mi justicia á la venta de la Zarza, á voces y á gritos,

sabiendo que será testigo desta verdad esta misma señora, ante quien ha pasado todo.

Bríg. Y ¡cómo si ha pasado! y áun repasado; y en Dios y en mi ánima, que estoy por decir que este señor tiene razon, aunque no puedo imaginar dónde se pueda haber hecho el truco, porque la cadena no ha salido de aquesta sala.

Sol. La merced que el señor Alguacil me ha de hacer es llevar á la señora al Corregidor; que allá nos averiguaremos.

Crist. Otra vez torno á decir que si ante el Corregidor me lleva, me doy por condenada.

Bríg. Sí. porque no estoy bien con sus huesos.

Crist. Desta vez me ahorco, desta vez me desespero, desta vez me chupan brujas.

Sol. Ahora bien, yo quiero hacer una cosa por vuesa merced, señora Cristina, siquiera porque no la chupen brujas, ó por lo ménos se ahorque: esta cadena se parece mucho á la fina del vizcaíno; él es mentecato y algo borrachuelo; yo se la quiero llevar y darle á entender que es la suya, y vuesa merced contente aquí al señor Alguacil y gaste la cena desta noche, y sosiegue su espíritu, pues la pérdida no es mucha.

Crist. Págueselo á vuesa merced todo el cielo; al señor Alguacil daré media docena de escudos, y en la cena gastaré uno, y quedaré por esclava perpétua del señor Solórzano.

Bríg. Y yo me haré rajas bailando en la fiesta.

Alg. Vuesa merced ha hecho como liberal y buen caballero, cuyo oficio ha de ser servir á las mujeres.

Sol. Vengan los diez escudos que dí demasiados.

Crist. Hélos aquí, y más los seis para el señor Alguacil.

*Entran DOS MÚSICOS y QUIÑONES
el vizcaíno.*

Mús. Todo lo hemos oído, y acá estamos.

Quiñ. Ahora sí que puedo decir á mi señora Cristina: mamóla una y cien mil veces.

Bríg. ¿Han visto qué claro que habla el vizcaíno?

Quiñ. Nunca hablo yo turbio, sino es cuando quiero.

Crist. Que me maten si no me la han dado á tragar estos bellacos.

Quiñ. Señores músicos, el romance que les dí y que saben, ¿para qué se hizo?

MÚSICOS

*La mujer más avisada,
O sabe poco ó nonada.*

La mujer que más presume
De cortar como navaja
Los vocablos repulgados
Entre las godeñas pláticas;
La que sabe de memoria
A *Lo Fraso* y á *Diana*,
Y al *Caballero del Febo*,
Con *Olivante de Laura*;
La que seis veces al mes
Al gran *Don Quijote* pasa,
Aunque más sepa de aquesto,
O sabe poco ó nonada.

La que se fia en su ingenio,
Lleno de fingidas trazas,
Fundadas en interes
Y en voluntades tiranas;
La que no sabe guardarse,
Cual dicen, del agua mansa,
Y se arroja á las corrientes,

Que ligeramente pasan;
La que piensa que ella sola
Es el colmo de la nata,
En esto del trato alegre
O sabe poco ó nonada.

Crist. Ahora bien, yo quedo burlada, y con todo esto, convido á vuestras mercedes para esta noche.

Quiñ. Aceptamos el convite, y todo saldrá en la colada.

EL RETABLO DE LAS MARAVILLAS

LOS QUE HABLAN EN ÉL SON LOS SIGUIENTES:

Chanfalla.
El Rabelin.
El Gobernador.
Benito Repollo, alcalde.
Juan Castrado, regidor.
Pedro Capacho, escribano,
La Chirinos.

Un furrier.
Juana Castrada. } Labra-
Teresa Repolla. } doras.
El autor.
I.a autora.
Uno que baila, sobrino
de Benito.
Un músico.

Gente del pueblo.

Salen CHANFALLA y LA CHIRINOS.

Chanf. No se te pasen de la memoria, Chirinos, mis advertimientos, principalmente los que te he dado para este nuevo embuste, que ha de salir tan á luz como el pasado del *No visto*.

Chir. Chanfalla ilustre, lo que en mí fuere, tenlo como de molde; que tanta memoria tengo como entendimiento, á quien se junta una voluntad de acertar á satisfacerte, que excede á las demas potencias; pero dime, ¿de qué sirve este Rabelin que hemos tomado? nosotros dos solos ¿no pudiéramos salir con esta empresa?

Chanf. Habíamosle menester como el pan de la

boca, para tocar en los espacios que tardaren en salir las figuras del Retablo de las Maravillas.

Chir. Maravilla será si no nos apedrean por sólo el Rabelin, porque tan desventurada criaturilla no la he visto en todos los días de mi vida.

Entra EL RABELIN.

Rab. ¿Hase de hacer algo en este pueblo, señor Autor? que ya me muero porque vuesa merced vea que no me tomó á carga cerrada.

Chir. Cuatro cuerpos de los vuestros no harán un tercio, cuanto más una carga; si no sois más gran músico que grande, medrados estamos.

Rab. Ello dirá; que en verdad que me han escrito para entrar en una compañía de partes, por chico que soy.

Chanf. Si os han de dar la parte á medida del cuerpo, casi será invisible.—Chirinos, poco á poco estamos ya en el pueblo, y éstos que aquí vienen, deben de ser, como lo son sin duda, el Gobernador y los Alcaldes. Salgámosles al encuentro, y date un filo á la lengua en la piedra de la adulacion, pero no despuntes de aguda.

Salen EL GOBERNADOR y BENITO REPOLLO, *alcalde*, JUAN CASTRADO, *regidor*, y PEDRO CAPACHO, *escribano*.

Beso á vuestras mercedes las manos. ¿Quién de vuestras mercedes es el Gobernador deste pueblo?

Gob. Yo soy el Gobernador; ¿qué es lo que queréis, buen hombre?

Chanf. A tener yo dos onzas de entendimiento, hubiera echado de ver que esa peripatética y an-

churosa presencia no podía ser de otro que del dignísimo Gobernador deste honrado pueblo; que con venirlo á ser de las Algarrobillas, lo deseche vuesa merced.

Chir. En vida de la señora y de los señoritos, si es que el señor Gobernador los tiene.

Cap. No es casado el señor Gobernador.

Chir. Para cuando lo sea, que no se perderá nada.

Gob. Y bien, ¿qué es lo que quereis, hombre honrado?

Chir. Honrados dias viva vuesa merced, que así nos honra; en fin, la encina da bellotas, el pero peras, la parra uvas, y el honrado honra, sin poder hacer otra cosa.

Ben. Sentencia ciceronianca, sin quitar ni poner un punto.

Cap. *Ciceroniana* quiso decir el señor Alcalde Benito Repollo.

Ben. Siempre quiero decir lo que es mejor, sino que las más veces no acierto; en fin, buen hombre, ¿qué quereis?

Chanf. Yo, señores míos, soy Montiel, el que trae el Retablo de las Maravillas; hanme enviado á llamar de la córte los señores cofrades de los hospitales, porque no hay autor de comedias en ella, y perecen los hospitales, y con mi ida se remediará todo.

Gob. Y ¿qué quiere decir Retablo de las Maravillas?

Chanf. Por las maravillosas cosas que en él se enseñan y muestran, viene á ser llamado Retablo de las Maravillas, el cual fabricó y compuso el sabio Tontonelo debajo de tales paralelos, rumbos, astros y estrellas, con tales puntos, caracteres y observaciones, que ninguno puede ver

las cosas que en él se muestran, que tenga alguna raza de confeso, ó no sea habido y procreado de sus padres de legítimo matrimonio; y el que fuere contagiado destas dos tan usadas enfermedades, despídase de ver las cosas, jamas vistas ni oídas, de mi retablo.

Ben. Ahora echo de ver que cada día se ven en el mundo cosas nuevas; y ¡qué! ¿se llamaba Tontonelo el sabio que el retablo compuso?

Chir. Tontonelo se llamaba, nacido en la ciudad de Tontonela, hombre de quien hay fama que le llegaba la barba á la cintura.

Ben. Por la mayor parte, los hombres de grandes barbas son sabiondos.

Gob. Señor Regidor Juan Castrado, yo determino, debajo de su buen parecer, que esta noche se despose la señora Teresa Castrada, su hija, de quien yo soy padrino, y en regocijo de la fiesta, quiero que el señor Montiel muestre en vuestra casa su retablo.

Juan. Eso tengo yo por servir al señor Gobernador, con cuyo parecer me convengo, entablo y arrimo, aunque haya otra cosa en contrario.

Chir. La cosa que hay en contrario es, que si no se nos paga primero nuestro trabajo, así verán las figuras como por el cerro de Ubeda. ¿Y vuestras mercedes, señores Justicias, tienen conciencia y alma en esos cuerpos? Bueno sería que entrase esta noche todo el pueblo en casa del señor Juan Castrado, ó como es su gracia, y viese lo contenido en el tal retablo, y mañana, cuando quisiésemos mostralle al pueblo, no hubiese ánima que le viese; no, señores, no, señores; *ante omnia* nos han de pagar lo que fuere justo.

Ben. Señora Autora, aquí no os ha de pagar nin-

guna Antona ni ningun Antoño; el señor Regidor Juan Castrado os pagará más que honradamente, y si no, el Concejo. ¡Bien conoceis el lugar por cierto! Aquí, hermana, no aguardamos á que ninguna Antona pague por nosotros.

Cap. ¡Pecador de mí, señor Benito Repollo, y qué lejos da del blanco! No dice la señora Autora que pague ninguna Antona, sino que le paguen adelantado y ante todas cosas, que eso quiere decir *ante omnia*.

Ben. Mirad, escribano Pedro Capacho, haced vos que me hablen á derechas, que yo entenderé á pié llano; vos, que sois leído y escrito, podeis entender esas algarabías de allende, que yo no.

Juan. Ahora bien, ¿contentarse ha el señor Autor con que yo le dé adelantados media docena de ducados? y más, que se tendrá cuidado que no entre gente del pueblo esta noche en mi casa.

Chanf. Soy contento, porque yo me fio de la diligencia de vuesa merced y de su buen término.

Juan. Pues véngase conmigo, recibirá el dinero y verá mi casa, y la comodidad que hay en ella para mostrar ese retablo.

Chanf. Vamos, y no se les pase de las mientes las calidades que han de tener los que se atrevieren á mirar el maravilloso retablo.

Ben. A mi cargo queda eso, y séle decir que por mi parte puedo ir seguro á juicio, pues tengo el padre alcalde; cuatro dedos de envidia de cristiano viejo rancioso tengo sobre los cuatro costados de mi linaje: miren si verá el tal retablo.

Cap. Todos le pensamos ver, señor Benito Repollo.

Juan. No nacimos acá en las malvas, señor Pedro Capacho.

Gob. Todo será menester, según voy viendo, señores Alcalde, Regidor y Escribano.

Juan. Vamos, Autor, y manos á la obra; que Juan Castrado me llamo, hijo de Anton Castrado y de Juana Macha; y no digo más, en abono y seguro que podré ponerme cara á cara y á pié quedo delante del referido retablo.

Chir. Dios lo haga.

(*Entranse JUAN CASTRADO y CHANFALLA.*)

Gob. Señora Autora, ¿qué poetas se usan ahora en la corte, de fama y rumbo, especialmente de los llamados cómicos? porque yo tengo mis puntas y collar de poeta, y pícome de la farándula y carátula. Veinte y dos comedias tengo, todas nuevas, que se ven las unas á las otras; y estoy aguardando coyuntura para ir á la corte, y enriquecer con ellas media docena de autores.

Chir. A lo que vuesa merced, señor Gobernador, me pregunta de los poetas, no le sabré responder, porque hay tantos, que quitan el sol, y todos piensan que son famosos. Los poetas cómicos son los ordinarios y que siempre se usan, y así no hay para qué nombrarlos. Pero dígame vuesa merced, por su vida: ¿cómo es su buena gracia? ¿cómo se llama?

Gob. A mí, señora Autora, me llaman el Licenciado Gomecillos.

Chir. Válame Dios, ¿y que vuesa merced es el señor Licenciado Gomecillos, el que compuso aquellas coplas tan famosas de *Lucifer estaba malo, y Tómale mal de fuera?*

Gob. Malas lenguas hubo que me quisieron ahijar esas coplas, y así fueron mias como del Gran

Turco. Las que yo compuse, y no lo quiero negar, fueron aquellas que trataron del diluvio de Sevilla; que puesto que los poetas son ladrones unos de otros, nunca me precié de hurtar nada á nadie; con mis versos me ayude Dios, y hurte el que quisiere.

Chanf. Señores, vuesas mercedes vengan; que todo está á punto, y no falta más que comenzar.

Chir. ¿Está ya el dinero *in corbona*?

Chanf. Y aún entre las telas del corazon.

Chir. Pues doyte por aviso, Chanfalla, que el Gobernador es poeta.

Chanf. ¿Poeta? ¡Cuerpo del mundo! pues dale por engañado, porque todos los de humor semejante son hechos á la macacona, gente descuidada, crédula y nonada maliciosa.

Ben. Vamos, Autor; que me saltan los piés por ver esas maravillas. (*Entranse todos.*)

Salen JUANA CASTRADA y TERESA REPOLLA, *labradoras; la una como desposada que es la Castrada.*

Cast. Aquí te puedes sentar, Teresa Repolla amiga, que tendremos el retablo enfrente; y pues sabes las condiciones que han de tener los miradores del retablo, no te descuides, que sería una gran desgracia.

Ter. Ya sabes, Juana Castrada, que soy tu prima, y no digo más. Tan cierto tuviera yo el cielo, como tengo cierto ver todo aquello que el retablo mostráre. Por el siglo de mi madre, que me sacase los mismos ojos de mi cara si alguna desgracia me aconteciese. ¡Bonita soy yo para eso!

Cast. Sosiégate, prima; que toda la gente viene.

Entran EL GOBERNADOR, BENITO REPOLLO, JUAN CASTRADO, PEDRO CACHO, EL AUTOR, LA AUTORA, y EL MÚSICO, y otra gente del pueblo, y UN SOBRINO de Benito, que ha de ser aquel gentilhomme que baila.

Chanf. Siéntense todos; el retablo ha de estar detras deste repostero, y la Autora tambien, y aquí el músico.

Ben. ¿Músico es éste? Métanle tambien detras del repostero; que á trueco de no velle, daré por bien empleado el no oille.

Chanf. No tiene vuesa merced razon, señor Alcalde Repollo, de descontentarse del músico, que en verdad que es muy buen cristiano y hidalgo de solar conocido.

Gob. Calidades son bien necesarias para ser buen músico.

Ben. De solar bien podrá ser, mas de sonar, *abrenuncio*.

Rab. Eso se merece el bellaco que se viene á sonar delante de...

Ben. Pues por Dios, que hemos visto aquí sonar á otros músicos tan...

Gob. Quédese esta razon en el *de* del señor Rabel y en el *tan* del Alcalde, que será proceder en infinito; y el señor Montiel comience su obra.

Ben. Poca balumba trae este autor para tan gran retablo.

Juan. Todo debe de ser de maravillas.

Chanf. Atención, señores, que comienzo.—¡Oh tú, quienquiera que fuiste, que fabricaste este retablo con tan maravilloso artificio, que alcanzó

el renombre de *las Maravillas* por la virtud que en él se encierra! te conjuro, apremio y mando que luego incontinentemente muestres á estos señores algunas de las tus maravillosas maravillas, para que se regocijen y tomen placer sin escándalo alguno. Ea, que ya veo que has otorgado mi petición, pues por aquella parte asoma la figura del valentísimo Sanson, abrazado con las columnas del templo, para derriballe por el suelo y tomar venganza de sus enemigos. Tente, valeroso caballero, tente, por la gracia de Dios Padre; no hagas tal desaguizado, porque no cojas debajo y hagas tortilla tanta y tan noble gente como aquí se ha juntado.

Ben. Téngase, ¡cuerpo de tal conmigo! Bueno sería que, en lugar de habernos venido á holgar, quedásemos aquí hechos plasta. Téngase, señor Sanson, pesia á mis males; que se ¡lo ruegan buenos.

Cap. ¿Veisle vos, Castrado?

Juan. Pues ¡no le habia de ver? ¡tengo yo los ojos en el colodrillo?

Cap. Milagroso caso es éste; así veo yo á Sanson ahora como al Gran Turco. Pues en verdad que me tengo por legítimo y cristiano viejo.

Chir. Guárdate, hombre; que sale el mismo toro que mató al Ganapan en Salamanca; échate, hombre; échate, hombre; Dios te libre, Dios te libre.

Chanf. Echense todos, échense todos; ¡jucho ho! ¡jucho ho! ¡jucho ho!

(*Échanse todos, y alborótanse.*)

Ben. El diablo lleva en el cuerpo el torillo; sus partes tiene de hosco y de bragado; si no me tiendo, me lleva de vuelo.

Juan. Señor Autor, haga, si puede, que no salgan figuras que nos alboroten; y no lo digo por mí, sino por estas mochachas, que no les ha quedado gota de sangre en el cuerpo, de la ferocidad del toro.

Cast. Y ¡cómo, padre! No pienso volver en mí en tres días; ya me vi en sus cuernos, que los tiene agudos como una lesna.

Juan. No fueras tú mi hija, y no lo vieras.

Gob. Basta, que todos ven lo que yo no veo; pero al fin habré de decir que lo veo, por la negra honrilla.

Chir. Esa manada de ratones que allá va, deciendo por línea recta de aquellos que se criaron en el arca de Noé; dellos son blancos, dellos albarazados, dellos jaspeados y dellos azules; y finalmente, todos son ratones.

Cast. ¡Jesus! ¡ay de mí! ténganme, que me arrojaré por aquella ventana. ¡Ratones? ¡Desdichada! Amiga, apriétate las faldas y mira no te muerdan; y ¡monta que son pocos! por el siglo de mi abuela, que pasan de milenta.

Rep. Yo sí soy la desdichada, porque se me entran sin reparo ninguno; un raton morenico me tiene asida de una rodilla; socorro venga del cielo, pues en la tierra me falta.

Ben. Aun bien que tengo gregüescos; que no hay raton que se me entre, por pequeño que sea.

Chanf. Esta agua que con tanta priesa se deja descolgar de las nubes, es de la fuente que da origen y principio al río Jordan; toda mujer á quien tocáre en el rostro, se le volverá como de plata bruñida, y á los hombres se les volverán las barbas como de oro.

Cast. ¡Oyes, amiga? descubre el rostro, pues ves

lo que te importa. ¡Oh qué licor tan sabroso! Cúbrase, padre, no se moje.

Juan. Todos nos cubrimos, hija.

Ben. Por las espaldas me ha calado el agua hasta la canal maestra.

Cap. Yo estoy más seco que un esparto.

Gob. ¿Qué diablos puede ser esto, que aún no me ha tocado una gota donde todos se ahogan? Mas ¿si viniera yo á ser bastardo entre tantos legítimos?

Ben. Quítenme de allí aquel músico; si no, voto á Dios, que me vaya sin ver más figura. ¡Válgate el diablo por músico aduendado, y qué hace de menudear sin cítola y sin són!

Rab. Señor Alcalde, no tome conmigo la hinchá; que yo toco como Dios ha sido servido de enseñarme.

Ben. ¿Dios te habia de enseñar, sabandija? métete tras la manta; si no, por Dios que te arroje este banco.

Rab. El diablo creo que me ha traído á este pueblo.

Cap. Fresca es el agua del santo río Jordan; y aunque me cubrí lo que pude, todavía me alcanzó un poco en los bigotes, y apostaré que los tengo rubios como un oro.

Ben. Y aún peor cincuenta veces.

Chir. Allá van hasta dos docenas de leones rapan-tes y de osos colmeneros; todo viviente se guarde: que, aunque fantásticos, no dejarán de dar alguna pesadumbre, y aún de hacer las fuerzas de Hércules con espadas desenvainadas.

Juan. Ea, señor Autor, ¡cuerpo de nosla! ¿y agora nos quiere llenar la casa de osos y de leones?

Ben. ¡Mirad qué rui señores y calandrias nos envia

Tontonelo, sino leones y dragones! Señor Autor, ó salgan figuras más apacibles, ó aquí nos contentamos con las vistas, y Dios le guie, y no pare más en el pueblo un momento.

Cast. Señor Benito Repollo, deje salir ese oso y leones, siquiera por nosotras, y recibiremos mucho contento.

Juan. Pues, hija, de ántes te espantabas de los ratones, ¿y ahora pides osos y leones?

Cast. Todo lo nuevo place, señor padre.

Chir. Esa doncella que agora se muestra, tan galana y tan compuesta, es la llamada Herodías, cuyo baile alcanzó en premio la cabeza del Precursor de la vida; si háy quien la ayude á bailar, verán maravillas.

Ben. Esta sí ¡cuerpo del mundo! que es figura hermosa, apacible y reluciente; hi de puta, ¿y cómo que se vuelve la mochacha!—Sobrino Repollo, tú, que sabes de achaque de castañetas, ayúdala, y será la fiesta de cuatro capas.

Sob. Que me place, tío Benito Repollo.

(*Tocan la Zarabanda.*)

Cap. ¡Toma mi abuelo, si es antiguo el baile de la Zarabanda y de la Chacona!

Ben. Ea, sobrino, ténselas tias á esa bellaca jodía; pero si ésta es jodía, ¿cómo ve estas maravillas?

Chanf. Todas las reglas tienen excepcion, señor Alcalde.

Suena una trompeta ó corneta dentro del teatro y entra UN FURRIER de compañías.

Furr. ¿Quién es aquí el señor Gobernador?

Gob. Yo soy; ¿qué manda vuesa merced?

Furr. Que luego, al punto, mande hacer alojamiento para treinta hombres de armas que llegarán aquí dentro de media hora, y áun antes, que ya suena la trompeta, y adios. (*Vase.*)

Ben. Yo apostaré que los envia el sabio Tontonelo.

Chanf. No hay tal; que ésta es una compañía de caballos, que estaba alojada dos leguas de aquí.

Ben. Ahora yo conozco bien á Tontonelo, y sé que vos y él sois unos grandísimos bellacos, no perdonando al músico; y mira que os mando que mandeis á Tontonelo no tenga atrevimiento de enviar estos hombres de armas, que le haré dar doscientos azotes en las espaldas, que se vean unos á otros.

Chanf. Digo, señor Alcalde, que no los envia Tontonelo.

Ben. Digo que los envia Tontonelo, como ha enviado las otras sabandijas que yo he visto.

Cap. Todos las habemos visto, señor Benito Repollo.

Ben. No digo yo que no, señor Pedro Capacho.— No toques más, músico de entre sueños, que te romperé la cabeza.

Vuelve EL FURRIER.

Furr. Ea, ¿está ya hecho el alojamiento? que ya están los caballos en el pueblo.

Ben. ¿Que todavía ha salido con la suya Tontonelo? Pues yo os voto á tal, Autor de humos y de embelecos, que me lo habeis de pagar.

Chanf. Séanme testigos que me amenaza el Alcalde.

Chir. Séanme testigos que dice el Alcalde que lo que manda su Majestad, lo manda el sabio Tontonelo.

Ben. Atontoneleada te vean mis ojos, plega á Dios Todopoderoso.

Gob. Yo para mí tengo que verdaderamente estos hombres de armas no deben de ser de burlas.

Furr. ¿De burlas habian de ser, señor Gobernador? ¿está en su seso?

Juan. Bien pudieran ser atontonelados; como esas cosas habemos visto aquí; por vida del Autor, que haga salir otra vez á la doncella Herodías, porque vea este señor lo que nunca ha visto; quizá con esto le cohecharémos para que se vaya presto del lugar.

Chanf. Eso en buen hora, y veisla aquí adó vuelve, y hace de señas á su bailador á que de nuevo le ayude.

Sob. Por mí no quedará, por cierto.

Ben. Eso sí, sobrino, cánsala, cánsala; vueltas y más vueltas; ¡vive Dios, que es un azogue la muchacha! ¡Al hoyo, al hoyo! ¡á ello, á ello!

Furr. ¿Está loca esta gente? ¿qué diablos de doncella es ésta, y qué baile, y qué Tontonelo?

Cap. Luego ¿no ve la doncella herodiana el señor Furrier?

Furr. ¿Qué diablos de doncella tengo de ver?

Cap. Basta: de *ex illis* es.

Gob. De *ex illis* es, de *ex illis* es.

Juan. Dellos es, dellos el señor Furrier, dellos es.

Furr. Soy de la mala puta que los parió; y por Dios vivo, que si echo mano á la espada, que los haga salir por las ventanas, que no por la puerta.

Cap. Basta: de *ex illis* es.

Ben. Basta: dellos es, pues no ve nada.

Furr. Canalla barretina, si otra vez me dicen que soy dellos, no les dejaré hueso sano.

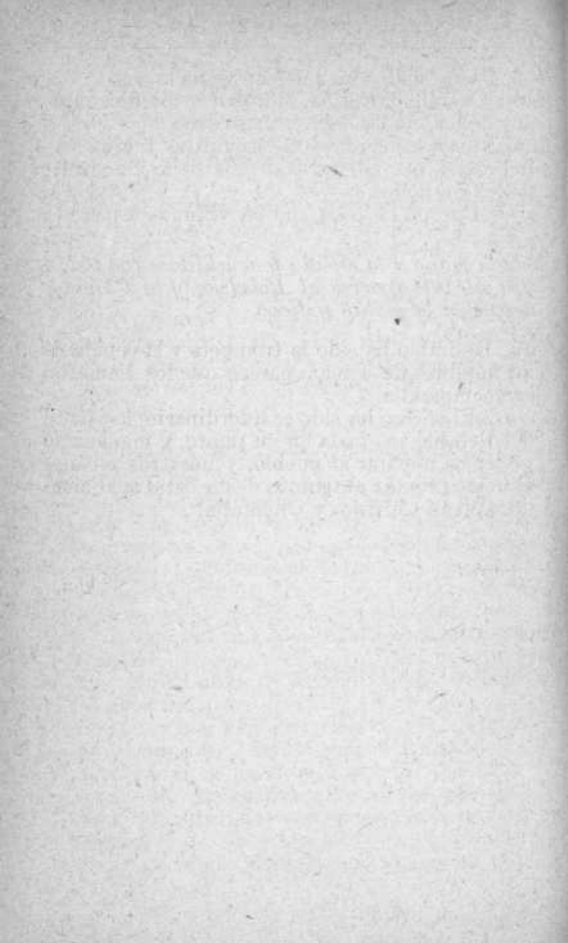
Ben. Nunca los confesos ni bastardos fueron valientes; y por eso no podemos dejar de decir: dellos es, dellos es.

Furr. ¡Cuerpo de Dios, con los villanos! esperad.

(Mete la mano á la espada y acuchíllase con todos, y el Alcalde aporrea al Rabelejo, y la Chirinos descue!ga la manta y dice:)

Chir. El diablo ha sido la trompeta y la venida de los hombres de armas; parece que los llamaron con campanilla.

Chanf. El suceso ha sido extraordinario; la virtud del Retablo se queda en su punto, y mañana lo podemos mostrar al pueblo, y nosotros mismos podemos cantar el triunfo desta batalla, diciendo: ¡Vivan Chirinos y Chanfalla!



LA CUEVA DE SALAMANCA

LOS QUE HABLAN EN ÉL SON LOS SIGUIENTES:

Pancracio.
Carraolano, estudiante.
Reponce, sacristan,
El barbero.

Leoniso, compadre de Pancracio.
Leonarda.
Cristina.

Salen PANCRACIO, LEONARDA y
CRISTINA.

Panc. Enjugad, señora, esas lágrimas, y poned pausa á vuestros suspiros, considerando que cuatro dias de ausencia no son siglos: yo volveré, á lo más largo, á los cinco, si Dios no me quita la vida; aunque será mejor, por no turbar la vuestra, romper mi palabra y dejar esta jornada; que sin mi presencia se podrá casar mi hermana.

Leonarda. No quiero yo, mi Pancracio y mi señor, que por respeto mio vos parezcáis descorrés: id enhorabuena y cumplid con vuestras obligaciones, pues las que os llevan son precisas; que yo me apretaré con mi llaga, y pasaré mi soledad lo ménos mal que pudiere: sólo os encargo la vuelta, y que no paseis del término que habeis puesto.—Tenme, Cristina; que se me aprieta el corazon. (*Desmáyase.*)

Crist. ¡Oh, qué bien hayan las bodas y las fiestas! En verdad, señor, que si yo fuera que vuesa merced, que nunca allá fuera.

Panc. Entra, hija, por un vidro de agua, para echársela en el rostro. Mas espera: diréle unas palabras que sé al oído, que tienen virtud para hacer volver de los desmayos.

Dícele las palabras; vuelve LEONARDA, diciendo:

Leonarda. Basta; ello ha de ser forzoso; no hay sino tener paciencia, bien mio: cuanto más os detuviéredes, más dilatais mi contento. Vuestro compadre Leoniso os debe de aguardar ya en el coche. Andad con Dios; que él os vuelva tan presto y tan bueno como yo deseo.

Panc. Mi ángel, si gustas que me quede, no me moveré de aquí más que una estatua.

Leonarda. No, no, descanso mio; que mi gusto está en el vuestro, y por agora más que os vais que no os quedéis, pues es vuestra honra la mia.

Crist. ¡Oh espejo del matrimonio! A fe que si todas las casadas quisiesen tanto á sus maridos como mi señora Leonarda quiere al suyo, que otro gallo les cantase.

Leonarda. Entra, Cristinica, y saca mi manto; que quiero acompañar á tu señor hasta dejarle en el coche.

Panc. No, por mi amor; abrazadme, y quedáos, por vida mia.—Cristinica, ten cuenta de regalar á tu señora; que yo te mando un calzado cuando vuelva, como tú le quisieres.

Crist. Vaya, señor, y no lleve pena de mi señora,

porque la pienso persuadir de manera á que nos holguemos. que no imagine en la falta que vuestra merced le ha de hacer.

Leonarda. ¿Holgar yo? ¡qué bien estás en la cuenta, niña! porque ausente de mi gusto, no se hicieron los placeres ni las glorias para mí; penas y dolores sí.

Panc. Ya no lo puedo sufrir. Quedad en paz, lumbre destes ojos, los cuales no verán cosa que les dé placer hasta volveros á ver. (*Entrase.*)

Leonarda. Allá darás rayo, en casa de Ana Diaz. Vayas, y no vuelvas; la ida del humo. Por Dios, que esta vez no os han de valer vuestras valentías ni vuestros recatos.

Crist. Mil veces temí que con tus extremos habias de estorbar su partida y nuestros contentos.

Leonarda. ¿Si vendrán esta noche los que esperamos?

Crist. ¿Pues no? Ya los tengo avisados, y ellos están tan en ello, que esta tarde enviaron con la lavandera, nuestra secretaria, como que eran paños, una canasta de colar, llena de mil regalos y de cosas de comer, que no parece sino uno de los serones que da el Rey el Juéves Santo á sus pobres; sino que la canasta es de Pascua, porque hay en ella empanadas, fiambreras, manjar blanco, y dos capones que aún no están acabados de pelar, y todo género de fruta de la que hay ahora; y sobre todo, una bota de hasta una arroba de vino de lo de una oreja, que huele que trasciende.

Leonarda. Es muy cumplido, y lo fué siempre, mi Reponce, sacristan de las telas de mis entrañas.

Crist. Pues ¡qué le falta á mi maese Nicolas, bar-

bero de mis hígados y navaja de mis pesadumbres? que así me las rapa y quita cuando le veo, como si nunca las hubiera tenido.

Leonarda. ¿Pusiste la canasta en cobro?

Crist. En la cocina la tengo, cubierta con un cernadero, por el disimulo.

Llama á la puerta EL ESTUDIANTE CARRAOLANO, *y en llamando, sin esperar que le respondan, entra.*

Leonarda. Cristina, mira quién llama.

Est. Señoras, yo soy un pobre estudiante.

Crist. Bien se os parece que sois pobre y estudiante, pues lo uno muestra vuestro vestido, y el ser pobre vuestro atrevimiento. Cosa extraña es ésta, que no hay pobre que espere á que le saquen la limosna á la puerta, sino que se entran en las casas hasta el último rincón, sin mirar si despiertan á quien duerme, ó si no.

Est. Otra más blanda respuesta esperaba yo de la buena gracia de vuesa merced; cuanto más, que yo no quería ni buscaba otra limosna, sino alguna caballeriza ó pajar donde defenderme esta noche de las inclemencias del cielo, que, según se me trasluce, parece que con grandísimo rigor á la tierra amenazan.

Leonarda. ¿Y de dónde bueno sois, amigo?

Est. Salmantino soy, señora mia; quiero decir que soy de Salamanca. Iba á Roma con un tío mio, el cual murió en el camino, en el corazón de Francia. Vine solo; determiné volverme á mi tierra; robáronme los lacayos ó compañeros de Roque Guinarde, en Cataluña, porque él estaba ausente; que á estar allí, no consintiera que se

me hiciera agravio, porque es muy cortés y comedido y además limosnero. Hame tomado á estas santas puertas la noche, que por tales las juzgo, y busco mi remedio.

Leonarda. En verdad, Cristina, que me ha movido á lástima el estudiante.

Crist. Ya me tiene á mí rasgadas las entrañas. Tengámosle en casa esta noche, pues de las sobras del castillo se podrá mantener el real; quiero decir que en las reliquias de la canasta habrá en quién adore su hambre; y más, que me ayudará á pelar la volatería que viene en la cesta.

Leonarda. Pues ¿cómo, Cristina, quieres que metamos en nuestra casa testigos de nuestras liviandades?

Crist. Así tiene él talle de hablar por el colodrillo como por la boca.—Venga acá, amigo: ¿sabe pelar?

Est. ¿Cómo si sé pelar? no entiendo eso de saber pelar, si no es que quiere vuesa merced motejarme de pelon; que no hay para qué, pues yo me confieso por el mayor pelon del mundo.

Crist. No lo digo yo por eso, en mi ánimo, sino por saber si sabría pelar dos ó tres pares de capones.

Est. Lo que sabré responder es, que yo, señoras, por la gracia de Dios, soy graduado de bachiller por Salamanca, y no digo...

Leonarda. Desa manera, ¿quién duda sino que sabrá pelar, no sólo capones, sino gansos y abutardas? y en esto del guardar secreto ¿cómo le va? y á dicha ¿es tentado de decir todo lo que ve, imagina ó siente?

Est. Así pueden matar delante de mí más hombres que carneros en el Rastro, que yo des-

plegue mis labios para decir palabra alguna.

Crist. Pues atúrese esa boca y cósase esa lengua con una agujeta de dos cabos, y amuélese esos dientes, y éntrese con nosotras, y verá misterios y cenará maravillas, y podrá medir en un pajar los piés que quisiere para su cama.

Est. Con siete tendré demasiado; que no soy nada codicioso ni regalado.

Entran EL SACRISTAN REPONCE -
y EL BARBERO.

Sac. ¡Oh, qué enhorabuena estén los automedontes y guías de los carros de nuestros gustos, las luces de nuestras tinieblas, y las dos recíprocas voluntades que sirven de basas y columnas á la amorosa fábrica de nuestros deseos!

Leonarda. Esto sólo me enfada de él, Reponce mio: habla, por tu vida, á lo moderno y de modo que te entienda, y no te encarames donde no te alcance.

Barb. Eso tengo yo bueno, que hablo más llano que una suela de zapato: pan por vino, y vino por pan, ó como suele decirse.

Sac. Sí, que diferencia ha de haber de un sacristan gramático á un beilero romancista.

Crist. Para lo que yo he menester á mi barbero, tanto latin sabe, y aun más, que supo Antonio de Nebrija; y no se dispute agora de ciencia ni de modos de hablar; que cada uno habla, si no como debe, á lo ménos como sabe; y entrémonos, y manos á la labor, que hay mucho que hacer.

Est. Y mucho que pelar.

Sac. ¡Quién es este buen hombre?

Leonarda. Un pobre estudiante salamanquero, que pide albergó para esta noche.

Sac. Yo le daré un par de reales para cena y para lecho, y váyase con Dios.

Est. Señor sacristan Reponce, recibo y agradezco la merced y la limosna; pero yo soy mudo, y pe-lon además, como lo ha menester esta señora doncella, que me tiene convidado; y voto á... de no irme esta noche desta casa, si todo el mundo me lo manda. Confíese vuesa merced, mucho de enhoramala, de un hombre de mis prendas, que se contenta de dormir en un pajar; y si lo han por sus capones, péleselos el Turco y cómanselos ellos, y nunca del cuero les salgan.

Barb. Este más parece rufian que pobre; talle tie-ne de alzarse con toda la casa.

Crist. No medre yo, si no me contenta el brío; entrémonos todos, y demos órden en lo que se ha de hacer; que el pobre pelará, y callará como en misa.

Est. Y áun como en vísperas.

Sac. Puesto me ha miedo el pobre estudiante; yo apostaré que sabe más latin que yo.

Leonarda. De ahí le deben de nacer los bríos que tiene; pero no te pese, amigo, de hacer caridad, que vale para todas las cosas.

Entranse todos, y sale LEONISO, compadre de Pancracio, y PANCRACIO.

Comp. Luego lo vi yo que nos habia de faltar la rueda; no hay cochero, que no sea temático; si él rodeara un poco y salvara aquel barranco, ya estuviéramos dos leguas de aquí.

Panc. A mí no se me da nada; que ántes gusto de

volverme, y pasar esta noche con mi esposa Leonarda, que en la venta; porque la dejé esta tarde casi para espirar, del sentimiento de mi partida.

Comp. ¡Gran mujer! ¡de buena os ha dado el cielo, señor compadre! dadle gracias por ello.

Panc. Yo se las doy como puedo, y no como debo; no hay Lucrecia que se llegue, ni Porcia que se le iguale; la honestidad y el recogimiento han hecho en ella su morada.

Comp. Si la mia no fuera ce'losa, no tenia yo más que desear. Por esta calle está más cerca mi casa; tomad, compadre, por éstas, y estareis presto en la vuestra; y veámonos mañana, que no me faltará coche para la jornada. Adios.

Panc. Adios. (*Entranse los dos.*)

Vuelven á salir EL SACRISTAN y EL BARBERO, con sus guitarras; LEONARDA, CRISTINA y EL ESTUDIANTE. Sale el sacristan con la sotana alzada y ceñida al cuerpo, danzando al són de su misma guitarra, y á cada cabriola vaya diciendo estas palabras:

Sac. ¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

Crist. Señor sacristan Reponce, no es éste tiempo de danzar; dése orden en cenar y en las demas cosas, y quédense las danzas para mejor coyuntura.

Sac. ¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

Leonarda. Déjale, Cristina; que en extremo gusto de ver su agilidad.

(*Llama Pancracio á la puerta y dice:*)

Panc. Gente dormida, ¿no ois? ¡Cómo! ¡y tan temprano teneis atrancada la puerta? Los recatos de mi Leonarda deben de andar por aquí.

Leonarda. ¡Ay desdichada! á la voz y ¡ los golpes, mi marido Pancracio es éste; algo le debe de haber sucedido, pues él se vuelve. Señores, á recogerse á la carbonera, digo al desvan donde está el carbon.—Corre, Cristina, y llévalos; que yo entretendré á Pancracio de modo que tengas lugar para todo.

Est. ¡Fea noche, amargo rato, mala cena y peor amor!

Crist. ¡Gentil relente, por cierto! Ea, vengan todos.

Panc. ¡Qué diablos es esto? ¡cómo no me abris, lirones?

Est. Es el toque, que yo no quiero correr la suerte destes señores; escóndanse ellos donde quisieren, y llévenme á mí al pajar; que si allí me hallan, ántes pareceré pobre que adúltero.

Crist. Caminen; que se hunde la casa á golpes.

Sac. El alma llevo en los dientes.

Barb. Y yo en los carcañares.

Entranse todos, y asómase LEONARDA á la ventana.

Leonarda. ¡Quién está ahí? ¡quién llama?

Panc. Tu marido soy, Leonarda mia; ábreme, que há media hora que estoy rompiendo á golpes estas puertas.

Leonarda. En la voz bien me parece á mí que oi-go á mi cepo Pancracio; pero la voz de un gallo

se parecé á la de otro gallo, y no me aseguro.

Panc. ¡Oh recato inaudito de mujer prudente! Que yo soy, vida mia, tu marido Paneracio; ábreme con toda seguridad.

Leonarda. Venga acá, yo lo veré agora. ¿Qué hice yo cuando él se partió esta tarde?

Panc. Suspiraste, lloraste, y al cabo te desmayaste.

Leonarda. Verdad; pero, con todo esto, dígame: ¿qué señales tengo yo en uno de mis hombros?

Panc. En el izquierdo tienes un lunar del grandor de medio real, con tres cabellos como tres mil hebrás de oro.

Leonarda. Verdad; pero ¿cómo se llama la doncella de casa?

Panc. Ea, boba, no seas enfadosa: Cristinica se llama; ¿qué más quieres?

Leonarda. Cristinica, Cristinica, tu señor es; ábrele, niña.

Crist. Ya voy, señora; que él sea muy bien venido.—¿Qué es esto, señor de mi alma? ¿qué acelerada vuelta es ésta?

Leonarda. ¡Ay, bien mio! decídnoslo presto; que el temor de algun mal suceso me tiene ya sin pulsos.

Panc. No ha sido otra cosa, sino que en un barranco se quebró la rueda del coche, y mi compadre y yo determinamos volvernó, y no pasar la noche en el campo, y mañana buscaremos en qué ir, pues hay tiempo. Pero ¿qué voces hay?

(*Dentro, y como de muy lejos, diga el estudiante.*)

Est. Abranme aquí, señores; que me ahogo.

Panc. ¿Es en casa ó en la calle?

Crist. Que me maten si no es el pobre estudiante que encerré en el pajar, para que durmiese esta noche.

Panc. ¡Estudiante encerrado en mi casa, y en mi ausencia? malo. En verdad, señora, que si no me tuviera asegurado vuestra mucha bondad, que me causara algun recelo este encerramiento. Pero vé, Cristina, y ábrele; que se le debe haber caído toda la paja acuestas.

Crist. Ya voy. (*Vase.*)

Leonarda. Señor, que es un pobre salamanqueso, que pidió que lo acogiésemos esta noche, por amor de Dios, aunque fuese en el pajar, y ya sabes mi condicion, que no puedo negar nada de lo que se me pide, y encerrámosle; pero vesle aquí, y mirad cuál sale.

Salen EL ESTUDIANTE y CRISTINA; *él lleno de paja las barbas, cabeza y vestido.*

Est. Si yo no tuviera tanto miedo, y fuera ménos escrupuloso, yo hubiera excusado el peligro de ahogarme en el pajar, y hubiera cenado mejor, y tenido más blanda y ménos peligrosa cama.

Panc. Y ¿quién os habia de dar, amigo, mejor cena y mejor cama?

Est. ¿Quién? mi habilidad, sino que el temor de la justicia me tiene atadas las manos.

Panc. Peligrosa habilidad debe de ser la vuestra, pues os temeis de la justicia.

Est. La ciencia que aprendí en la Cueva de Salamanca, de donde yo soy natural, si se dejara usar sin miedo de la Santa Inquisición, yo sé que cenara y recenara á costa de mis herederos; y aún quizá no estoy muy fuera de usalla, si-

quiera por esta vez, donde la necesidad me fuerza y me disculpa; pero no sé yo si estas señoras serán tan secretas como yo lo he sido.

Panc. No se cure dellas, amigo, sino haga lo que quisiere; que yo les haré que callen; y ya deseo en todo extremo ver algunas destas cosas que dicen que se aprenden en la Cueva de Salamanca.

Est. ¿No se contentará vuesa merced con que le saque aquí dos demonios en figuras humanas, que traigan acuestas una canasta llena de cosas fiambres y comederas?

Leonarda. ¿Demonios en mi casa, y en mi presencia? ¡Jesus! librada sea yo de lo que librarme no sé.

Crist. El mismo diablo tiene el estudiante en el cuerpo; plega á Dios que vaya á buen viento esta parva; temblándome está el corazon en el pecho.

Panc. Ahora bien, si ha de ser sin peligro y sin espantos, yo me holgaré de ver esos señores demonios y á la canasta de las fiambreras; y torno á advertir que las figuras no sean espantosas.

Est. Digo que saldrán en figura del sacristan de la parroquia y en la de un barbero su amigo.

Crist. ¿Más que lo dice por el sacristan Reponce y por Maese Roque, el barbero de casa? Desdichados dellos, que se han de ver convertidos en diablos.—Y dígame, hermano, ¿y éstos han de ser diablos bautizados?

Est. ¡Gentil novedad! ¿Adónde diablos hay diablos bautizados, ó para qué se han de bautizar los diablos? Aunque podrá ser que éstos lo fuesen, porque no hay regla sin excepción; y apártese, y verán maravillas.

Leonarda. ¡Ay sin ventura! aquí se descose, aquí

salen nuestras maldades á plaza, aquí soy muerta.

Crist. Animo, señora; que buen corazón quebranta mala ventura.

Est. Vosotros, mezquinos, que en la carbonera
Hallastes amparo á vuestra desgracia,
Salid, y en los hombros, con priesa y con gracia,
Sacad la canasta de la fiambrera;
No me inciteis á que de otra manera
Me s dura os conjure. Salid; ¿qué esperáis?
Mirad que si á dicha el salir rehusáis,
Tendrá mal suceso mi nueva quimera.

Ora bien; yo sé cómo me tengo de haber con estos demonicos humanos; quiero entrar allá dentro, y á solas hacer un conjuro tan fuerte, que los haga salir más que de paso; aunque la calidad destos demonios más está en sabellos aconsejar que en conjurallos. (*Éntrase.*)

Panc. Yo digo que si éste sale con lo que ha dicho, que será la cosa más nueva y más rara que se haya visto en el mundo.

Leonarda. Si saldrá, ¿quién lo duda? pues ¿habíamos de engañar?

Crist. Ruido anda allá dentro; yo apostaré que los saca; pero ve aquí dó vuelve con los demonios y el apatusco de la canasta.

Salen EL ESTUDIANTE, EL SACRISTAN
y EL BARBERO.

Leonarda. ¡Jesus! ¡qué parecidos son los de la carga al sacristan Reponce y al barbero de la plazuela!

Crist. Mira, señora, que donde hay demonios no se ha de decir Jesus.

Sac. Digan lo que quisieren; que nosotros somos como los perros del herrero, que dormimos al són de las martilladas: ninguna cosa nos espanta ni turba.

Leonarda. Lléguese á que yo coma de lo que viene de la canasta, no tomen ménos.

Est. Yo haré la salva, y comenzaré por el vino. (*Bebe.*) Bueno es; ¿es de Esquivias, señor sacri-diablo?

Sac. De Esquivias es, juro á...

Est. Téngase, por vida suya, y no pase adelante; amiguito soy yo de diablos juradores. Demonico, demonico, aquí no venimos á hacer pecados mortales, sino á pasar una hora de pasatiempo y cenar, y irnos con Cristo.

Crist. ¿Y éstos han de cenar con nosotros?

Panc. Sí; que los diablos no comen.

Barb. Sí comen algunos, pero no todos, y nosotros somos de los que comen.

Crist. ¡Ay señores! quédense acá los pobres diablos, pues han traído la cena; que sería poca cortesía dejarlos ir muertos de hambre, y parecen diablos muy honrados y muy hombres de bien.

Leonarda. Como no nos espanten, y si mi marido gusta, quédense en buen hora.

Panc. Queden; que quiero ver lo que nunca he visto.

Barb. Nuestro Señor pague á vuestras mercedes la buena obra, señores míos.

Crist. ¡Ay, qué bien criados, qué cortesés! nunca medre yo, si todos los diablos son como éstos, si no han de ser mis amigos de aquí adelante.

Sac. Oigan pues, para que se enamoren de véras.

(Toca el Sacristan y canta, y ayúdale el Barbero con el último verso no más.)

Sac. Oigan los que poco saben
Lo que con mi lengua franca
Digo del bien que en sí tiene

Barb. La Cueva de Salamanca.

Sac. Oigan lo que dejó escrito
Della el bachiller Tudanca
En el cuero de una yegua,
Que dicen que fué potranca,
En la parte de la piel
Que confina con el anca,
Poniendo sobre las nubes

Barb. La Cueva de Salamanca.

Sac. En ella estudian los ricos
Y los que no tienen blanca,
Y sale entera y rolliza
La memoria que está manca.
Sientanse los que allí enseñan,
De alquitran en una banca.
Porque estas bombas encierra

Barb. La Cueva de Salamanca.

Sac. En ella se hacen discretos
Los moros de la palanca,
Y el estudian'e más burdo
Ciencias de su pecho arranca.
A los que estudian en ella
Ninguna cosa les manca.
Viva, pues, siglos eternos

Barb. La Cueva de Salamanca.

Sac. Y nuestro conjurador,
Si es á dicha de Loranca,
Tenga en ella cien mil vides
De uva tinta y de uva blanca;
Y al diablo que le acusáre,
Que le den con una tranca,
Y para el tal jamas sirva

Barb. La Cueva de Salamanca.

Crist. Basta; que tambien los diablos son poetas.

Barb. Y áun todos los poetas son diablos.

Panc. Dígame, señor mio, pues los diablos lo saben todo: ¿dónde se inventaron todos estos bailes de las *Zarabandas*, *Zambapalo* y *Dello me pesa*, con el famoso del nuevo *Escarramán*?

Barb. ¿Adónde? en el infierno; allí tuvieron su origen y principio.

Panc. Yo así lo creo.

Leonarda. Pues en verdad que tengo yo mis puntas y collar escarramanesco, sino que por mi honestidad y por guardar el decoro á quien soy, no me atrevo á bailarle.

Sac. Con cuatro mudanzas que yo le enseñase á vuesa merced cada dia en una semana, saldria única en el baile; que sé que le falta bien poco.

Est. Todo se andará; por agora entrémonos á cenar, que es lo que importa.

Panc. Entremos; que quiero averiguar si los diablos comen ó no, con otras cien mil cosas que dellos cuentan; y por Dios, que no han de salir de mi casa hasta que me dejen enseñado en la ciencia y ciencias que se enseñan en *la Cueva de Salamanca*.

EL VIEJO CELOSO

LOS QUE HABLAN EN ÉL SON LOS SIGUIENTES:

Cañizares.
Su compadre.
Doña Lorenza.
Cristina, criada.
Hortigosa, vecina.

Un galan, que no habla.
Un alguacil.
Un bailarín.
Músicos.

Salen DOÑA LORENZA y CRISTINA, *su criada*
y HORTIGOSA, *su vecina*.

Lor. Milagro ha sido éste, señora Hortigosa, el no haber dado la vuelta á la llave mi duelo, mi yugo y mi desesperación; éste es el primero día, despues que me casé con él, que hablo con persona de fuera de casa; que fuera le vea yo desta vida á él y á quien con él me casó.

Hort. Ande, mi señora doña Lorenza, no se queje tanto; que con una caldera vieja se compra otra nueva.

Lor. Y áun con esos y otros semejantes villancicos ó refranes me engañaron á mí; que malditos sean sus dineros, fuera de las cruces; malditas sus joyas, malditas sus galas y maldito todo cuanto me da y promete. ¡De qué me sirve á mí todo aquesto, si en mitad de la riqueza estoy

pobre, y en medio de la abundancia, con hambre?

Crist. En verdad, señora tia, que tienes razon; que más quisiera yo andar con un trapo atras y otro delante, y tener un marido mozo, que verme casada y enlodada con ese viejo podrido que tomaste por esposo.

Lor. ¿Yo le tomé, sobrina? A la fe diómele quien pudo, y yo, como muchacha, fuí más presta al obedecer que al contradecir; pero si yo tuviera tanta experiencia destas cosas, ántes me tarazá-ra la lengua con los dientes que pronunciar aquel sí, que se pronuncia con dos letras y da que llo-rar dos mil años; pero yo imagino que no fué otra cosa, sino que había de ser ésta, y que las que han de suceder forzosamente, no hay pre-venccion ni diligencia humana que las prevenga.

Crist. ¡Jesus, y del mal viejo! toda la noche, «Daca el orinal, toma el orinal; levántate, Cristinica, y caliéntame unos paños, que me muero de la ija-da; dame aquellos juncos, que me fatiga la pie-dra»; con más unguentos y medicinas en el apo-sento que si fuera una botica; y yo, que apénas sé vestirme, tengo de servirle de enfermera. Pux, pux, pux, viejo clueco, tan potroso como celoso, y el más celoso del mundo.

Lor. Dice la verdad mi sobrina.

Crist. ¡Pluguiera á Dios que nunca yo la dijera en esto!

Hort. Ahora bien, señora doña Lorenza; vuesa merced haga lo que le tengo aconsejado, y verá cómo se halla muy bien con mi consejo. El mozo es como un ginjo verde; quiere bien, sabe callar, y agradecer lo que por él se hace; y pues los ce-los y el recato del viejo no nos dan lugar á de-

mandas ni á respuestas, resolución y buen ánimo; que por la órden que hemos dado, yo le pondré al galan en su aposento de vuesa merced, y le sacaré, si bien tuviese el viejo más ojos que Argos, y viese más que un zahorí, que dicen que ve siete estados debajo de la tierra.

Lor. Como soy primeriza, estoy temerosa, y no querria, á trueco del gusto, poner á riesgo la honra.

Crist. Eso me parece, señora tia, á lo del cantar de Gomez Arias:

Señor Gomez Arias,
Doléos de mí;
Soy niña y muchacha,
Nunca en tal me vi.

Lor. Algun espíritu malo debe de hablar en tí, sobrina, segun las cosas que dices.

Crist. Yo no sé quién habla, pero yo sé que haria todo aquello que la señora Hortigosa ha dicho, sin faltar punto.

Lor. ¡Y la honra, sobrina?

Crist. ¡Y el holgarnos, tia?

Lor. ¡Y si se sabe?

Crist. ¡Y si no se sabe?

Lor. Y ¡quién me asegurará á mí que no se sepa?

Hort. ¡Quién? la buena diligencia, la sagacidad, la industria, y sobre todo, el buen ánimo y mis trazas.

Crist. Mire, señora Hortigosa, tráyanosle galan, limpio, desenvuelto, un poco atrevido, y sobre todo mozo.

Hort. Todas esas partes tiene el que he propuesto, y otras dos más, que es rico y liberal.

Lor. Que no quiero riquezas, señora Hortigosa:

que me sobran las joyas, y me ponen en confusión las diferencias de colores de mis muchos vestidos; hasta eso no tengo que desear, que Dios le dé salud á Cañizares; más vestida me tiene que un palmito y con más joyas que la vidriera de un platero rico. No me clavara él las ventanas, cerrara las puertas, visitara todas horas la casa, desterrara della los gatos y los perros, solamente porque tienen nombre de varon; que á trueco de que no liciera esto y otras cosas no vistas en materia de recato, yo le perdonara sus dádivas y mercedes.

Hort. ¡Qué! ¿tan celoso es?

Lor. ¡Digo! que le vendian el otro dia una tapicería á bonísimo precio, y por ser de figuras no la quiso, y compró otra de verduras por mayor precio, aunque no era tan buena. Siete puertas hay ántes que se llegue á mi aposento, fuera de la puerta de la calle, y todas se cierran con llave, y las llaves no me ha sido posible averiguar dónde las esconde de noche.

Crist. Tia, la llave de loba creo que se la pone entre las faldas de la camisa.

Lor. No lo creas, sobrina, que yo duermo con él, y jamas le he visto ni sentido que tenga llave alguna.

Crist. Y más, que toda la noche anda como trasgo por toda la casa; y si acaso dan alguna música en la calle, les tira de pedradas, porque se vayan: es un malo, es un brujo, es un viejo, que no tengo más que decir.

Lor. Señora Hortigosa, váyase, no venga el gruñidor y la halle conmigo, que sería echarlo á perder todo; y lo que ha de hacer, hágalo luego; que estoy tan aburrída, que no me falta sino echarme

una soga al cuello, por salir de tan mala vida.

Hort. Quizá con ésta que ahora se comenzará, se le quitará toda esa mala gana, y le vendrá otra más saludable y que más la contente.

Crist. Así suceda, aunque me costase á mí un dedo de la mano; que quiero mucho á mi señora tia, y me muero de verla tan pensativa y angustiada en poder deste viejo y reviejo y más que viejo, y no me puedo hartar de decille viejo.

Lor. Pues en verdad que te quiere bien, Cristina.

Crist. ¿Deja por eso de ser viejo? cuanto más, que yo he oido decir que siempre los viejos son amigos de niñas.

Hort. Así es la verdad, Cristina: y adios, que en acabando de comer doy la vuelta. Vuesa merced esté muy en lo que dejamos concertado, y verá cómo salimos y entramos bien en ello.

Crist. Señora Hortigosa, hágame merced de traerme á mí un frailecico pequeñito, con quien yo me huelgue.

Hort. Yo se le traeré á la niña pintado.

Crist. Que no le quiero pintado, sino vivo, vivo, chiquito, como unas perlas.

Lor. ¿Y si lo ve tío?

Crist. Diréle yo que es un duende, y tendrá dél miedo, y holgaréme yo.

Hort. Digo que yo le traire, y adios. (*Vase.*)

Crist. Mire, tia: si Hortigosa trae al galan y á mi frailecico, y si señor los viere, no tenemos más que hacer, sino cogerle entre todos y ahogarle, y echarle en el pozo ó enterrarle en la caballeriza.

Lor. Tal eres tú, que creo lo harías mejor que lo dices.

Crist. Pues no sea el viejo celoso, y déjenos vivir en paz, pues no le hacemos mal alguno y vivimos como unas santas. (*Éntranse.*)

Entran CAÑIZARES, viejo, y UN COMPADRE SUYO.

Cañ. Señor compadre, señor compadre, el setenton que se casa con quince, ó carece de entendimiento, ó tiene gana de visitar el otro mundo lo más presto que le sea posible. Apénas me casé con doña Lorencica, pensando tener en ella compañía y regalo, y persona que se hallase en mi cabecera y me cerrase los ojos al tiempo de mi muerte, cuando me embistieron una turba multa de trabajos y desasosiegos; tenia casa, y busqué casar; estaba posado, y desposéme.

Comp. Compadre, error fué, pero no muy grande; porque, segun el dicho del Apóstol, mejor es casarse que abrasarse.

Cañ. ¡Qué! no habia qué abrasar en mí, señor compadre; que con la menor llamarada quedara hecho ceniza. Compañía quise, compañía busqué, compañía hallé; pero Dios lo remedie por quien él es.

Comp. ¿Tiene celos, señor compadre?

Cañ. Del sol que mira á Lorencita, del aire que la toca, de las faldas que la vapulan.

Comp. ¿Dale ocasión?

Cañ. Ni por pienso, ni tiene por qué, ni cómo ni cuándo, ni adónde; las ventanas, amén de estar con llave, las guarnecen rejas y celosías; las puertas jamas se abren; vecina no atraviesa mis umbrales, ni los atravesará mientras Dios me diere vida. Mirad, compadre, no les vienen los malos aires á las mujeres de ir á los jubileos ni á las procesiones, ni á todos los actos de regocijos públicos; donde ellas se mancan, donde ellas se es-

tropean y adonde ellas se dañan, es en casa de las vecinas y de las amigas; más maldades encubre una mala amiga que la capa de la noche; más conciertos se hacen en su casa, y más se concluyen, que en una semblea.

Comp. Yo así lo creo; pero si la señora doña Lorenza no sale de casa, ni nadie entra en la suya, ¿de qué vive descontento mi compadre?

Cañ. De que no pasará mucho tiempo en que no caya Lorencica en lo que le falta; que sería un mal caso, y tan malo, que en sólo pensallo le temo, y de temerle me desespero, y de desesperarme vivo con disgusto.

Comp. Y con razón se puede tener ese temor; porque las mujeres querrian gozar enteros los frutos del matrimonio.

Cañ. La mia los goza doblados.

Comp. Ahí está el daño, señor compadre.

Cañ. No, no, ni por pienso, porque es más simple Lorencica que una paloma, y hasta agora no entiende nada desas filaterías; y adios, señor compadre, que me quiero entrar en casa.

Comp. Yo quiero entrar allá, y ver á mi señora doña Lorenza.

Cañ. Habeis de saber, compadre, que los antiguos latinos usaban de un refran que decia: *Amicus usque ad aras*, que quiere decir. «El amigo hasta el altar»; infiriendo que el amigo ha de hacer por su amigo todo aquello que no fuere contra Dios; y yo digo que mi amigo *usque ad portam*, hasta la puerta; que ninguno ha de pasar mis quicios; y adios, señor compadre, y perdóneme. *(Éntrase.)*

Comp. En mi vida he visto hombre más recatado, ni más celoso, ni más impertinente; pero éste es

de aquellos que traen la soga arrastrando, y de los que siempre vienen á morir del mal que temen. (*Entrase.*)

Salen DOÑA LORENZA y CRISTINA.

Crist. Tia, mucho tarda tio, y más tarda Hortigosa.

Lor. Más que nunca él acá viniese, ni ella tampoco; porque él me enfada, y ella me tiene confusa.

Crist. Todo es probar, señora tia; y cuando no saliere bien, darle del codo.

Lor. ¡Ay sobrina! que estas cosas, ó yo sé poco, ó sé que todo el daño está en probarlas.

Crist. A fe, señora tia, que tiene poco ánimo, y que si yo fuera de su edad, que no me espantarán hombres armados.

Lor. Otra vez torno á decir, y diré cien mil veces, que Satanas habla en tu boca; mas ¡ay! ¿cómo se ha entrado señor?

Crist. Debe de haber abierto con la llave maestra.

Lor. Encomiendo yo al diablo sus maestrías y sus llaves.

Entra CAÑIZARES.

Cañ. ¿Con quién hablábades, doña Lorenza?

Lor. Con Cristinica hablaba.

Cañ. Miradlo bien, doña Lorenza.

Lor. Digo que hablaba con Cristinica; ¿con quién habia de hablar? ¿tengo yo por ventura con quién?

Cañ. No querria que tuviédes algun soliloquio con vos misma, que redundase en mi perjuicio.

Lor. Ni entiendo esos circunloquios que decis, ni aun los quiero entender; y tengamos la fiesta en paz.

Cañ. Ni aun las vísperas no querria yo tener en guerra con vos; pero ¿quién llama á aquella puerta con tanta priesa? Mira, Cristinica, quién es, y si es pobre, dale limosna y despídele.

Crist. ¿Quién está ahí?

Hort. La vecina Hortigosa es, señora Cristina.

Cañ. ¿Hortigosa y vecina? Dios sea conmigo. Pregúntale, Cristina, lo que quiere, y dáselo, con condiciór que no atreviese esos umbrales.

Crist. ¿Y qué quiere, señora vecina?

Cañ. El nombre de vecina me turba y sobresalta; llámala por su propio nombre, Cristina.

Crist. Responda, y ¿qué quiere, señora Hortigosa?

Hort. Al señor Cañizares quiero suplicar un poco, en que me va la honra, la vida y el alma.

Cañ. Decidle, sobrina, á esa señora, que á mí me va todo eso y más en que no éntre acá dentro.

Lor. ¡Jesus, y qué condiciór tan extravagante! ¿aquí no estoy delante de vos? ¿hanme de comer de ojo? ¿hanme de llevar por los aires?

Cañ. Entre con cien mil Bercebuyes, pues vos lo quereis.

Crist. Entre, señora vecina.

Cañ. Nombre fatal para mí es el de vecina.

Entra HORTIGOSA, y trae un gadamecí, y en las pieles de las cuatro esquinas han de venir pintados Rodamonte, Mandricardo, Rugero y Gradafo; y Rodamonte venga pintado como arrebozado.

Hort. Señor mio de mi alma, movida y incitada de la buena fama de vuesa merced, de su gran

caridad y de sus muchas limosnas, me he atrevido de venir á suplicar á vuesa merced me haga tanta merced, caridad y limosna y buena obra de comprarme este guadamecí porque tengo un hijo preso por unas heridas que dió á un tundidor, y ha mandado la Justicia que declare el cirujano, y no tengo con qué pagalle, y corre peligro no le echen otros embargos, que podrian ser muchos, á causa que es muy travieso mi hijo; y querria echarle hoy ó mañana, si fuese posible, de la cárcel. La obra es buena, el guadamecí nuevo, y con todo eso, le daré por lo que vuesa merced quisiere darme por él, que en más está la monta, y como esas cosas he perdido yo en esta vida.—Tenga vuesa merced desa punta, señora mia, y descojámosle, porque no vea el señor Cañizares que hay engaño en mis palabras; alce más, señora mia, y mire cómo es bueno de caida, y las pinturas de los cuadros parece que están vivas.

Al alzar y mostrar el guadamecí, entra por detras de él UN GALAN; y como Cañizares ve los retratos, dice:

Cañ. ¡Oh, qué lindo Rodamonte! ¿y qué quiere el señor rebozadito en mi casa? ¿aun si supiese que tan amigo soy yo destas cosas y destes rebocitos espantarse hía.

Crist. Señor tío, yo no sé nada de rebozados; y si él ha entrado en casa, la señora Hortigosa tiene la culpa; que á mí el diablo me lleve si dije ni hice nada para que él entrase; no, en mi conciencia; á n el diablo sería si mi señor tío me echase á mí la culpa de su entrada.

Cañ. Ya yo lo veo, sobrina, que la señora Hortigosa tiene la culpa; pero no hay de qué maravillarme, porque ella no sabe mi condicion, ni cuán enemigo soy de aquellas pinturas.

Lor. Por las pinturas lo dice, Cristinica, y no por otra cosa.

Crist. Pues por esas digo yo. ¡Ay, Dios sea conmigo! vuelto se me ha el ánima al cuerpo, que ya andaba por los aires.

Lor. Quemado vea yo ese pico de once varas; en fin, quien con muchachos se acuesta, etc.

Crist. ¡Ay desgraciada, y en qué peligro pudiera haber puesto toda esta baraja!

Cañ. Señora Hortigosa, yo no soy amigo de figuras rebozadas ni por rebozar; tome este doblon, con el cual podrá remediar su necesidad, y váyase de mi casa lo más presto que pudiere, y ha de ser luego, y llévase su guadamecí.

Hort. Viva vuesa merced más años que Matute el de Jerusalem, en vida de mi señora doña... no sé cómo se llama, á quien suplico me mande, que la serviré de noche y de día, con la vida y con el alma, que la debe de tener ella como la de una tortolice simple.

Cañ. Señora Hortigosa, abrevie y váyase, y no se esté agora juzgando almas ajenas.

Hort. Si vuesa merced hubiere menester algun pegadillo para la madre, téngolos milagrosos; y si para mal de muelas, sé unas palabras que quitan el dolor como con la mano.

Cañ. Abrevie, señora Hortigosa; que doña Lorenza ni tiene madre ni dolor de muelas; que todas las tiene sanas y enteras, que en su vida se ha sacado muela alguna.

Hort. Ella se las sacará, placiendo al cielo, porque

le dará muchos años de vida, y la vejez es la total destrucción de la dentadura.

Cañ. ¡Aquí de Dios! ¿que no será posible que me deje esta vecina? Hortigosa, ó diablo, ó vecina, ó lo que eres, véte con Dios y déjame en mi casa.

Hort. Justa es la demanda, y vuesa merced no se enoje; que ya me voy. (*Vase.*)

Cañ. ¡Oh vecinas, vecinas! escaldado quedo áun de las buenas palabras desta vecina, por haber salido por boca de vecina.

Lor. Digo que teneis condicion de bárbaro y de salvaje, y ¿qué ha dicho esta vecina para que quedeis con la ojeriza contra ella? Todas vuestras buenas obras las haceis en pecado mortal: dístesle dos docenas de reales, acompañados con otras dos docenas de injurias; boca de lobo, lengua de escorpion y silo de malicias.

Cañ. No, no, á mal viento va esta parva; no me parece bien que volvais tanto por vuestra vecina.

Crist. Señora tia, éntrese allá dentro y desenójese, y deje á tio, que parece que está enojado.

Lor. Así lo haré, sobrina, y áun quizá no me verá la cara en estas dos horas; y á fe que yo se la dé á beber, por más que la rehuse. (*Entrase.*)

Crist. Tio, ¿no ve cómo ha cerrado de golpe? y creo que va á buscar una tranca para asegurar la puerta.

(*Doña Lorenza por dentro.*)

Lor. ¡Cristinica! ¡Cristinica!

Crist. ¿Qué quiere tía?

Lor. ¡Si supieses qué galan me ha deparado la

buena suerte! mozo, bien dispuesto, pelinegro y que le huele la boca á mil azahares.

Crist. ¡Jesus, y qué locuras y qué niñerías! ¿está loca, tia?

Lor. No estoy sino en todo mi juicio; y en verdad que si le vieses, que se te alegrase el alma.

Crist. ¡Jesus, y qué locuras y qué niñerías! Ríñala, tio, porque no se atreva, ni áun burlando, á decir deshonestidades.

Cañ. ¿Bobeas, Lorenza? pues á fe que no estoy yo de gracia para sufrir esas burlas.

Lor. Que no son sino véras, y tan véras, que en este género no pueden ser mayores.

Crist. ¡Jesus, y qué locuras y qué niñerías! y dígame, tia: ¿está ahí tambien mi frailecito?

Lor. No, sobrina; pero otra vez vendrá, si quiere Hortigosa la vecina.

Cañ. Lorenza, di lo que quisieres, pero no tomes en tu boca el nombre de vecina; que me tiemblan las carnes en oírle.

Lor. Tambien me tiemblan á mí por amor de la vecina.

Crist. ¡Jesus, y qué locuras y qué niñerías!

Lor. Ahora echo de ver quién eres, viejo maldito; que hasta aquí he vivido engañada contigo.

Crist. Ríñala, tio, ríñala, tio; que se desvergüenza mucho.

Lor. Lavar quiero á un galan las pocas barbas que tiene, con una bacía llena de agua de ángeles, porque su cara es como la de un ángel pintado.

Crist. ¡Jesus, qué locuras y qué niñerías! Despedácela, tio.

Cañ. No la despedazaré yo á ella; sino á la puerta que la encubre.

Lor. No hay para qué; vela aquí abierta; én-

tre, y verá cómo es verdad cuanto le he dicho.
Cañ. Aunque sé que te burlas, si entraré para desenojarte.

(Al entrar Cañizares, danle con una bacia de agua en los ojos; él vase á limpiar; acuden sobre él Cristina y doña Lorenza, y en este ínterin sale el galán y vase.)

Cañ. ¡Por Dios, que por poco me cegaras, Lorenza! al diablo se dan las burlas que se arremeten á los ojos.

Lor. ¡Mirad con quién me casó mi suerte, sino con el hombre más malicioso del mundo! ¡mirad cómo dió crédito á mis mentiras, por su..., fundadas en materia de celos! que menoscabada y asendereada sea mi ventura. Pagad vosotros, cabellos, las deudas deste viejo; llorad vosotros, ojos, las culpas deste maldito; mirad en lo que tiene mi honra y mi crédito, pues de las sospechas hace certezas, de las mentiras verdades, de las burlas véras, y de los entretenimientos maldiciones. ¡Ay, que se me arranca el alma!

Crist. Tía, no dé tantas voces; que se juntará la vecindad.

Alg. (De dentro.) ¡Abran esas puertas! ¡abran luego! si no, echarélas en el suelo.

Lor. Abre, Cristinica, y sepa todo el mundo mi inocencia y la maldad deste viejo.

Cañ. ¡Vive Dios, que creí que te burlabas, Lorenza! calla.

*Entran EL ALGUACIL y los músicos,
y EL BAILARIN y HORTIGOSA.*

Alg. ¿Qué es esto? ¿qué pendencia es ésta? ¿quién daba aquí voces?

Cañ. Señor, no es nada: pendencias son entre marido y mujer, que luego se pasan.

Mús. ¡Por Dios, que estábamos mis compañeros y yo, que somos músicos, aquí pared en medio, en un desposorio, y á las voces hemos acudido, con no pequeño sobresalto, pensando que era otra cosa!

Hort. Y yo tambien, en mi ánima pecadora.

Cañ. Pues en verdad, señora Hortigosa, que si no fuera por ella, que no hubiera sucedido nada de lo sucedido.

Hort. Mis pecados lo habrán hecho; que soy tan desdichada, que sin saber por dónde ni por dónde no, se me echan á mí las culpas que otros cometen.

Cañ. Señores, vuestras mercedes todos se vuelvan norabuena, que yo les agradezco su buen deseo; que ya yo y mi esposa quedamos en paz.

Lor. Sí quedaré, como le pida perdon primero á la vecina, si alguna cosa mala pensó contra ella.

Cañ. Si á todas las vecinas de quien yo pienso mal hubiese de pedir perdon, sería nunca acabar; pero, con todo eso, yo se le pido á la señora Hortigosa.

Hort. Y yo le otorgo para aquí y para delante de Pero García.

Mús. Pues en verdad, que no habemos de haber venido en balde; toquen mis compañeros y baile el bailarín, y regocíjense las paces con esta canción.

Cañ. Señores, no quiero música; yo la doy por recibida.

Mús. Pues aunque no la quiera.

(*Cantan.*)

El agua de por San Juan
 Quita vino y no da pan;
Las riñas de por San Juan
Todo el año paz nos dan.
 Llover el trigo en las éras,
 Las viñas estando en cierce,
 No hay labrador que gobierne
 Bien sus cubas y paneras;
Mas las riñas más de véras,
Si suceden por San Juan,
Todo el año paz nos dan.
 Por la canícula ardiente
 Está la cólera á punto;
 Pero pasando aquel punto,
 Méenos activa se siente.
 Y así el que dice, no miente,
Que las riñas por San Juan
Todo el año paz nos dan.

(*Baila el bailarín.*)

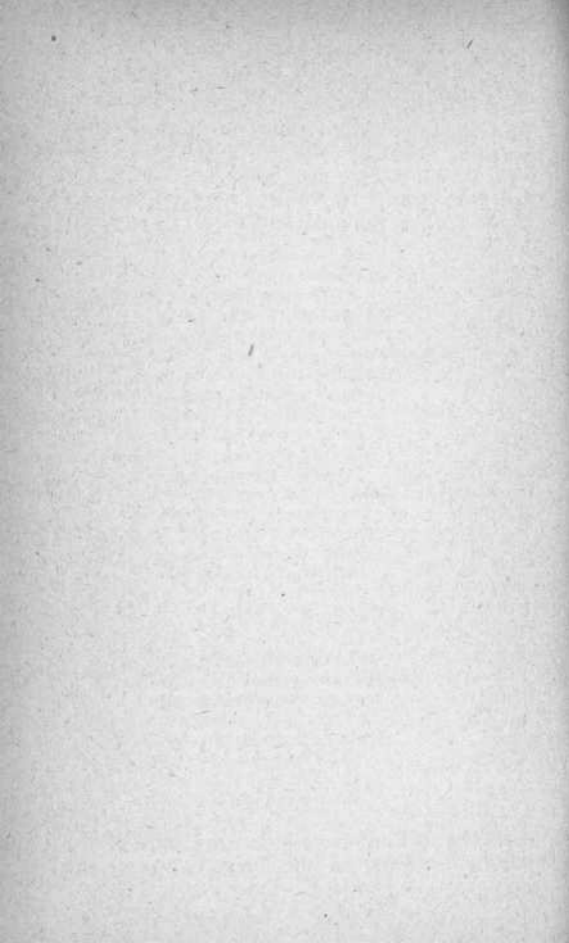
Las riñas de los casados
 Como aquésta siempre sean,
 Para que despues se vean,
 Sin pensar, regocijados.
 Sol que sale tras nublados
 Es contento tras afan;
Las riñas de por San Juan
Todo el año paz nos dan.

Cañ. Porque vean vuestas mercedes las revueltas y vueltas en que me ha puesto una vecina,

y si tengo razon de estar mal con las vecinas.

Lor. Aunque mi esposo está mal con las vecinas, yo beso á vuestas mercedes las manos, señoras vecinas.

Crist. Y yo tambien; mas si mi vecina me hubiera traído mi frailecico, yo la tuviera por mejor vecina; y adios, señoras vecinas.



LOS HABLADORES

LOS QUE HABLAN EN ÉL SON LOS SIGUIENTES:

Roldan.	Un Procurador.
Sarmiento.	Un Alguacil.
Doña Beatriz, su mujer.	Un Escribano.
Ines, criada.	Un Corchete.

Salen EL PROCURADOR, SARMIENTO, y detras ROLDAN, en hábito roto, con su espada y calcillas.

Sarm. Tome, señor Procurador; que ahí van los doscientos ducados, y doy palabra á usted que aunque me costara cuatrocientos, holgara que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

Proc. Usted ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero, contento de que me descanse y él se remedie.

Roldan. ¡ Ah caballero! ¿ es usted procurador?

Proc. Sí soy; ¿ qué es lo que manda usted?

Roldan. ¿ Qué dinero es ése?

Proc. Dámele este caballero para pagar la parte á quien dió una cuchillada de doce puntos.

Roldan. Y ¿ cuánto es el dinero?

Proc. Doscientos ducados.

Roldan. Vaya usted con Dios.

Proc. Dios guarde á usted. (*Vase.*)

Roldan. ¡Ah caballero!

Sarm. ¿A mí, gentilhombre?

Roldan. A usted digo.

Sarm. Y ¿qué es lo que usted manda?

Roldan. Cúbrase usted; que si no, no hablaré palabra.

Sarm. Ya estoy cubierto.

Roldan. Señor mio, yo soy un pobre hidalgo, aunque me he visto en honra; tengo necesidad, y he sabido que usted ha dado doscientos ducados á un hombre á quien había dado una cuchillada; y por si usted tiene deleite en darlas, vengo á que usted me dé una adonde fuere servido; que yo lo haré con cincuenta ducados menos que otro.

Sarm. Si no estuviera tan mohino, me obligara á reir usted; ¿dícelo de véras? pues venga acá: ¿piensa que las cuchilladas se dan sino á quien las merece?

Roldan. Pues ¿quién las merece como la necesidad? ¿no dicen que tiene cara de hereje? pues ¿dónde estará mejor una cuchillada que en la cara de un hereje?

Sarm. Usted no debe de ser muy leído; que el proverbio latino no dice sino que *necessitas caret lege*, que quiere decir que la necesidad carece de ley.

Roldan. Dice muy bien usted; porque la ley fué inventada para la quietud, y la razon es el alma de la ley, y quien tiene alma tiene potencias: tres son las potencias del alma: memoria, voluntad y entendimiento. Usted tiene muy buen

entendimiento, porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de usted es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter, aunque Vénus le mire en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.

Sarm. Por el diablo que acá me trujo, esto es lo que yo habia menester, despues de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada.

Roldan. ¿Cuchillada dijo usted? está bien dicho: cuchillada fué la que dió Cain á su hermano Abel, aunque entónces no había cuchillos; cuchillada fué la que dió Alejandro Magno á la Reina Pantasilea, sobre quitalle á Zamora la bien cercada, y asimismo Julio César al conde don Pedro Anzures, sobre el jugar á las tablas con don Gaiféros, entre Cabañas y Olías; pero advierta usted que las heridas se dan de dos maneras, porque hay traicion y alevosía: la traicion se comete al Rey; la alevosía, contra los iguales; por las armas lo han de ser; y si yo riñere con ventaja, porque dice Carranza, en su *Filosofía de la espada*, y Terencio, en la *Conjuracion de Catilina*...

Sarm. Váyase con el diablo, que me lleva sin juicio; ¿no echa de ver que me dice bernardinas?

Roldan. ¿Bernardinas dice usted? y dijo muy bien, porque es lucido nombre; y una mujer que se llamase Bernardina estaba obligada á ser monja de San Bernardo; porque si se llamase Francisca, no podía ser; que las Franciscas tienen cuatro efes; la F es una de las letras del A, B, C; las letras del A, B, C son veinte y tres: la K sirve en castellano cuando somos niños, porque entónces decimos la *caca*, que se compone de dos veces esta letra K: dos veces pueden ser de vino;

el vino tiene grandes virtudes; no se ha de tomar en ayunas ni aguado, porque las partes raras del agua penetran los poros y se suben al cerebro, y entrando puras...

Sarm. Téngase, que me ha muerto y pienso que algún demonio tiene revestido en esa lengua.

Roldan. Dice usted muy bien; porque quien tiene lengua, á Roma va; yo he estado en Roma y en la Mancha, en Trasilvania y en la Puebla de Montalvan: Montalvan era un castillo, de donde fué señor Reynáldos; Reynáldos era uno de los doce pares de Francia, y de los que comían con el Emperador Carlomagno en la mesa redonda, porque no era cuadrada ni ochavada. En Valladolid hay una placetilla que llaman el Ochavo; un ochavo es la mitad de un cuarto, un cuarto se compone de cuatro maravedís; el maravedí antiguo valia tanto como agora un escudo; dos maneras hay de escudos: hay escudos de paciencia y hay escudos...

Sarm. Dios me la dé para sufrille; téngase, que me lleva perdido.

Roldan. Perdido dijo usted, y dijo muy bien; porque el perder no es ganar; hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija ó un lienzo, perder...

Sarm. Acabe, con el diablo.

Roldan. ¡Diablo dijo usted? y dijo muy bien; porque el diablo nos tienta con varias tentaciones: la mayor de todas es la de la carne; la carne no es pescado; el pescado es flemoso; los flemáticos no son coléricos. De cuatro elementos está compuesto el hombre: de cólera, sangre, flema y melancolía; la melancolía no es alegría, porque la

alegría consiste en tener dineros; los dineros hacen á los hombres, los hombres no son bestias, las bestias pacen; y finalmente...

Sarm. Y finalmente me quitará usted el juicio, ó poco podrá; pero le suplico en cortesía me escuche una palabra, sin decirme lo que es palabra, que me cairé muerto.

Roldan. ¿Qué manda usted?

Sarm. Señor mio, yo tengo una mujer, por mis pecados, la mayor habladora que se ha visto desde que hubo mujeres en el mundo; es de suerte lo que habla, que yo me he visto muchas veces resuelto á matalla por las palabras, como otros por las obras: remedios he buscado, ninguno ha sido á propósito; á mí me ha parecido que si yo llevase á usted á mi casa, y hablase con ella seis dias arreo, me la pondria de la munerera que están los que comienzan á ser valientes delante de los que há muchos dias que lo son. Véngase usted conmigo, suplicóselo; que yo quiero fingir que usted es mi primo, y con este achaque tendré á usted en mi casa.

Roldan. ¿Primo dijo usted? ¡Oh, qué bien que dijo usted! Primo decimos al hijo del hermano de nuestro padre; primo, á un zapatero de obra prima; prima es una cuerda de una guitarra; la guitarra se compone de cinco órdenes; las órdenes mendigantes son cuatro; cuatro son los que no llegan á cinco; con cinco estaba obligado á reñir antiguamente el que desafiaba de comun, como se vió en don Diego Ordoñez y los hijos de Arias Gonzalo, cuando el Rey don Sancho...

Sarm. Téngase y téngase, por Dios, y véngase conmigo; que allá dirá lo demas.

Rold. Camine delante usted; que yo le pondré esa

mujer en dos horas muda como una piedra; porque la piedra...

Sarm. No le oiré palabra.

Rold. Pues camine; que yo le curaré á su mujer.
(*Vanse Sarmiento y Roldan.*)

Salen DOÑA BEATRIZ, é INES, *su criada.*

Beat. ¡Ines! ¡hola, Ines! ¿qué digo? ¡Ines, Ines!

Ines. Ya oigo, señora, señora, señora.

Beat. Bellaca, desvergonzada, ¿cómo me respondéis vos con ese lenguaje? ¿No sabéis vos que la vergüenza es la principal joya de las mujeres?

Ines. Usted, por hablar, cuando no tiene de qué, me llama doscientas veces.

Beat. Pícara, el número de doscientos es número mayor, debajo del cual se pueden entender doscientos mil, añadiéndole ceros; los ceros no tienen valor por sí mismos.

Ines. Señora, ya lo tengo entendido; dígame usted lo que tengo de hacer, porque haremos prosa.

Beat. Y la prosa es para que traigais la mesa para comer vuestro amo; que ya sabéis que anda mohino, y una mohina en un casado es causa de que levante un garrote, y comenzando por las criadas, remate con el ama.

Ines. Pues ¿hay más que sacar la mesa? voy volando.

Salen SARMIENTO *y* ROLDAN.

Sarm. ¡Hola! ¿no está nadie en esta casa? ¡Doña Beatriz, hola!

Beat. Aquí estoy, señor; ¿de qué venis dando voces?

Sarm. Mirad que traigo este caballero, soldado y pariente mio, convidado; acariciadle y regaladle mucho, que va á pretender á la córte.

Beat. Si usted va á la córte, lleve advertido que la córte no es para Cárlos tan encogido; porque el encogimiento es linaje de bobería, y el bobo está cerca de ser desvalido, y lo merece; porque el entendimiento es luz de las acciones humanas, y toda la accion consiste...

Roldan. Quédo, quédo, suplico á usted; que bien sé que consiste en la disposicion de la naturaleza, porque la naturaleza obra por los instrumentos corporales y va disponiendo los sentidos; los sentidos son cinco: andar, tocar, correr y pensar, y no estorbar; toda persona que estorbáre es ignorante, y la ignorancia consiste en no caer en las cosas; quien cae y se levanta, Dios le da buenas pascuas; las pascuas son cuatro: la de Navidad, la de Reyes, la de Flores, y la de Pentecostés; Pentecostés es un vocablo exquisito...

Beat. ¿Cómo exquisito? mal sabe usted de exquisitos; toda cosa exquisita es extraordinaria; la ordinaria no admira; la admiracion nace de cosas altas; la más alta cosa del mundo es la quietud, porque nadie la alcanza; la más baja es la malicia, porque todos caen en ella; el caer es forzoso, porque hay tres estados en todas las cosas: el principio, el aumento y la declinacion.

Roldan. Declinacion dijo usted, y dijo muy bien; porque los nombres se declinan, los verbos se conjugan; y los que se casan se llaman con este nombre, y los casados son obligados á quererse, amarse y estimarse, como lo manda la Santa Madre Iglesia; y la razon de esto es...

Beat. Paso, paso.—¿Qué es esto, marido? ¿teneis

juicio? ¿Qué hombre es éste que habeis traído á mi casa?

Sarm. Por Dios, que me huelgo, que he hallado con qué desquitarme. Dad acá la mesa presto y comamos; que el señor Roldan ha de ser huésped mio seis ó siete años.

Beat. ¿Siete años? malos años; ni una hora, que reventaré, marido.

Sarm. El era harto mejor para serlo vuestro.— ¡Hola! dad acá la comida.

Ines. ¿Convidados tenemos? Aquí está la mesa.

Roldan. ¿Quién es esta señora?

Sarm. Es criada de casa.

Roldan. Una criada, que se llama en Valencia *fadrina*, en Italia *masara*, en Francia *gaspirria*, en Alemania *flimoquia*, en la corte *sirvienta*, en Vizcaya *moscorra*, y entre pícaros *daifa*. Venga la comida alegremente; que quiero que vuestras mercedes me vean comer al uso de la Gran Bretaña.

Beat. Aquí no hay que hacer, sino perder el juicio, marido; que reviento por hablar.

Roldan. ¿Hablar dijo usted? y dijo muy bien: hablando se entienden los conceptos; éstos se forman en el entendimiento; quien no entiende, no siente; quien no siente, no vive; el que no vive; es muerto; un muerto echalle en un huerto.

Beat. ¿Marido, marido?

Sarm. ¿Qué quereis, mujer?

Beat. Echadme de aquí este hombre con los diablos; que reviento por hablar.

Sarm. Mujer, tened paciencia; que hasta cumplidos los siete años no puede salir de aquí; porque he dado mi palabra, y estoy obligado á cumplirla, ó no seré quien soy.

- Beat.* ¿Siete años? primero veré yo mi muerte.
 ¡Ay, ay, ay!
- Ines.* Desmayóse. ¿Esto quiere usted ver delante de sus ojos? vela ahí muerta.
- Roldan.* ¡Jesus! ¿de qué le ha dado este mal?
- Sarm.* De no hablar.

(*Dentro la Justicia.*)

- Alg.* ¡Abran aquí á la Justicia, abran á la Justicia!
- Roldan.* ¡La Justicia! ¡ay triste de mí! que yo ando huido, y si me conocen, me han de llevar á la cárcel.
- Sarm.* Pues, señor, el remedio es meterse en esta estera usted; que las habian quitado para limpiarlas, y así se podrá librar; que yo no hallo otro.

Métese en la estera Roldan y salen

EL ALGUACIL, ESCRIBANO y CORCHETE.

- Alg.* ¿Era para hoy el abrir esta puerta?
- Sarm.* ¿Qué es lo que usted manda, que tan furioso viene?
- Alg.* El señor Gobernador manda que, no obstante que usted ha pagado los doscientos ducados de la cuchillada, venga usted á darle la mano á este hombre, y se abracen y sean amigos.
- Sarm.* Querria comer agora.
- Esc.* El hombre está aquí junto, y luego se volverá usted á comer despacio.
- Sarm.* Vamos, y entre tanto poned la mesa.
- Ines.* Vuelve en tí, señora; que si de no hablar te has desmayado, agora, que estás sola, hablarás cuanto quisieres.

Beat. Gracias á Dios, que agora descansaré del silencio que he tenido.

Saca ROLDAN la cabeza de entre la estera, y mirando á doña Beatriz, dice:

Roldan. ¿Silencio dijo usted? y dijo muy bien; porque el silencio fué siempre alabado de los sabios, y los sabios hablan á tiempos y callan á tiempos, porque hay tiempos de hablar y tiempos de callar; y quien calla otorga, y el otorgar es de escrituras, y una escritura ha menester tres testigos, y si es de testamento cerrado, siete; porque...

Beat. Porque el diablo te lleve, hombre, y quien acá te trujo. ¿Hay tan gran bellaquería? Yo vuelvo á desmayarme.

(Vuelven á salir todos.)

Sarm. Ya que se han hecho las amistades, quiero que vuestas mercedes beban con una caja. ¡Hola! dad acá la cantimplora y aquella perada.

Beat. ¿Agora nos meteis en eso? ¿no veis que estamos ocupados, sacudiendo estas esteras? (*Muestra el palo.*) Y tú con ese otro, démosles hasta que queden limpias.

Roldan. Paso, paso, señoras; que bien entendí que hablaban mucho, pero no que jugaban de manos.

Alg. ¡Oiga! ¿qué es esto? ¿no es aquel bellaco de Roldanejo el hablador, que hace las maulas?

Esc. El mismo.

Alg. Sed preso, sed preso.

Roldan. ¿Preso dijo usted? y dijo muy bien; porque el preso no es libre, y la libertad...

Alg. Que no, no; aquí no ha de valer la habla-

duría; vive Dios, que habeis de ir á la cárcel.
Sarm. Señor alguacil, suplico á usted que por haberse hallado en mi casa, esta vez no se lleve; que le doy palabra á usted de darle con qué se vaya del lugar, en curando á mi mujer.

Alg. Pues ¿de qué la cura?

Sarm. Del hablar.

Alg. ¿Y cómo?

Sarm. Hablando; porque, como habla tanto, la enmudece.

Alg. Soy contento, por ver ese milagro; pero ha de ser con condicion que si la diere sana, me avise usted luego, porque le lleve á mi casa; que tiene mi mujer la propia enfermedad, y me holgaria que me la curase de una vez.

Sarm. Yo avisaré con lo que hubiere.

Roldan. Yo sé que la dejaré bien curada.

Alg. Véte, pícaro hablador.

Sarm. No me desagrada el verso.

Alg. Pues si no le desagrada, oiga; que yo tengo alguna vena de poesía.

Roldan. ¡Oiga! ¿poesía ha dicho usted? pues repare que la ha de llevar de puño.

(Hácese unos á otros las salvas y van diciendo las glosas.)

Alg. La condicion del hablar,
 Más parece tentacion
 De quien nos suele tentar;
 Ni puede ser condicion
 En hombre que es muladar.
 Parte á servir de atambor
 Con esa lengua, embaidor;
 Y pues que con mayor ruido
 Suenas á un discreto oido,
 Véte, pícaro hablador.

Esc. Despues de muerto, sé yo
Que ha de ponerse en lugar
De epitafio: «Aquí murió
Quien muerto no ha de callar
Tanto como vivo habló.»

Ines. Esa quiero yo acabar.

Esc. Diga, veamos.

Ines. Y pues de hablar el rigor
A un muerto pone temor,
A un monte, donde á ninguno
Puedas hablando importuno,
Véte, pícaro hablador.

Sarm. Va la mia:

¡Oh tú, que hablaste por veinte,
Y hablaste por veinte mil!

Beat. Yo la acabaré, detente.

Roldan. Por hablar; traza sutil.

Beat. Repare, señor pariente.

Véte á donde tu rumor
No suene para tu mengua;
Y pues se sabe tu flor,
Véte, enfermo de la lengua;
Véte, pícaro hablador.

Roldan. Oigan y reparen vuestas mercedes; que
no será peor la mia:

Aquí he venido á curar
Una mujer habladora,
Que nunca supo callar,
A quien pienso desde agora
Enmudecer con hablar.
Convidóme este señor,
Y comeré yo en rigor.
Aunque diga su mujer,
Por no me dar de comer:
Véte, pícaro hablador.

(Vanse todos, dándose vaya, con que se da fin.)

LA CÁRCEL DE SEVILLA

LOS QUE HABLAN EN ÉL SON LOS SIGUIENTES:

Garay.
Solapo.
Paisano.
Alcaide.
Coplilla, pícaro.
Barragan.

Escarraman.
Un Escribano.
Torbellina.
Beltrana.
Un Procurador.
Dos músicos.

(Suena dentro ruido de grillos, cárcel y presos, y dicen, sin salir afuera.)

Garay. Abre aquí, Alcaide; que nos comen chinches.

Sol. Abra aquí, so Alcaide; que nos comen garrapatas.

Pais. Sáquenos á mear, seor Alcaide.

Salen GARAY, SOLAPO y PAISANO, con grillos en los piés y guitarras.

Garay. Loado sea Dios, que veo el cielo de Cristo.

Sol. Loado sea Dios que veo el nubífero.

Pais. Loado sea Dios, que veo el Sempiterno.

Sol. Seores míos, ¿todos con guitarras? ¿qué es esto?

Pais. Ya sabrá voacé que compuse sobre aquella letrilla, que dice: «Cantando reniega.»

Garay. ¡Que voacé compuso?

Pais. Sí, seor.

Garay. Yo tambien.

Pais. ¡Y voacé y todo? Pues escuche voacé la mia.

(Tañen y canta Paisano)

Alta mar esquivá,
De tí doy querella.
Siete años anduve
Por fuerza en galeras;
Ni comí pan tierno,
Ni la carne fresca;
Siempre anduve en corso
Nunca salté en tierra,
Sino en una isla
Llamada Cerdeña;
¡Y agora en prision,
Que es la mayor pena!
La mayor que siento
Sou celos de aquella
Beltrana la Brava,
Que fué la primera
Que me hinchó este gusto
Y la faltriguera.
Alzóla Goróseo,
Llevóla á Antequera,
Y al padre ordinario
La entrega y empeña;
*Y alguno que canta,
Cantando reniega.*

(Dicen todos á una.)

Todos. ¡Bueno! ¡Víctor! ¡Bueno!

Garay. Agora va la mia; escuchen voacedes.

Peor es la mia ,
 Porque es otra queja :
 Estoy sentenciado
 A diez de galeras.
 Del fiscal padrastro
 Mi Dios me defienda ,
 De los soplavivos
 Y la corchetea ,
 De los centenarios ,
 Verdugo y la penca ;
*Y alguno que canta ,
 Cantando reniega.*

Todos. ¡Víctor! ¡Bueno! ¡Víctor!

Sol. Agora, pues, vaya la mia : escuchen voacedes.

Peor es la mia ,
 Que es otra querella
 Que tienen conmigo
 Presos de la trena.
 Cuchillos de cachas ,
 Taladro y barrena ,
 El ojo avizor
 Todo el hombre tenga ;
 Porque si acometen ,
 Tengamos defensa ,
 Y mis camaradas
 Hagan resistencia.
 Suenen los valientes
 De la cárcel fuera ;
*Y alguno que canta ,
 Cantando reniega.*

Suenà ruido dentro de presos y grillos, á modo de pendencia, y salen afuera, unos por una parte, y otros por otra, riñendo con almaradas y cuchillos ; y saldrá el Alcaide, y ellos huirán dentro ; y quedan solos BARRAGAN, EL PAISANO y EL ALCAIDE.

Alc. ¿Qué ruido es éste? Por vida del Rey, que

he pasar alguno á la otra cárcel, ó que ha de dormir en el cepo.

Barr. Cuando voacé haga pasar alguno á la otra cárcel, hay aquí hombres que no se les da ésta.

(*Da una castañeta.*)

Pais. Cuando voacé haga pasar alguno á la otra cárcel, hay aquí alguno que no se le dará nada; y voto á Cristo, que ha de soterrar alguno algun puñal, que no se le saque del cuerpo otro que Dios.

Alc. Por vida de quien soy, que si yo puedo, que no ha de haber en mi cárcel horro de ladrones.

Pais. Seor Alcaide, que todos hurtamos, todos entendemos de la manifiatura, extender la cerra, y meter el dinero en la faltriquera, y decir: «No hay para qué.»

Alc. ¡Qué esto, Barragan? ¡Ya tomáis vos las manías del Paisano?

Barr. A lo ménos, no dirá voacé, seor Alcaide, que no hay en la cárcel hombre más pacífico que yo y el señor Paisano.

Alc. Pues sois la principal causa de la pendencia, ¿y decís eso?

Pais. Calle, seor Alcaide, que no sabe nada, aunque perdone: ésta no era pendencia; era un juguete y una manera de retozo. Déme voacé que ésta fuera pendencia redomada, que en entendiéndolo los dos cónsules que estamos aquí, no hubiera cirujano en Sevilla que no estuviera en la cárcel ocupado, devanando tripas y remendando asaduras.

Alc. ¡Vean aquí éstos de la braveza, y vienen despues á parar como los melones de invierno! Agora bien, yo quiero tener mi cárcel quieta; denme las manos, iré á tomar las de los otros.

Barr. So Alcaide, advierta voacé que yo y el seor Paisano tenemos alguna carga desta pesadumbre; pero aclárome que, en la calle y en la libertad, cada uno volverá por su persona.

Alc. Digo que en el navío y cárcel, ni en cuerpo de guardia, no hay hombre cargado, que esto lo he sido por mis pecados; que yo tambien he sido carga de muladar.

Pais. Calle, seor Alcaide, que no sabe nada; tiempla muy á lo viejo. Basta, agora la mano de amigos; pero en saliendo del purgatorio desta cárcel al cielo de la calle, todo hombre, avizor; porque ha de haber el punto de almarada como barbas.

Alc. Agora bien, esténse quietos y sosegados. (*Vase*)

Pais. ¿Quién tiene bueyes, para quitar esta pesadumbre?

Barr. En mi rancho los hay.— ¡Hola, Coplilla!

Sale COPLILLA, pícaro.

Cop. ¿Qué manda voacé?

Barr. Daca el libro real, impreso con licencia de su Majestad.

Cop. Vele aquí.

Barr. ¿Qué á mano le tenias, ladron! ¿Quién tiene granos que jugar?

Pais. Seis granos tengo, y esos juego.

(*Pónense á jugar.*)

Barr. Alce voacé por mano.

Pais. Yo la doy.

Barr. Ahí la gano.

Pais. Váyase voacé, y deje que baraje; que quiero quitar esos encuentros.

Barr. Alce voacé.

Pais. Sácola.

Barr. Meto el corazon y las barbas, en saliendo suerte de lo que fuere. ¿Y dice eso?

Pais. ¡Ah, sotas putas! A la despedida.

Sale GARAY, con la ropilla de Solapo, que se la ha ganado, y sale SOLAPO con él.

Sol. Seor Garay, voacé tiene obligacion de jugar hasta ganarme las prendas que me quedan; y si no, dígalo el seor Paisano, que es de los taures de la prima.

Pais. ¿Voacé jugó?

Garay. Seor, sí.

Pais. ¿Ganóle?

Garay. Sí, seor.

Pais. Pues dé la sentencia el seor Barragán, que es hombre que á todos los hombres del mundo les puede meter la baraja en la boca.

Barr. A pagar de mi dinero, está obligado voacé á jugar con él hasta dejarle en carnes como Adan.

Sol. Pues vayan las prendas que me quedan.

Garay. Si esto me gana, me voy á mi rancho, y me cubro la delantera con una hoja de higuera.

Sale EL ALCAIDE y EL ESCRIBANO.

Alc. Paisano, aquí os vienen á notificar una sentencia; pésame, que es de muerte.

Esc. Oid, hermano, lo que os quiero notificar.

Pais. Baraje voacé, y quite esos encuentros.

Esc. ¿Oye lo que le digo, hermano?

Pais. Aguarde voacé; que más me va en esto que en esotro.

Esc. ¡Y si bien lo supiésedes! —Señores, vuestras mercedes sean testigos cómo el juez que entiende de su causa le condena á muerte.

Pais. ¿A quién? ¿A mí?

Esc. ¡No, sino á mí!

Pais. ¡Digo la parte!

Esc. Oid, hermano, lo que os vengo á notificar.

Pais. Veamos esta barahunda. ¿Que buenas pascuas nos viene á notificar?

(Lee el Escribano la sentencia en alta voz.)

Esc. «Fallo que por la culpa que contra Paisano resulta, le debo condenar, y condeno, á que de la cárcel do está sea sacado públicamente en un asno de albarda, y un pregonero delante que manifieste su delito; y sea llevado por las calles acostumbradas, y de allí sea llevado á la plaza, donde estará una horca hecha, y della será colgado del pescuezo, donde naturalmente muera. Y nadie sea osado á quitarle sin mi licencia. Y mando, so pena de la vida», etc.

Pais. ¿Quién dió esta sentencia?

Esc. El juez que entiende de vuestra causa.

Pais. Puédelo hacer, que es mi juez. Mas dígame voacé que sea tan honrado, que nos veamos en el campo solos, él con su fallo y yo con una espada de siete palmos; veamos quién mata. Estos juecicos, en tiniendo un hombre embanastado como besugo, luego le fallan, como espada de la maesa: «Fallo que debo de condenar, y condeno, que sea sacado por las calles acostumbradas, en un asno de albarda... que todo lo diga.» ¡Válgate el diablo, sentencia de pepitoria! ¿no es mejor decir que muera este hombre, y ahorrar de tanta guarnicion?

Esc. Por Dios, que estoy por ponello así, visto tanta desvergüenza.

Alc. Váyase vuesa merced, señor Escribano, y no haga caso desta gente desalmada.

Garay. Señor Paisano, llámele voacé, y dígale que apela.

Pais. A él digo: ¡ah, seor Escribano! venga acá voacé.

Esc. ¿Qué quereis, hermano?

Pais. ¿Cómo se va voacé, despues que queda un hombre cargado hasta las entrañas? Ponga ahí voacé que apelo treinta veces.

Esc. Con una basta. Y ¿para quién dirémos que apelais?

Pais. Apelo para Dios; que si yo apelo para esos señores padres de la Audiencia, remediadores de los fallos, pienso que no tendré ningun remedio.

Esc. Señor Alcaide, oiga vuesa merced una palabra al oido. (*Háblale al oido y vase.*)

Pais. Ea, ¿qué se quiere hablar al oido?

Alc. Hermano, esto va muy de rota; el Escribano me ha notificado que os suba á la enfermería, y que os ponga el hábito de la Caridad.

Pais. ¿Y no se puede hacer otra cosa, seor Alcaide?

Alc. No, hermano; llamad á vuestro procurador, y decid que apelais, por si esos señores os oyeren; que yo me holgaré en el alma.

Pais. Pues, seor Alcaide, voacé me haga merced de que no se me ponga el habito de la Caridad que sacó el ahorcado del otro dia, que estaba viejo y apollillado, y no me le he de poner por ninguna cosa; que ya que haya de salir, quiero salir como hombre honrado, y no hecho un pícaro; que ántes me quedaré en la cárcel.

Alc. Yo os daré gusto en eso.

Pais. Y voacedes me harán merced de visitarme en la enfermería, y decirme las ledanías que se suelen decir á los presos honrados, y de camino avisarán á la Beltrana, á ver si tiene remedio esta desgracia. Me recomiendo, reyes míos: no haya lloros, lágrimas ni barahundas; que me voy á poner bien con el Sempiterno.

(Vanse el Paisano y el Alcaide.)

Sol. Por Dios, seor Barragán, que si el Paisano muere, que no queda hombre que sepa dar un antubion de noche. ¿Digo algo, seor mio?

Barr. Por cierto, seor Solapo, que si Paisano muere, que pierde Barragán el mayor amigo del mundo, porque era grande archivo y cubil de flores para pobretos. Oiga lo que faltará si muere: la corónica de los jayanes, murcios, madrugones, cerdas, calabazas, águilas, aguiluchos, levas, chanzas, descuernos, clareos, guzpátaros, traineles;

Y al fin, para desconsuelo,
Que nos aumenta el dolor,
Faltará un difinidor
Al trato airado y al duelo.

Garay. No queda hombre honrado en todo el mundo, en faltando el Paisano.

Salen TORBELLINA y BELTRANA, mujeres de la casa, con mantos doblados y mandiles blancos, y su PROCURADOR con ellas.

Belt. Déjame, hermana, con este ladron de Procurador; que yo le arañaré toda la cara.

Torb. Tente, hermana, mal haya yo, y vamos á lo que importa.

Belt. ¡Ay, hermana! que yo me tengo la culpa, que me he dejado engañar deste ladron de procurador, pues me ha traído engañada, diciendo que habia de meter un escrito; y agora le meté, agora le saca; y ¡está el Paisano condenado á muerte! Déjame que le haga rajas entre estas manos.

Proc. Tente, mujer de los diablos; que te quebraré la cabeza con estas escribanías.

Belt. ¡Ay, hermana! ¿qué es esto? ¡Jesus, que me muero. (*Desmáyase.*)

Torb. Téngala, señor procurador; mire que se ha desmayado.

Proc. Tente, mujer de los diablos; ¿áun no basta tener el pleito acuestas, sino servir de rodrigon?

Sale EL PAISANO, *vestido de ahorcado y una cruz en la mano, y* EL ALCAIDE *con él.*

Alc. Ea, Paisano, llamad á Dios, que os ayude en este trance.

Belt. ¡Ay, sentenciado de mis ojos! ¿qué es esto?

Alc. ¡Hola! ¡hola!

Voces. (*Dentro.*) ¡Hola! ¡hola!

Alc. ¿Quién ha dejado entrar aquí estas mujeres? Echaldas fuera; si no, por vida de quien soy, que las deje presas.

Belt. ¡Ay, sentenciado de mi ánima y de mi vida! (*Llora.*)

Pais. ¿Quién me ha traído aquí estas ayudas de costa de mal morir?

Torb. ¿Qué es esto, Paisano de mis ojos? (*Llora.*)

Pais. ¿Quién ha traído aquí estos teatinos infernales?

Belt. ¡Ay, que se acaba ya mi regocijo!

Torb. ¡Ay, que no tendremos quien nos consuele ya en nuestras borrascas y naufragios!

Pais. Hoños, bujarras; no me estéis ladrando á las orejas.

Alc. Salios allá fuera noramala.

Pais. Beltrana, no me digas nada. El alma te encargo, pues el cuerpo te ha servido en tantas ocasiones; y una de tus amigas (no lo hagas tú, por el escándalo que puede haber), cuando estuviere ahorcado, me limpiará el rostro, porque no quede feo como otros probetos. Y me traerás un cuello almidonado y más de la marca, y abierto, con bolo y puntas y todo negocio; que quiero ver, ántes que deste mundo vaya, quién hace esta denunciacion.

Belt. Aun hasta en la muerte fué limpio mi amor; yo apostaré que no ha habido mejor ahorcado en el mundo.

Torb. ¡Oh, qué de envidiosos ha de haber!

Pais. Seora Torbellina, voacé será testigo ó testiga, lo que mejor le pareciere, cómo á esta mujer la hago heredera de todos mis bienes, muebles y raíces, de mi calabozo. Item, de cuatro ó cinco platos y escudillas, taladro, barreno, un candelero de barro, una sarten y un asador. Item, una manta y un jergon, servicio y pulidor.

Quien te lo quitare, hija,
La mi maldicion le caiga.

Torb. Muy bueno ha andado el seor Paisano.

Pais. Beltrana, ántes que deste mundo vaya, te quiero dejar acomodada. Solapo es mi amigo, hame pedido que te hable; es hombre que pelea

y peleará, y te defenderá. En rindiendo yo el alma, le entregarás tú el cuerpo.

Belt. Hermano de mi vida, eso hiciera yo muy de buena gana por mandármelo tú; pero tengo dada la palabra á otro.

Pais. Pues, badana, ¡aun no he salido deste mundo, y das la palabra á otro! No te lograrás: ¿tú no ves que éste es desposorio clandestino?

Alc. Ea, echad esas mujeres de ahí, vayan nora-mala.

(Vanse las mujeres.)

Pais. Señor procurador, ¿qué haremos si este juez me quisiese ahorcar tan de repente, sin oirme mi apelacion?

Proc. Calle, que no hará. No tenga pena de nada de lo que nunca el derecho quedó sin él; y pluviese á Dios que le ahorcase, que yo le haria...

Pais. ¿Y si me ahorcase?

Proc. Pues, señor Paisano, déjese ahorcar; que aquí quedo yo.

Pais. ¡Mejor puñalada le den!

(Cantan dentro la ledanía, y responden todos.)

Alc. Eso me parece que es lo que importa: vuestros amigos son, que os vienen á decir las ledanías.

Pais. En la muerte se echan de ver los que son amigos

(Salgan todos los que pudieren, en órden de figurillas, con velas encendidas en las manos y cantando las ledanías.)

Pais. Venme aquí cercado de grajos gallegos.

Garay. Hable el seor Barragán, que es más honrado y más antiguo.

Barr. Yo no haré: hable el seor Solapo.

Sol. Así me vea en aquella calle con libertad, que no diga palabra: hable el seor Cuatro.

Cuatro. El Cuatro no lo hará: hable el seor Garay.

Garay. Garay no lo hará: no hay que decir.

Pais. No es éste tiempo de rumbos ni alborotos. Hable el más cercano opositor á esta cátedra de la muerte, y guárdensele sus preeminencias.

Sol. Por no perder la costumbre antigua que se tiene con los presos honrados, digo así: que en estos luctos echará de ver voacé que lo sienten sus camaradas. Plega á Dios lo seamos en el cielo. Y mal haya el diablo, que dos sentencias tengo de muerte, ¿por qué no vino la otra, para acompañar á voacé?

Pais. ¡Oh, qué desgraciado ando! ¡Mal haya el diablo, que nos fuéramos de venta en venta, echando una y otra; que fuera para mí de gran contento ir acompañado de un par de consortes como vuestas mercedes!

Sol. Y ¡el corchete que prendió á voacé! Si yo salgo, no digo nada.

Pais. Ese corchete es oficial ventoso, hizo su oficio; voacé me hará merced de soterralle un puñal en las entrañas, y con esto iré muy contento desta vida.

Barr. So Paisano, consuéllese voacé con que la Justicia lo hace; que otro no podía con voacé en el mundo. Y ésta puede dar pesadumbre á voacé y á todo el mundo. Voacé déjelos, que no digo nada.

Pais. Ninguno, en socolor de amigo, piense encargarme en este despidimiento. Quiero saber si es

cargo lo que dijo el seor Barragán, en decirme que la Justicia me puede dar pesadumbre.

Garay. No es carga lo que dijo Barragán; esto á pagar de mi honra.

Pais. Esa vaya en aumento. Y pues que toma á cargo lo de los testigos, me hará merced voacé de cortar al uno las orejas, y al otro las narices, y á los demas borrajarles las caras con una daga; y con esto iré contento para la otra vida.

Escarr. Voacé tenga la muerte como ha tenido la vida; pues ninguno se la hizo, que no se la pagase.

Pais. Aun bien que voacé es testigo de lo que yo he peleado en esta vida, y muertes que tengo á cargo, sin mancos ni perniquebrados, que éstos no han tenido número.

Escarr. Y si al bajar lloraren las personas, no las vuelva el rostro, ni sea predicador en el sitio desta desgracia; que es hijo de vecino de Sevilla, y no ha de mostrar punto de cobardía.

Pais. No hay que tratar deso, ni decir: «Madres las que teneis hijos, mirad cómo los adotrinais y enseñais»; que todo es borrachería y barahunda.

Escarr. Y al verdugo que apretó tanto las cuerdas á voacé, que le hizo decir lo que no habia hecho, si yo salgo, no digo nada.

Pais. Ese verdugo, ¿me hará voacé merced de vendimialle la vida con otro verdugo?

Escarr. Eso haré yo de muy buena gana.

Cuatro. Mucha pesadumbre me ha dado la Beltrana, que en mi presencia se arañó la cara.

Pais. Crea voacé que ha sentido la mujer en el alma esta pesadumbre que me quiere dar la Justicia, pues se arañó el retablo.

Cuatro. Díjome que cuando voacé pasase por Gra-

das, volviera el rostro; que más preciaría verle con una sogá á la garganta que con una cadena de oro de cuatro vueltas.

Pais. Créolo yo; que ha sido mujer de gran sér, amiga del esparto: acostábase yo con sogá de esparto, llámanla sus amigas la Espartera, y así tiene metido el esparto en las entrañas.

Cuatro. Y al secretario, si yo salgo, no digo nada. Pero esto para mí y voacé: este hombre que mató voacé ¿era hombre de cuenta?

Pais. Era un pobrete, boquirubio. Pensó que era yo algun lanudo, fuése derribando en segunda; ya sabe voacé qué suelo hacer con la de ganchos: desvio y doyle, y allá va el probeto, que se venia á la boca del leon, siendo cordero.

Cuatro. Seor Paisano, no haga de la cruz daga; que es indecencia.

Pais. No había mirado en tanto.

Sale EL ALCAIDE y músicos, y las mujeres.

Alc. Albricias, Paisano; que ya os oyen esos señores.

Pais. ¿Ya me oyen? No son cuerdos.

Belt. Parece que no te has alegrado con la nueva tan buena.

Pais. Hay causa para ello.

Belt. ¿Qué causa puede ser, hígados de perro?

Pais. Has de saber que me huelgo por tí, que quedabas huérfana y sola; y pésame por estos señores, que tenían hecho ya el gasto de cera y lutos. Y no sé con qué gana tengo de andar por la cárcel.

Belt. Ea, que no faltará otra ocasion.

Pais. Seor Alcaide, tome voacé esta cruz, y pón-

gala en el altar para otra ocasion que se me ofrezca. Y voacedes se regocijen y alegren, y gástese todo mi rancho.

(Tañen, cantan y bailan.)

*Belt. Pues que ya está libre
Mi sentenciado,
Gástese mi saya
Y lo que he ganado.*

Gástese mi rancho todo,
Aunque me quede sin rancho,
Pues mi navío y rodancho
Á tan buen gusto acomodado.
Sacúdase el polvo y lodo;
Y el Mellado y Garrampiés
Gocen de aqueste interés,
Por su valor esforzado.

*Mús. Pues que ya está libre.
Mi sentenciado, etc.*

*Belt. Diganla luego á la Helipa
Las nuevas desta sentencia,
Y gástense en mi presencia
Dos jamones y una p pa;
Y beba, pues participa
Deste bien tan soberano.*

*Mús. Pues que ya está libre
Mi sentenciado, etc.*

(Éntranse con chacota y grita, con que se da fin.)

EL HOSPITAL DE LOS PODRIDOS

LOS QUE HABLAN EN ÉL SON LOS SIGUIENTES:

Leiva.
Rector.
Pero Diaz.
Secretario.
Doctor.
Cañizares.

Marisantos.
Dos picaros.
Galvez.
Clara.
Villaverde.
Valenzuela.

Salen LEIVA, EL RECTOR y EL SECRE-
TARIO.

Leiva. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué hospital se ha hecho de forma!

Rector. Era tanta la pudricion que había en este lugar, que corria gran peligro de engendrarse una peste, que muriera más gente que el año de las landres; y así, han acordado en la república, por via de buen gobierno, de fundar un hospital para que se curen los heridos desta enfermedad ó pestilencia, y á mí me han hecho rector.

Sec. Despues que hay galera para las mujeres y hospital para los que se pudren, anda el lugar más concertado que un reloj.

Rector. No quiera vuesa merced saber más, señor Leiva, que habia hombre que ni comia ni dormia en siete horas, haciendo discursos; y cuando via á uno con una cadena ó vestido nuevo, decia: «¿Quién te lo dió, hombre? ¿dónde lo hubiste? ¿de dónde lo pudiste sacar? Tú no tienes hacienda más que yo; con tener más que tú, apénas puedo dar unas cintas á mi mujer.» Y desvanecidos en esto, se les hace una ponzoña y polilla. Mas pongámonos aquí, y veremos salir los enfermos.

Entra EL DOCTOR, tomando el pulso
á CAÑIZARES.

Doctor. Señor Cañizares, yo no hallo á vuesa merced enfermedad.

Cañ. ¡Cómo no, pues que traigo conmigo un reconocimiento y una desesperación y rabia intrínseca? y es de suerte, que se me hace una postema recocida en el corazón.

Doctor. Pues ¿de qué le viene á vuesa merced tanta podredumbre?

Cañ. De ver solamente un hombre; y es de manera lo que le aborrezco, que el día que le topo en la calle, me vuelvo á mi casa, y me estoy sin salir della todo aquel día, metido en un rincón, pensando que me ha de suceder una desgracia.

Doctor. Por cierto que vuesa merced tiene razon; que hay hombres que con su vista pronostican eso, y de balde se dejan querer mal.

Cañ. Pues ¿no quiere vuesa merced que me pudra y me haga una ponzoña y cruel polilla, si éste es un hombre que trae por los caniculares chinelas, y la espada á zurdas?

Doctor. Pues ¿qué se le da á vuesa merced que el otro traiga la espada á zurdas, ni por los caniculares chinelas?

Cañ. Pues ¿no se me ha de dar, pesia á mí, si envían á este hombre por gobernador de uno de los mejores lugares desta tierra?

Doctor. Ya yo entiendo su pudricion de vuesa merced, y es que pretende vuesa merced el mismo oficio.

Cañ. ¿Como pretender? ni por pensamiento me ha pasado en toda mi vida; sino sólo me pudro de ver aquellos que han de ser gobernados por mano deste hombre, que en tal tiempo trae chinelas, que mal podrá despachar los negocios con brevedad; y si es zurdo, no podrá hacer cosa á derechas.

Rector. Ea, Doctor, haced meter allá ese podrido, y salgan los demás.

Doctor. Venid, hermano, y curaos han.

Leiva. ¡Hay tal cosa, y de lo que se pudre!

Entren los ministros, que son unos pícaros, y salen PERO DIAZ y MARISANTOS.

Pero Diaz. Ea, dejadme, Marisantos; que no tengo de beber, ni comer, ni dormir, ni sosegar un punto viendo estas cosas.

Mar. Pues, Pero Diaz, un hombre como vos y de vuestro entendimiento ¿se ha de pudrir de manera que pierda el comer, ni tomar tanta pena?

Pero Diaz. Pues ¿no me la ha de dar, si hubo poeta que tuviese atrevimiento de escribir esta copla?

Jugando estaban, jugando,
Y áun al ajedrez, un día,
El famoso Emperador
Y el rey moro de Almería.

Mar. Pues ¿qué os va á vos en que el otro escribiese eso?

Pero Diaz. Mucho; porque es muy gran testimonio que levantaron al Emperador; por que un príncipe de tanta majestad y tan colérico no se habia de sentar á jugar á las tablas, juego de tanta flema, y más con un rey moro de Almería. Yo tengo, si este poeta es vivo, de hacerle que se desdiga; y si fuere muerto, ver en su testamento si dejó alguna cláusula que declare esto.

Mar. Por cierto, ¡lindo disparate! ¿Deso no podeis comer ni dormir? ¡Gracioso cuidado habeis tomado!

Rector. Venid acá, hermano, ¿de qué es vuestra pudricion?

Pero Diaz. Con los poetas.

Rector. ¿Podrido estáis de poetas? Harto trabajo teneis. ¿Y con qué poetas os pudrís?

Pero Diaz. Con estos que hacen villancicos la noche de Navidad, que dicen mil disparates, con mezcla de herejía. Y mire vuesa merced que, dándole á uno aquella octava de Garcilaso que dice:

Cerca del Tajo, en soledad amena,
De verdes sauces hay una espesura;

volvió esto:

Cerca de Dios, en soledad amena,
De verdes santos hay una espesura.

Y preguntando quién eran estos santos, dijo que San Felipe y Santiago, y otros santos que caen por la primavera.

Rector. Por cierto, ¡gracioso disparate!

Pero Diaz. Pues una noche de Navidad entré en

una iglesia deste lugar, y hallé cantando este motete:

Cuando sale Jesus á sus corredores,
Bercebú no parece, y Satán se esconde.

Y preguntando cómo era, respondió: «Mio», muy satisfecho, como si hubiera hecho una gran cosa. Y otro estaba también cantando esto:

¿Qué haceis en este portal,
Miños, por el hombre ingrato?
¡Zape de un gato, zape de un gato!

Rector. No os maravilleis; porque son esos poetas invernizos, como melones.

Pero Diaz. Tambien me pudro con otros poetas que piensan que saben, y no saben; y otros que saben, y no piensan.

Rector. Decláreme eso: ¿qué quiere decir que saben, y no piensan?

Pero Diaz. Que hay poetas que saben lo que hacen, y por no pensarlo bien, se van despeñando en cas de todos los diablos.

Rector. Este tiene gran necesidad de remedio; y así, ¿será bien entregárselo á los malos poetas, para que ellos le curen?

Pero Diaz. No, por amor de Dios.

Rector. ¡Hola, ministros! meted allá ese podrido.

(*Métenlo.*)

Leiva. ¡Hay tal cosa como la pudricion deste!

Rector. Pues otro viene, que no dará ménos en qué entender.

Entra VALENZUELA.

Val. ¡Hay tal cosa como ésta, que sea un hombre tan dichoso, que en cuanto mano pone todo le

sucedé bien ! Hecho estoy un veneno de ponzoña, y por mil partes distilando materia.

Rector. ¿De qué es la pudricion deste?

Sec. Señor, éste es un podrido furioso, y dale gran pesadumbre ver á un vecino suyo, que todas las cosas le suceden bien.

Rector. Ese es mal caso, y es más envidia que pudricion.

Val. ¿Cómo envidia? Los diablos me arrebatan si tal es, señor Rector; sino que es éste un hombre muy avariento y miserable, que por ser tal, nada le habia de suceder bien.

Rector. Tiene razon; que á los tales poca ventura les habia de ayudar. Y si alguno tiene razon de pudrirse, es este hombre; y así, se le puede dar tres dias en la semana para que se pudra.

Val. ¿Cómo tres dias? Más me pudriré de no pudrirme.

Rector. Andá con Dios, y podríós todo el tiempo que os diere gusto.

Val. Beso las manos á vuesa merced por la merced.

Vase Valenzuela, y sale GALVEZ.

Galvez. ¡Que haya mujer de tan mal gusto! Por ésta se debió de decir que hay ojos que de legañas se enamoran.

Rector. ¿De qué se pudre este hermano?

Sec. Este hermano se pudre de que una dama muy hermosa deste lugar está enamorada de un hombre calvo y que mira con un antojo.

Rector. Pues ¿deso os pudris, hermano? Pues ¿qué os va á vos en que la otra tenga mal gusto?

Galvez. Pues ¿no me ha de ir? Que más quisiera verla enamorada de un demonio. ¿Por qué una

mujer tan hermosa ha de favorecer á un hombre antojicalvo?

Rector. ¡Y con la cólera que lo toma!

Galvez. ¿No lo he de tomar con cólera? Dígame vuesa merced, ¿qué ha de hacer una mujer cuando despierte y vea que tiene á su lado un hombre calvo (ó calavera, ó calabaza, que tal parece un calvo), ni cómo le puede mirar con buenos ojos, teniéndolos él tan malos?

Rector. Ea, vos estáis podrido.—¡Hola, ministros, meted allá ese podrido.

Galvez. ¡A mí, señor! ¿por qué?

(*Métenle.*)

Leiva. ¡Los podridos que se van desmoronando! Y si no se pone remedio, en pocos días se multiplicarán tantos, que sea menester que haya otro nuevo mundo, donde habiten.

Rector. Lea vuesa merced esa relacion, señor Secretario.

(*Saca el Secretario unos papeles y lee.*)

Sec. «Asimismo hay aquí alguno que se pudre con los que tienen las narices muy grandes.»

Rector. ¡Válgale el diablo! Pues ¿qué le va á él en que otros las tengan grandes ó pequeñas?

Sec. Dice que suele un narigon destes pasar por una calle angosta, y que ocupa tanto la calle, que es menester ir de medio lado para que pasen los que van por ella; y fuera deste inconveniente, hay otro mayor, que es gastar pañizuelos disformes en tanta manera, que pueden servir de velas de navíos.

Rector. Podrido de humor es éste.

Sec. «Otro se pudre de que hay algunos que comen con babadores.»

Rector. Y no va muy fuera de camino; porque los tales parecen guitarras de ébano con tapas blancas, y se hacen ahembrados. Pero notifíquesele que dentro de tres días esté sano de su pudrición; y si no, que le echarán una melecina de esdrújulos de poetas, que le harán echar el ánima, si fuere necesario, preparada con sesos de los dichos poetas.

Sec. Pues ¿hay en todo el mundo sesos de poetas para henchir media cáscara de avellana, cuanto y más para preparar una melecina? Por lo ménos ha de llevar cuatro onzas de todos matalotajes que concurren en el arte melecinal.

Rector. Pasá adelante.

Sec. «Otro se pudre de los médicos, que cuando les van á dar el récipe de la cura, van diciendo: «¡No lo quiero, no lo quiero!» y van puniendo la mano atras, como cucharon.»

Rector. Ese se pudre justamente. ¿De qué sirven los melindres donde hay tan buenas ganas de más, si más les diesen?

Sec. «Otro se pudre de que, por haber tan pocos discretos, hay tantos sastres y zapateros.»

Rector. Pues ¿qué quería que hubiese?

Sec. Albéitares y oficiales de jalmas asnátiles.

Rector. Ese podrido se va á satírico. Pónganle en la boca del estómago, porque detenga, un emplasto de mozos de sastres, y sahúmenle con diez pelos de las cejas de Celestina, pues de aquí veo yo más de cuatro.

Sec. «Aquí hay ciertas viejas que se pudren de que las gallinas de sus vecinas ponen más gordos huevos y crían mejores pollos.»

Rector. Esas son pudriciones baladíes, y á esas viejas échenles unos polvos de higos pajizos.

Sec. «Tambien hay dos casados, que el marido se pudre porque su mujer tiene los ojos azules, y ella se pudre porque el marido tiene la boca grande.»

Rector. Gente debe ser de buen humor; salgan aquí, que los quiero ver.

Salen CLARA y VILLAVERDE.

Clara. Acabad, señor; harto mejor fuera que os pudriéades de ver vuestra disforme boca, que no parece sino boca de alnase, y dejarme á mí con mis ojos, azules ó verdes.

Rector. Pues vení acá, hermano; ¿deso os pudris, porque vuestra mujer tenga los ojos azules?

Vill. Sí, señor; que no se usan agora, sino negros.

Rector. ¡Hay tal desatino! Pues si Dios se los ha dado así, ¿qué los ha de hacer?

Vill. Para eso es el habilidad; que se los tiña, que de puro reñir esto se me ha desgajado la boca.

Rector. ¡Gracioso disparate, si yo lo he visto en mi vida! Y así es menester que se os den unos botones de fuego con yerros de médicos y boticarios.

Vill. Aun éstos son peores que los de los letrados; porque los unos paran en las bolsas, y los otros paran en la salud y en la vida.

Leiva. Señor Secretario, ¿esta señora es mujer deste hombre?

Sec. ¿No lo ve vuesa merced?

Leiva. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus mil veces!

Sec. ¿De qué se santigua vuesa merced?

Leiva. ¿No me tengo de santiguar, que una mujer

tan hermosa esté casada con un hombre tan feo como es éste, que no parece sino un escarabajo?

Sec. Pues ¿deso se pudre vuesa merced?

Leiva. Pues ¿no quiere vuesa merced que me pudra y me haga una ponzoña viendo cosa semejante, que merezca esta señora un príncipe por marido, y que fuese un ángel en condicion y en presencia?

Sec. ¡Rematado está!—¡Hola, ministros! ¡meté allá ese podrido!

Leiva. ¿A mí? ¿por qué razon?

(*Métenlo.*)

Rector. Señor Secretario, ¿ha visto vuesa merced que un hombre de tan buen entendimiento haya disparatado desta suerte?

Sec. Pues ¿eso le ha de dar á vuesa merced pena?

Rector. Pues ¿no me la ha de dar, pesia á mí, el ver que haya perdido el juicio un hombre que yo tenia en tan buena reputacion, y por muy cuerdo y prudente?

Sec. Padrido está vuesa merced.—¡Hola, ministros!

Rector. ¿A mí, señor Secretario?

(*Métenlo.*)

Clara. Señor Secretario, mucho me maravillo de que un hombre como vuesa merced no haya tenido mejor término con el señor Rector.

Sec. Pues ¿deso se pudre vuesa merced?

Clara. Pues ¿no me tengo de pudrir, viendo la obligacion que vuesa merced le tiene, y no guardarle más respeto al señor Rector, siendo superior en todo? Y bastaba ver su autoridad para tenérsele, y no tenerle de la manera que vuesa merced le tiene.

Sec. ¡Oigan, oigan, y qué pérdida está la hermana, y qué pérdida! — Ministros, metan allá esta hermana.

Clara. ¿A mí, señor? Mire vuesa merced...

(*Métenla.*)

Sec. Señor Villaverde, ¿esta señora es mujer de vuesa merced?

Vill. ¿Si es mi mujer? ¿Por qué lo pregunta vuesa merced?

Sec. Pregúntolo, porque la ve llevar presa vuesa merced, y se está con esa fiema.

Vill. Pues ¿no tengo de estar?

Sec. ¿Cómo estar, pesia á mí? No me diga eso, que arrojaré los papeles y me hará perder la paciencia. Pues un hombre como vuesa merced, tan honrado, ¿no tiene obligacion de sentir la desgracia de su mujer?

Vill. Podrido está el amigo; no os escapareis del hospital. — ¡Hola, ministros!

(*Métenle los ministros, y saca Villaverde una guitarra y canta.*)

*No se podrá nadie
De lo que los otros hacen.
Pues que toda vuestra vida
Es como juego de naipes,
Donde todas son figuras,
Y el mejor, mejor lo hace;
Dejemos á cada uno
Viva en la ley que gustáre,
Aunque su vida juzguemos
A Ginebra semejante.
Presuma de que á las Musas
Ya vació los orinales*

Quien puede ser compañero
 De los que alcáceres pacen;
 Que es valiente el que, enseñado
 A más robustos manjares,
 No se halla sin gallina,
 Porque consigo la trae;
 Y que á poder de arrebol,
 Del soliman y albayaide,
 La que es demonio en figura
 Quiera parecer un ángel.

Vea del modo que van
 Los que reciben pesares,
 Y les enfada y da pena
 Las ajenas necedades.

*No se pudra nadie
 De lo que los otros hacen.*

Tomen ejemplo en mí mismo,
 Que cuando encuentro en la calle
 Acuchillándose dos,
 Echo á mi espada una llave;

Y pues miro con antojos,
 Si el astrólogo arrogante
 En su repertorio miente,
 Nunca procuro enfadarme.

Salga el sol á mediodía;
 Y cuando nuevos me calce
 Los zapatos, llueva luego,
 Que es desgracia bien notable;

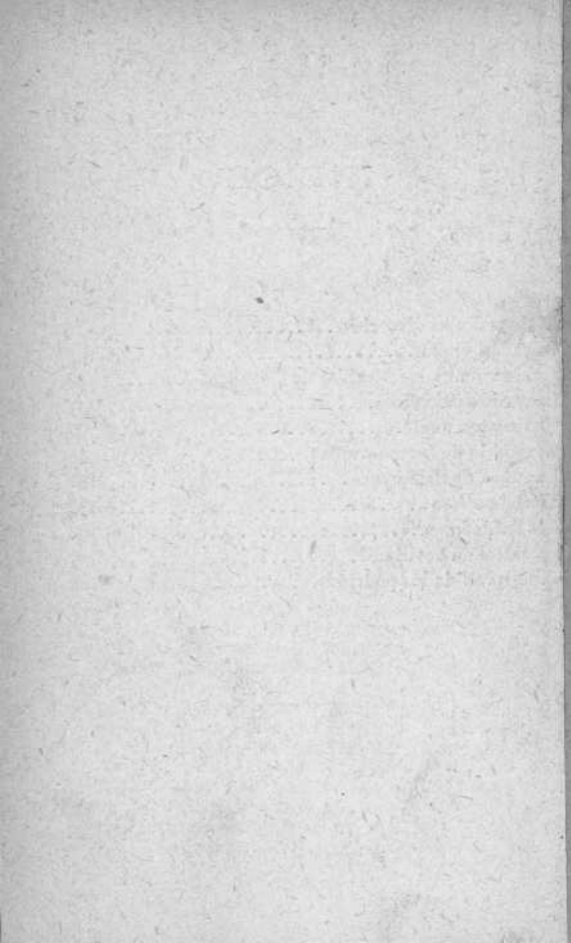
Y de-pues de haberme hurtado
 La mitad del paño el sastre,
 No salga bueno el vestido,
 Viniéndome estrecho ó grande;

Parezca bien la comedia,
 O digan que es disparate;
 Venga ó no venga la gente,
 Oigan con silencio ó parlen,—

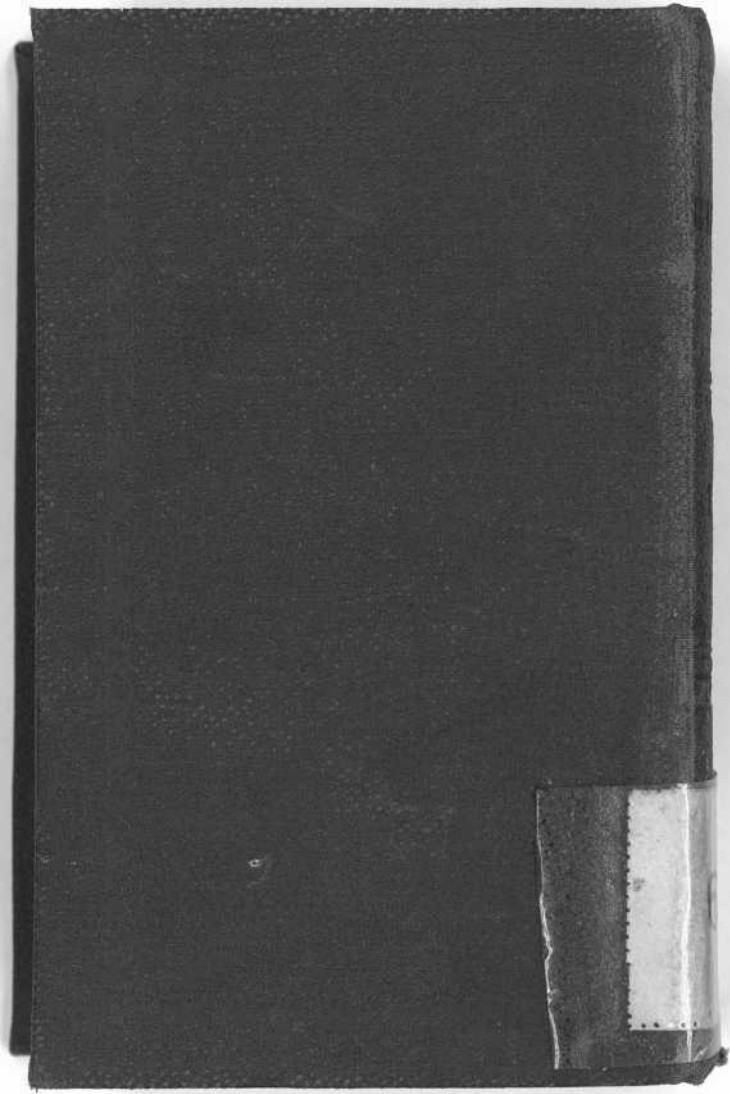
Yo no me pienso pudrir,
 Ni que el contento me acabe,
 Aunque abadejo me digan
 Y aunque bacallao me llamen.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
El Juez de los divorcios.....	5
El rufián viudo.....	17
La elección de los Alcaldes de Daganzo.	33
La guarda cuidadosa.....	47
El vizcaíno fingido.	65
El retablo de las maravillas.	85
La cueva de Salamanca.	101
El viejo celoso.	117
Los habladores.....	135
La cárcel de Sevilla.....	147
El hospital de los podridos.....	163







STAMP

STAMP

6573